

Francisco Cándido Xavier

Buena Nueva

Por el espíritu Humberto de Campos

Traducido por Dr Luis M Coirnejo A.

Calle 12 A, entre Calles 7 y 8, Quinta Mensaje Fraternal.
Urbanización Vista Alegre, Caracas, 1020, Venezuela.
Teléfono (58-212) 472 92 89 Celular (58-414) 183 16 15
www.mensajefraternal.org.br
mensajefraternal@cantv.net

ÍNDICE

- 1 - Buena Nueva
- 2 - Jesús y el Precursor
- 3 - Primeras Predicaciones
- 4 - La familia Zebedeo
- 5 - Los Discípulos
- 6 - Fidelidad a Dios
- 7 - La lucha contra el mal
- 8 - Buen ánimo
- 9 - Viejos y jóvenes
- 10 - El perdón
- 11 - El sermón del monte
- 12 - Amor y renuncia
- 13 - Pecado y punición
- 14 - La lección a Nicodemo
- 15 - Juana de Cusa
- 16 - El testimonio de Tomás
- 17 - Jesús en Samaria
- 18 - Oración dominical
- 19 - Comunión con Dios
- 20 - María de Magdala
- 21 - La lección de la vigilancia
- 22 - La mujer y la resurrección
- 23 - El siervo bueno
- 24 - La ilusión del discípulo
- 25 - La última cena
- 26 - La negación de Pedro
- 27 - La oración del Huerto
- 28 - El buen ladrón
- 29 - Los quinientos de Galilea
- 30 – María.

EN LA ESCUELA DEL EVANGELIO

Ofreciendo este modesto esfuerzo al amigo lector, juzgo prudente dirigirle una explicación al respecto del origen de estas páginas.

Dentro de ellas, soy el primero en reconocer que mis temas no son los mismos. Los que se preocupan con la expresión fenoménica de la forma, tal vez no encontrarán el mismo estilo. En ningún momento hago referencias de sabor mitológico. Y en aquellos viejos amigos que, como yo mismo, allí en el mundo, no consiguen atinar con las realidades de la sobrevivencia, sorprendo, por anticipación, las consideraciones más extrañas. Con seguridad, algunos preguntarán si fui elevado a ministro evangélico. Semejante admiración puede ser natural, pero no será muy justa. El gusto literario siempre reflejó las condiciones de la vida del Espíritu. No necesitamos de muchos ejemplos para justificar la afirmación.

Mi propia actividad literaria en la Tierra, se divide en dos fases esencialmente distintas. Las páginas del Consejero XX son muy diversas de aquellas en que vacié las emociones nuevas que el dolor, como maravillosa lámpara, me hacía descubrir, en el país de mi alma. Mi problema actual no es escribir para agradar, sino escribir con provecho. Sé cuál simple es el esfuerzo presente; no obstante, deseo que él mismo refleje mi testimonio de admiración por todos los que trabajan por el Evangelio en el Brasil.

En las esferas más próximas de la Tierra, nuestras labores para modelar sentimientos, a ejemplo de Cristo, son también minuciosas e intensas. Numerosas escuelas se multiplican para los espíritus desencarnados. Y yo, que ahora soy un humilde discípulo de estos planteles educativos de Jesús, reconocí que los planos espirituales también tienen su folklore.

Los hechos heroicos y benditos, muchas veces anónimos en el mundo, practicados por seres desconocidos, encierran aquí profundas lecciones en las que encontramos nuevas fuerzas. Todas las expresiones evangélicas tienen, entre nosotros, su viva historia. Ninguna de ellas es simbolismo superficial. Innumerables observaciones sobre el Maestro y sus continuadores palpitan en los corazones estudiosos y sinceros.

De los millares de episodios de éste folklore del cielo, conseguí reunir treinta y traer al conocimiento del generoso amigo que me concede su atención. Conuerdo en que es poco; pero esto debe valer como intento útil, pues estoy seguro de que no me ha faltado el auxilio indispensable.

Hoy, no pienso más en creer porque sé. Y aquel Maestro de Nazaret polariza igualmente mis esperanzas. Recuerdo que un día, conversando con ciertos amigos protestantes, noté que clasificaban a Jesús como "roca de los siglos". Sonreí y pasé, como los pretensiosos espíritus fuertes de nuestra época, allí en el mundo. Pero hoy, ya no puedo sonreír, ni pasar. Siento la "roca" milenaria, luminosa y sublime, que nos sustenta el corazón hundido en el pantano de miserias seculares. Y aquí estoy para ofrecerle mi homenaje de reconocimiento con estas simples páginas, cooperando con los que devotamente trabajan en su casa divina de luz y redención.

Jesús observa que en el vaso inmundo de mi espíritu penetró una gota de su amor desvelado y compasivo. El hombre perverso que llegaba de la Tierra, encontró el rayo

de luz destinado a la purificación de su santuario. Él ampara mis pensamientos con su bondad sin límites. Los residuos terrestres aún ahogan, en mi corazón, el oro que me otorgó de su misericordia; pero, como Bartolomé, ya poseo el buen ánimo para enfrentar a los enemigos de mi paz, que se abrigan en mí mismo. Tengo la alegría del Evangelio, porque reconozco que su amor no me desampara.

Confiado en esa protección amiga y generosa, mi Espíritu trabaja y descansa. Ahora, para consolidar la curiosidad de los que me leen con el sabor de crítica, tan al gusto de nuestros tiempos, justificando la substancia real de las narraciones de éste libro, citaré al apóstol Marcos cuando dice (4:34): "Y sin parábolas nunca les hablaba; pero todo declaraba en particular a sus discípulos"; y el apóstol Juan cuando afirma (21:25): "Pero, hay muchas otras cosas que Jesús hizo y que, si cada una de por sí fuese escrita, creo que ni aún todo el mundo podría contener los libros que se escribiesen". Y es todo.

Como se ve, no hago referencias a los clásicos de la literatura antigua o contemporánea. Cito Marcos y Juan. Es que existen Espíritus esclarecidos y Espíritus evangelizados, y yo, ahora, pido a Dios que bendiga mi esperanza de pertenecer al número de estos últimos.

Pedro Leopoldo, 9 de Noviembre de 1940.

Humberto de Campos. (*)

(*) Espíritu

BUENA NUEVA

Los historiadores del Imperio Romano siempre observaron con espanto los profundos contrastes de la gloriosa época de Augusto. Caio Julio César Octavio llegara al poder, no obstante el esplendor de su notable ascendencia, por una serie de felices acontecimientos.

Las más altas mentalidades de la antigua República no creían en su triunfo. Aliándose contra la usurpación de Antonio, con los propios conjurados que habían practicado el asesinato de su padre adoptivo, sus pretensiones fueron siempre contrariadas por sombrías perspectivas. Entre tanto, sus primeras victorias comenzaron con la institución del triunvirato y, en seguida, los desastres de Antonio en el Oriente le abrieron inesperados caminos.

Como si el mundo presintiese una bendita renovación de valores, en el tiempo, en breve todas las legiones se entregaban, sin resistencia, al hijo del soberano asesinado. Una nueva era comenzara con aquel joven enérgico y magnánimo. El gran imperio del mundo, como influenciado por un conjunto de extrañas fuerzas, descansaba en una onda de armonía y de júbilo, después de guerras seculares y tenebrosas. Por todas partes se levantaban templos y monumentos preciosos.

El himno de una paz duradera comenzaba en Roma para terminar en la más remota de sus provincias, acompañado de amplias manifestaciones de alegría por parte de la plebe anónima y sufridora. La ciudad de los Césares se poblaba de artistas, de espíritus nobles y realizadores. En todo lugar permanecía la sagrada emoción de seguridad, mientras el organismo de las leyes se renovaba, distribuyendo los bienes de la educación y la justicia. Sin embargo, el inolvidable emperador era débil y enfermo.

Los cronistas de la época se refieren, por más de una vez, a las manchas que cubrían su epidermis, transformándose, de vez en cuando, en erupciones dolorosas. Octavio nunca fue señor de una salud completa. Sus piernas vivían siempre enrolladas con vendas y su caja torácica convenientemente resguardada contra los golpes de aire que le causaban resfriados frecuente. Con insistencia se quejaba de jaquecas, que se seguían de depresiones singulares.

No solamente en este particular padecía el emperador de las extremas vicisitudes de la vida humana. Él, que era el regenerador de las costumbres, el restaurador de las tradiciones más puras de la familia, el mayor reorganizador del Imperio, fue obligado a humillar sus más hondos y delicados sentimientos de padre y de soberano, firmando un decreto de destierro de su hija única, exilándola en la isla de Pandataria, por causa de su vida de condenables escándalos en la Corte, siendo, más tarde, obligado a tomar las mismas providencias en relación a su nieta.

Notó que la amada compañera de sus días se envolvía, en la intimidad doméstica, en continuas cuestiones de envenenamiento de sus más directos descendientes, experimentando él, así, en la familia, la más angustiosa ansiedad del corazón. A pesar de todo, su nombre fue dado al ilustre siglo que lo viera nacer. Sus numerosos años de gobierno se señalaron por inolvidables iniciativas. El alma colectiva del Imperio nunca

había sentido tan gran impresión de estabilidad y de alegría. El glorioso paisaje de Roma jamás reunió tan gran número de inteligencias. Es en esa época que surgen Virgilio, Horacio, Ovidio, Salustio, Tito Livio y Mecenas, como favoritos de los dioses.

En todas partes se esculpían soberbios mármoles, brillaban suntuosos jardines, se erigían palacios y santuarios, se protegía a la inteligencia, se creaban leyes de armonía y de justicia, en un océano de paz inigualable. Los carros de triunfo olvidaban por algún tiempo, las palmas de sangre y la sonrisa de la diosa Victoria no se abría más para los movimientos de destrucción y muerte.

El propio Emperador, muchas veces, presidiendo las grandes fiestas populares, con el corazón tomado de angustia por los sinsabores de su vida íntima, se sorprendió al ser testigo del júbilo y la tranquilidad general de su pueblo y, sin conseguir explicar el misterio de aquella onda interminable de armonía, llorando de emoción, cuando, de lo alto de su dorada tribuna, escuchaba la famosa composición de Horacio, donde se destacaban estos versos de belleza inmortal:

*¡Oh Sol fecundo, que con tu carro brillante abres y cierras el día!...
¡Qué surges siempre nuevo y siempre igual!...
Que nunca puedas ver algo mayor que Roma.*

Es que los historiadores aún no percibieron, en la llamada época de Augusto, el siglo del Evangelio o de la Buena Nueva. Se olvidaron de que el noble Octavio también era hombre y no consiguieron saber que, en su reinado, la esfera de Cristo se aproximaba a la Tierra en una profunda vibración de amor y de belleza. Se acercaban a Roma y al mundo no más espíritus belicosos como Alejandro o Aníbal, sino otros que se servirían de los andrajos de pescadores, para servir de base indestructible a las enseñanzas eternas del Cordero.

Se sumergían en los fluidos del planeta los que prepararían la venida del Señor y los que se transformarían en seguidores inmortales y humildes de sus divinos pasos. Es por esta razón que el ascendiente místico de la era de Augusto se traducía en la paz y en el júbilo del pueblo que, instintivamente, se sentía en el límite de una transformación celestial. Iba a llegar a la Tierra el Sublime Emisario.

Su lección de verdad y de luz se extendería al mundo entero, como lluvia de bendiciones magníficas y consoladoras. La Humanidad vivía entonces, el siglo de la Buena Nueva. Era la "fiesta de compromiso" a que Jesús se referiría en su enseñanza inmortal.

Después de esa fiesta de los corazones, como ruta indestructible para la concordia de los hombres, quedaría el Evangelio como el libro más vivaz y más hermoso del mundo, constituyendo el mensaje permanente del cielo, entre las criaturas en tránsito por la Tierra, el mapa de las benditas altitudes espirituales, el guía del camino, el manual del amor, del coraje y de la perenne alegría. Y, para que esas características se conservasen entre los hombres, como expresión de su sabia voluntad, Jesús recomendó a sus apóstoles que iniciasen su glorioso testamento con los himnos y los perfumes de la Naturaleza, bajo la maravillosa claridad de una estrella que guiaría a reyes y a pastores al rústico establo, donde se entonaban las primeras notas de su cántico de amor, terminándolo con la luminosa visión de la Humanidad futura, en posesión de las

bendiciones de redención. Es por este motivo que el Evangelio de Jesús, siendo libro de amor y de alegría, comienza con la descripción de la gloriosa noche de Navidad y termina con la profunda visión de la Jerusalén libertada, prevista por Juan en sus divinas profecías del Apocalipsis.

JESÚS Y EL PRECURSOR

Después de la famosa presentación de Jesús a los doctores del templo de Jerusalén, María recibió la visita de Isabel y de su hijo, en su pobre casa de Nazaret.

Después de los saludos habituales, y conversación de los asuntos familiares, las dos primas comenzaron a dialogar sobre los niños, cuyos nacimientos habían sido anticipados por singulares acontecimientos y cercados de extrañas circunstancias.

Mientras el patriarca José atendía a las últimas necesidades diarias de su humilde taller, las dos se entretenían en curiosa charla, cambiando cariñosamente las más tiernas confidencias maternas.

— Lo que me espanta — decía Isabel con agradable sonrisa — es el temperamento de Juan, dado a las más profundas meditaciones, a pesar de su corta edad. Con frecuencia, lo busco inútilmente en casa, encontrándolo, casi siempre, entre las higueras vírgenes, o caminando a lo largo de caminos adustos, como si su pequeña frente estuviese dominada por graves pensamientos.

— A mi modo de ver, esos niños — respondió María, intensificando el suave brillo de sus ojos —, traen para la Humanidad la luz divina de un camino nuevo. Mi hijo también es así, envolviéndome el corazón en una atmósfera de cuidados incesantes. A veces, lo encuentro a solas, junto a las aguas, y otras, en profunda conversación con los viajeros que demandan Samaria o las aldeas más distantes, en las cercanías del lago. Casi siempre le sorprende la palabra caritativa que dirige a las lavanderas, a los transeúntes, a los mendigos sufridores... Habla de su comunión con Dios con una elocuencia que nunca observé en las enseñanzas de nuestros doctores, y constantemente ando a pensar, respecto de su destino.

— A pesar de todos los valores de la creencia — murmuró Isabel, convencida —, nosotras, las madres, tenemos siempre el espíritu perturbado por injustificables recelos.

Como si se dejase arrebatar por amorosos temores, María continuó:

— Aun hace algunos días, estuvimos en Jerusalén, en las acostumbradas conmemoraciones, y la facilidad de argumentación con que Jesús elucidaba los problemas, que le eran presentados por los orientadores del templo, nos dejó a todos recelosos y perplejos. Su ciencia no puede ser de éste mundo: viene de Dios, que ciertamente se manifiesta por sus labios amigos de la pureza. Notando sus respuestas, Eleazar llamó a José, en particular, advirtiéndole que el niño parecía haber nacido para la perdición de muchos poderosos en Israel.

Escuchándole la prima atentamente la palabra, María prosiguió, con ojos húmedos después de ligera pausa:

— Consciente de éste aviso, busqué a Eleazar, para interceder por Jesús, a través de sus valiosas relaciones con las autoridades del templo. Pensé en su infancia desprotegida recelando por su futuro. Eleazar prometió interesarse por su suerte; todavía, de regreso a

Nazaret, experimenté singular multiplicación de mis temores. ¡Conversé con José más detenidamente, acerca del pequeño, preocupada con su preparación adecuada para la vida!... No obstante, en el día que se siguió a nuestras confabulaciones íntimas, Jesús se aproximó a mí, por la mañana y me interpeló: -"Madre, ¿qué quieres tú de mí? ¡¿Acaso no he testimoniado mi comunión con el Padre que está en el Cielo?!" Altamente sorprendida con su pregunta, le respondí dudosa: — ¡Tengo cuidados por ti hijo mío! Reconozco que necesitas de una mejor preparación para la vida... Pero, como si él estuviese en pleno conocimiento de lo que se pasaba en mi íntimo, ponderó: "— Madre, toda preparación útil y generosa en el mundo es preciosa; no obstante, yo ya estoy con Dios. Mi Padre desea de nosotros todo ejemplo que sea bueno y yo escogeré de esa forma la mejor escuela." En el mismo día, aun sabiendo de las bellas promesas que los doctores del templo habían hecho en su presencia a su respecto, Jesús se aproximó a José y le pidió con humildad que lo admitiese en sus trabajos. Desde entonces, como si quisiera enseñarnos que la mejor escuela para Dios es la del hogar y la del esfuerzo propio — concluyó la palabra materna con simplicidad —, ¡el perfecciona las maderas del taller, empuña el martillo y el cepillo llenando la casa de ánimo con su dulce alegría!

Isabel escuchaba atenta su narración, y, después de otras pequeñas consideraciones materiales, ambas observaron que las primeras sombras de la noche bajaban sobre el paisaje, dejando gris el cielo sin nubes. La carpintería ya estaba cerrada y José buscaba la serenidad del interior doméstico para el reposo. Las dos madres se miraron, inquietas, y se preguntaban a sí mismas, ¿para dónde habrían ido los dos niños?

*

Nazaret, con su paisaje, uno de los más bellos de toda Galilea, es tal vez el más hermoso lugar de Palestina. Sus humildes calles pedregosas, sus casas pequeñas, sus comercios singulares se agrupan en una amplia concavidad encima de las montañas, al Norte del Esdrelon. Sus horizontes son estrechos y sin interés; con todo, los que suben un poco más allá, hasta donde se localizan los caseríos más elevados, encontrarán para sus miradas asombradas las más hermosas perspectivas. El cielo parece prolongarse cubriendo el maravilloso conjunto en una dilatación infinita.

María e Isabel vieron a sus hijos, lado a lado, sobre una eminencia bañada por los últimos rayos vespertinos. De lejos, se les figuró que los cabellos de Jesús flotaban al soplo cariñoso de las brisas de las alturas. Su pequeño indicador mostraba a Juan los paisajes que se multiplicaban a la distancia, como un gran general que diese a conocer las minucias de sus planes a un soldado de confianza.

Ante sus ojos surgían las montañas de Samaria, la cumbre del Magedo, las eminencias de Gelboé, la esbelta figura del Tabor, donde, más tarde, sería inolvidable el instante de la Transfiguración, el valle del río sagrado del Cristianismo, las cumbres del Safed, el golfo de Khalfa, el elevado escenario del Pereo, en un soberbio conjunto de montes y valles, al lado de las aguas cristalinas. ¿Quién podría saber cuál era la solitaria conversación que ocurría entre ambos?

Distanciados en el tiempo, debemos presumir que fuese, en la Tierra, la primera combinación entre el amor y la verdad para la conquista del mundo. Pero sabemos, que en la mañana inmediata, partiendo el precursor con la amorosa compañía de su madre, preguntó Isabel a Jesús con gracioso interés:

— ¿No quieres venir con nosotros? — a lo que el pequeño carpintero de Nazaret respondió, proféticamente, con profunda inflexión de bondad:

— "Juan partirá primero."

Transcurridos algunos años, vamos a encontrar al Bautista en su gloriosa tarea de preparación del camino a la verdad, precediendo el trabajo divino del amor que el mundo conocería en Jesucristo. De hecho, Juan partió primero a fin de ejecutar las operaciones iniciales a la grandiosa conquista. Vestido de pieles y alimentándose de miel salvaje, esclareciendo con energía y dejándose decapitar en testimonio a la Verdad, él precedió a la lección de la misericordia y de la bondad.

El Maestro de los maestros quiso colocar la figura franca y áspera de su profeta en el límite de sus gloriosas enseñanzas y, por eso, encontramos en Juan Bautista uno de los más bellos de todos los símbolos inmortales del Cristianismo. Salomé representa a la futilidad del mundo, Herodes y su mujer el convencionalismo político y el interés particular. Juan era la verdad, y la verdad, en su tarea de perfeccionamiento, dilacera o hiere, dejándose llevar a los sacrificios extremos.

Como el dolor que precede a las poderosas manifestaciones de la luz en el interior de los corazones, ella recibe el bloque de mármol bruto trabajándole las asperezas para que surja la obra de amor en su divina pureza. Juan Bautista fue la voz clamante en el desierto. Obrero de la primera hora, él es el símbolo rudo de la verdad que arranca a las más fuertes raíces del mundo, para que el reino de Dios prevalezca en los corazones.

Exprimiendo la austera disciplina que antecede a la espontaneidad del amor, a la lucha para que se deshagan las sombras del camino, Juan es la primera señal del cristianismo activo, en guerra con las propias imperfecciones de su mundo íntimo, para poder establecer en sí mismo el santuario de su realización con Cristo. Fue por esta razón que de él dijo Jesús:

— "De los nacidos de mujer, Juan Bautista es el mayor de todos".

PRIMERAS PREDICACIONES

En los primeros días del año 30, antes de sus gloriosas manifestaciones, se avistó Jesús con el Bautista, en el triste desierto de Judea, no muy lejos de las ardientes arenas de Arabia. Ambos estuvieron juntos por algunos días en la plena Naturaleza, en el áspero campo del ayuno y de la penitencia del gran precursor, hasta que el Divino Maestro, despidiéndose del compañero, se dirigió al oasis de Jericó, una bendición de verdura y agua, entre las inclemencias del agreste camino. De Jericó se dirigió entonces a Jerusalén, donde reposó al caer la noche.

Sentado cual peregrino, en las adyacencias del Templo, Jesús fue notado por un grupo de sacerdotes y pensadores ociosos que se sintieron atraídos por sus trazos de hermosa originalidad y por su mirada lúcida y profunda. Algunos de ellos se alejaron, sin mayor interés, pero Anás, que sería más tarde el juez inclemente de su causa, se aproximó al desconocido y se dirigió a él con orgullo:

— Galileo, ¿qué haces en la ciudad?

— ¡Paso por Jerusalén, buscando la fundación del Reino de Dios! — exclamó el Cristo, con modesta nobleza.

— ¿Reino de Dios? — respondió el sacerdote con acentuada ironía. — ¿Y qué piensas tú que venga a ser?

— ¡Ese Reino es la obra divina en el corazón de los hombres! — esclareció Jesús con gran serenidad.

— ¿Obra divina en tus manos? — acentuó Anás, con una carcajada de desprecio. Y, continuando sus observaciones irónicas, preguntó:

— ¿Con qué cuentas para llevar adelante esa difícil empresa? ¿Cuáles son tus seguidores y compañeros?... ¿Acaso habrás conquistado el apoyo de algún príncipe desconocido e ilustre, que te auxilie en la ejecución de tus planes?

— Mis compañeros han de llegar de todas partes — respondió el Maestro con humildad.

— Sí — observó Anás -, los ignorantes y los tontos están en todas partes de la Tierra. Ciertamente que ellos representarán el material de tu edificación. No obstante, te propones a realizar una obra divina ¿y ya viste alguna estatua perfecta moldeada en fragmentos de lama?

— Sacerdote — le replicó Jesús con serena energía —, ningún mármol existe que sea más puro y más hermoso que el sentimiento, y ningún cincel es superior al de la buena voluntad.

Impresionado con la respuesta firme e inteligente, el famoso juez aún preguntó:

— ¿Conoces Roma o Atenas?

— Conozco el amor y la verdad — dijo Jesús con convicción.

— ¿Tienes ciencia de los códigos de la Corte Provincial y de las leyes del Templo? — inquirió Anás, inquieto.

— Sé cuál es la voluntad de mi Padre que está en los cielos — respondió el Maestro, con suavidad.

El sacerdote lo contempló irritado y dirigiéndole una sonrisa de profundo desprecio, fue en demanda de la Torre Antonia, en actitud de orgullosa superioridad. Al día siguiente, por la mañana, el mismo hermoso peregrino fue visto aun contemplando las maravillas del santuario, algunos minutos antes de internarse por los caminos bañados de sol, camino a su distante Galilea.

Después de algún tiempo, ya habiendo pasado por Nazaret, descansando igualmente en Caná, Jesús se encontraba en los alrededores de la pequeña ciudad de Cafarnaúm, como si buscase, con viva atención, a algún amigo que estuviese a su espera. En pocos instantes, llegó a la orilla del Tiberíades, dirigiéndose, resueltamente, a un alegre grupo de pescadores, como si, de antemano, los conociese a todos.

La mañana era bella, en su manto diáfano de radiantes neblinas. Las aguas transparentes venían como a besar los arbustos de la playa, pareciendo jugar al soplo de las brisas perfumadas de la Naturaleza. Los pescadores entonaban una ruda canción y, disponiendo inteligentemente las barcas móviles, echaban las redes, en medio de profunda alegría.

Jesús se aproximó al grupo y, así que dos de ellos desembarcaron en tierra, les dijo en tono amistoso:

— ¡Simón y André, hijos de Jonás, vengo de parte de Dios y os invito a trabajar por la institución de su reino en la Tierra!

André recordó ya haberlo visto, en las cercanías de Bethsaida, además de lo que le habían dicho a su respecto, mientras que Simón, aunque agradablemente sorprendido, lo contemplaba, confuso. Pero, casi a un mismo tiempo, dando expansión a sus temperamentos acogedores y sinceros, exclamaron respetuosamente:

— ¡Sé bienvenido!...

Jesús les habló entonces dulcemente del Evangelio, con la mirada encendida de alegrías divinas. Estando muchos otros compañeros del lago observándolos a los tres de lejos, André, manifestando su notoria ingenuidad, exclamó conmovido:

— ¿Un rey? ¡Pero en Cafarnaúm existen tan pocas casas!...

A lo que Pedro objetó, como si la buena voluntad debiese suplir todas las deficiencias:

— El lago es muy grande y varias aldeas circundan sus aguas. ¡El reino podrá comprenderlas a todas!

Diciendo esto, fijó en Jesús su mirada indagatoria, como si fuese un niño grande cariñoso y sincero, deseoso de demostrar comprensión y bondad. El Señor esbozó una serena sonrisa y, como si retardase con placer sus explicaciones para más tarde, inquirió generosamente:

— ¿Queréis ser mis discípulos?

André y Simón se interrogaron a sí mismos, intercambiando sentimientos de admiración envanecida. Reflexionaba Pedro: ¿qué hombre sería éste? ¿Dónde había escuchado ya el timbre cariñoso de su voz íntima y familiar? Ambos pescadores se esforzaban por dilatar el dominio de sus reminiscencias, de modo de encontrarlo en sus más queridos recuerdos. Pero, no sabían cómo explicar aquella fuente de confianza y de amor que les brotaba en la esencia del espíritu y, sin vacilación, sin una sombra de duda, respondieron simultáneamente:

— Señor, seguiremos tus pasos.

Jesús los abrazó con inmensa ternura y, como los demás compañeros se mostraban admirados e intercambiaban entre sí burlas ridiculizadoras, el Maestro, acompañado de ambos y de gran grupo de curiosos, se encaminó hacia el centro de Cafarnaúm, donde se erguía la Intendencia de Antipas. Serenamente entró en las oficinas y, avistando un culto funcionario, conocido publicano de la ciudad, le preguntó:

— ¿Qué haces tú, Leví?

El interpelado lo miró con sorpresa; pero seducido por el suave magnetismo de su vista, respondió sin demora:

— Recojo los impuestos del pueblo, debidos a Herodes.

— ¿Quieres venir conmigo para recoger los bienes del cielo? — le preguntó Jesús con firmeza y dulzura.

Leví, que más tarde sería el Apóstol Mateo, sin poder definir las santas emociones que dominaron su alma, asintió conmovido:

— ¡Señor, estoy listo!...

— Entonces, vamos — dijo Jesús abrazándolo.

Enseguida, el numeroso grupo se dirigió a la casa de Simón Pedro, que había ofrecido al Mesías sincera acogida en su humilde residencia, donde Cristo hizo la primera exposición de su doctrina consoladora, esclareciendo que la adhesión deseada era la del corazón sincero y puro, para siempre, a las claridades de su reino. En ese instante se inició la eterna unión de los inseparables compañeros.

En la tarde de ese mismo día, el Maestro predicó la Buena Nueva por primera vez en amplia plaza, cercada de verdura y situada naturalmente junto a las aguas. En el cielo, vibraban armonías vespertinas, como si la tarde tuviese también un alma sensible. Los

árboles vecinos balanceaban los ramos verdes al viento del crepúsculo, como manos de la Naturaleza que invitasen a los hombres a la celebración de aquél primer ágape. Las aves ariscas posaban levemente en las alcaparras más próximas, como si también desearan sentirlo, y en la extensa playa se apiñaba la gran multitud de rústicos pescadores, de mujeres afligidas por flagelaciones continuas, de niños sucios y abandonados, mezclados publicanos pecadores con hombres simples y analfabetos, que habían acudido, ansiosos por escucharlo.

Jesús contempló la multitud y le envió una sonrisa de satisfacción. Contrariamente a las ironías de Anás, él aprovecharía el sentimiento como mármol precioso y la buena voluntad como divino cincel. Los ignorantes del mundo, los débiles, los sufridores, los desalentados, los enfermos y los pecadores serían en sus manos el material de base para su construcción eterna y sublime. Convertiría todo dolor y miseria en un cántico de alegría y entonces, tomado por las sagradas inspiraciones de Dios, comenzó a hablar de la maravillosa belleza de su transporte de ventura.

En el cielo había una vibración de claridad desconocida. A lo lejos, en el firmamento de Cafarnaúm, el horizonte se tornó en un deslumbramiento de luz y, bien en lo alto, en la cúpula dorada y silenciosa, las delicadas nubes tomaban la forma suave de las flores y de los arcángeles del Paraíso.

LA FAMILIA ZEBEDEO

En la mañana siguiente a la primera manifestación de su palabra frente al Tiberiades, el Maestro se aproximó a dos jóvenes que pescaban en la orilla y los convocó para su apostolado.

— Hijos de Zebedeo — dijo, bondadoso — ¿deseáis participar de las alegrías de la Buena Nueva?!

Santiago y Juan, que ya conocían las predicaciones del Bautista y que lo habían oído en la víspera, tomados de emoción se lanzaron hacia él, trasbordantes de alegría:

— ¡Maestro! ¡Maestro! — exclamaban felices.

Como si fuesen hermanos bien amados que se encontrasen después de larga ausencia, tocados por la fuerza del amor que se irradiaba de Cristo, fuente inspiradora de las más profundas dedicaciones, hablaron largamente de la ventura de su unión perenne, en el futuro, de las esperanzas con que deberían avanzar hacia el porvenir, proclamando las bellezas del esfuerzo por el Evangelio del Reino. Los dos muchachos galileos eran de temperamento apasionado. Profundamente generosos, tenían almas cariñosas y simples, ardientes y sinceras.

Juan tomó las manos del Señor y las besó afectuosamente, mientras Jesús le acariciaba los blandos rollos de su cabellera. Santiago, como si quisiese intercambiar su entera solidaridad, se aproximó al Mesías y le colocó la diestra sobre los hombros, en amoroso transporte. Los dos nuevos apóstoles, no obstante, eran aún muy jóvenes, y, al regresar a su casa con el espíritu arrebatado por la inmensa alegría, relataron a su madre lo que había ocurrido.

Salomé, la esposa de Zebedeo, a pesar de bondadosa y sensible, recibió la noticia con cierto cuidado. También ella había oído al profeta de Nazaret en sus gloriosas afirmaciones de la víspera. Se puso entonces a pensar consigo misma: ¿no estaría ya próximo aquel reino prometido por Jesús? ¿Quién sabe si el hijo de María no hablaba en la ciudad en nombre de algún príncipe? ¡Ah! Cristo debería ser el intérprete de algún ilustre desconocido que reclutaba adeptos entre los hombres fuertes y trabajadores. ¿A quién serían confiados los puestos más altos dentro de la nueva fundación? Sus hijos queridos bien lo merecían. Tenía que actuar mientras hubiese tiempo.

Desde hace mucho, el pueblo hablaba de revolución contra los romanos y los comentadores más indiscretos suponían la próxima caída de los Antipas. El nuevo reinado estaba próximo y, alucinada por los sueños maternos, Salomé procuró al Mesías en el círculo de sus primeros discípulos.

— Señor — dijo atenta —, luego después de la institución de tu reino, yo desearía que mis hijos se sentasen uno a tú derecha y el otro a tu izquierda, como las dos figuras más nobles de tu trono.

Jesús sonrió y objetó con gestos bondadosos:

— ¡Antes de todo, es necesario saber si ellos querrán beber de mi cáliz!...

La progenitora de los dos jóvenes se confundió. Además de esto, el grupo que rodeaba al Mesías la observaba con indiscreción y manifiesta curiosidad. Reconociendo que el instante no le permitía más amplias explicaciones, se retiró, de prisa, colocando a su viejo esposo al corriente de los hechos.

Al atardecer, cesadas las labores del día, Zebedeo acompañado por sus dos hijos procuró al Maestro en casa de Simón. Jesús recibió la visita con extremo cariño, mientras el viejo galileo exponía sus razones, humilde y respetuoso.

— Zebedeo — le respondió Jesús —, tú, que conoces la ley y guardas sus preceptos en el corazón, ¿sabes de algún profeta de Dios que, a su tiempo, fuese amado por los hombres del mundo?

— No, Señor.

— ¿Qué hicieron de Moisés, de Jeremías, de Jonás? Todos los emisarios de la verdad divina fueron maltratados y masacrados, o exilados de la cuna en que nacieron. En la Tierra, el precio del amor y de la verdad ha sido el martirio y la muerte.

El padre de Santiago y Juan escuchaba humildemente, repitiendo:

— Sí, Señor.

Y Jesús, como si aprovechase el momento para esclarecer todos los puntos de duda, continuó:

— El reino de Dios tiene que fundarse dentro del corazón de las criaturas; el trabajo arduo es mi gozo; el sufrimiento mi cáliz; pero, mi Espíritu se ilumina de la sagrada seguridad de la victoria.

— ¡Entonces, Señor — exclamó Zebedeo, respetuosamente — vuestro reino es el de la paz y de la resignación que los creyentes de Elías esperaban!

Jesús con una sonrisa de benignidad acrecentó:

— La paz de la conciencia pura y la resignación suprema a la voluntad de mi Padre son de mi reino; pero los hombres acostumbran hablar de una paz que es ociosidad de espíritu y de una resignación que es vicio del sentimiento. Conmigo traigo las armas con que el hombre debe combatir los enemigos que subyugan su corazón y no descansaré hasta que no lleguemos al puerto de la victoria. Por esto es que mi cáliz, ahora, debe desbordarse de hiel, que son los grandes esfuerzos que la obra reclama.

Y, como si quisiese entrar en pormenores de los esclarecimientos, prosiguió:

— Hay hombres poderosos en el mundo que mueren cómodamente en sus palacios, sin ninguna paz en el corazón, cruzando en desesperación y con la noche en la conciencia los umbrales de la eternidad; hay luchadores que mueren en la batalla de todos los

momentos, muchas veces vencidos y humillados, pero, guardando completa serenidad de espíritu, porque, en todo buen combate, reposaron el pensamiento en el amoroso seno de Dios. Hay otros que aplauden el mal, en una falsa actitud de tolerancia, para sufrirle mañana los efectos destructores. Los verdaderos discípulos de las verdades del cielo, esos no aprueban el error, ni exterminan los que lo sustentan. Trabajan por el bien, porque saben que Dios también está trabajando. El Padre no tolera el mal y lo combate por amar mucho a sus hijos. Ve, pues, Zebedeo, que nuestro reino es de trabajo perseverante por el bien real de la Humanidad entera.

Mientras los dos apóstoles veían a Jesús de ojos serenos y venturosos, Zebedeo lo contemplaba como si tuviese en su frente al mayor profeta de su pueblo.

— ¡Gran reino! — exclamó el viejo pescador y, dando expansión al entusiasmo que le llenaba el corazón, dijo dichoso:

— ¡Señor! ¡Señor! ¡Trabajaremos juntos, predicaremos vuestro Evangelio, aumentaremos el número de vuestros seguidores!..

Escuchando estas últimas palabras, el Maestro elucidó, haciendo énfasis en sus expresiones:

— ¡Escucha Zebedeo! nuestra causa no es la del número; es la de la verdad y el bien. Es bien cierto que ella un día será la causa del mundo entero, pero, hasta entonces, necesitamos aplastar a la serpiente del mal bajo nuestros pies. Por ahora, el número pertenece a los movimientos de la iniquidad. La mentira y la tiranía exigen ejércitos y monarcas, espadas e inmensas riquezas para dominar a las criaturas. Pero el amor, esencia de toda la gloria y de toda la vida, pide un corazón y sabe ser feliz. La impostura reclama interminable hilera de defensores, para extender la destrucción; entretanto, basta un hombre bueno para enseñar la verdad de Dios y exaltar sus glorias eternas, consolando a la infinita legión de sus hijos. ¿Quién será mayor delante de Dios? ¿La multitud que se congrega para elevar al trono la tiranía, aplastando a los pequeños, o un hombre sólo y bien intencionado que con una simple señal salva una barcaza llena de pescadores?

Entusiasmado por la sabiduría de aquellas consideraciones, Zebedeo preguntó:

— ¿Señor, entonces el Evangelio no será bueno para todos?

— En verdad — replicó el Maestro — el mensaje de la Buena Nueva es excelente para todos; sin embargo, no todos los hombres son aún buenos y justos para con él. Es por esto que el Evangelio trae consigo el fermento de la renovación y es aún por eso que dejaré el júbilo y la energía como las mejores armas de mis discípulos. Exterminando el mal y cultivando el bien, la Tierra será para nosotros un glorioso campo de batallas. Si un compañero cae en la lucha, fue el mal que se desplomó, nunca el hermano que, para nosotros, siempre estará de pie. No reposaremos hasta el día de la victoria final. No nos detendremos en una falsa contemplación de Dios, a la orilla del camino, porque el Padre nos hallará a través de todas las criaturas traídas al buen camino; estaremos juntos en la tempestad, porque allí su voz se manifiesta con mayor retumbo. Nos alegraremos en los instantes transitorios del dolor y de la derrota, porque allí su corazón amoroso nos dirá: " ¡Ven hijo mío, estoy en tus sufrimientos con la luz de mis enseñanzas!" Combatiremos

a los dioses de triunfos fáciles, porque sabemos que la obra del mundo pertenece a Dios, comprendiendo que su sabiduría nos convoca a completarla, edificando su reino de venturas sin fin en el interior de los corazones.

Jesús guardó silencio por instantes. Juan y Santiago se le aproximaron, magnetizados por su mirada enérgica y cariñosa. Zebedeo, como si no pudiera resistir a su propia emotividad, cerró los ojos con el pecho oprimido de júbilo. Frente a sí, en un vasto futuro espiritual, veía el reino de Jesús desdoblarse al infinito. Parecía escuchar la voz de Abraham y el grandioso eco de su numerosa posteridad. Todos bendecían al Maestro en un himno glorificador. Hasta allí, su viejo corazón sólo había conocido la rígida ley, temiendo a Jehová con su voz de trueno sobre las zarzas ardientes; Jesús le revelaba el Padre cariñoso y amigo de sus hijos, que acoge a los viejos, a los humildes y a los derrotados de la suerte, con una expresión de bondad siempre nueva.

El viejo pescador de Cafarnaúm soltó las lágrimas que le reventaban en el pecho y se arrodilló. Adelantándosele, Jesús exclamó:

— ¡Levántate Zebedeo! ¡Los hijos de Dios viven de pie para el buen combate!

Avanzando, entonces, dentro de la pequeña sala, el padre de los apóstoles tomó la diestra del Maestro y la humedeció con sus lágrimas de felicidad y reconocimiento, murmurando:

— Señor, mis hijos son vuestros.

Jesús, atrayéndolo dulcemente al corazón, le acarició los blancos cabellos, diciendo:

— ¡Llora, Zebedeo! ¡Porque tus lágrimas de hoy son hermosas y benditas!... Temías a Dios; ahora lo amas; estabas perdido en los razonamientos humanos sobre la ley; ¡ahora, tienes en el corazón la fuente de la fe viva!

LOS DISCÍPULOS

Frecuentemente, era en las proximidades de Cafarnaúm que el Maestro reunía a la gran comunidad de sus seguidores. Numerosas personas lo aguardaban a lo largo del camino, ansiosas por escuchar su instructiva palabra. Pero no tardó en componer su reducido colegio de discípulos. Después de una de sus predicaciones del nuevo reino, llamó a los doce compañeros que, desde entonces, serían los intérpretes de sus acciones y enseñanzas. Ellos eran los hombres más humildes y simples del lago de Genesaret.

Pedro, André y Felipe eran hijos de Bethsaida, de donde igualmente provenían Santiago y Juan, descendientes de Zebedeo. Leví, Tadeo y Santiago, hijos de Alfeo y su esposa Cleofas, pariente de María, eran nazarenos y amaban a Jesús desde la infancia, siendo muchas veces llamados "los hermanos del Señor", por sus profundas afinidades afectivas.

Tomás descendía de un antiguo pescador de Dalmanuta y Bartolomé había nacido de una laboriosa familia de Caná de Galilea. Simón, más tarde denominado "el Zelote", dejara su tierra de Caná para dedicarse a la pesca, y solamente uno de ellos, Judas, desentonaba un poco de ese concierto, pues había nacido en Iscariote y se había consagrado al pequeño comercio de Cafarnaúm, donde vendía peces y bagatelas.

El reducido grupo de compañeros del Mesías experimentó al principio ciertas dificultades para armonizarse. Pequeñas contiendas generaban entre ellos la desunión. De vez en cuando, el Maestro los sorprendía en inútiles discusiones sobre cuál de ellos sería el mayor en el reino de Dios; otras veces, deseaban saber cuál, entre todos, revelaba mayor sabiduría, en el campo del Evangelio.

Leví continuaba en sus trabajos de la repartición pública, mientras Judas proseguía en sus pequeños negocios, reuniéndose diariamente a los demás compañeros. Los otros diez vivían casi constantemente con Jesús, junto a las transparentes aguas del Tiberíades, como si participasen de una fiesta de luz incesante. Entretanto, iniciándose el período de trabajos activos por la difusión de la nueva doctrina, el Maestro reunió a los doce en casa de Simón Pedro y les administró las primeras instrucciones referentes a su gran apostolado. De conformidad con la narración de Mateo, las recomendaciones iniciales del Mesías aclaraban las normas de acción que los discípulos debían seguir para las realizaciones que debían concretizar.

— Amados — comenzó Jesús a decirles, con extrema mansedumbre —, no tomaréis el camino ancho por donde toda la gente anda, llevada por los intereses fáciles e inferiores; buscaréis el camino escabroso y estrecho de los sacrificios por el bien de todos. Tampoco penetraréis en los centros de discusión estéril, a la moda de los samaritanos, o en los de las contiendas que nada aprovechan a las edificaciones del verdadero reino de los corazones con esfuerzo sincero. Antes id en busca de las ovejas perdidas de la casa de nuestro Padre que se encuentran en aflicción y voluntariamente desterradas de su amor divino. Reunid con vosotros a todos los que tengan corazón angustiado y decidles, de mi parte, que es llegado el reino de Dios. Trabajad curando a los enfermos, limpiando a los leprosos, resucitando los que están muertos en las sombras del crimen o en las desilusiones ingratas del mundo, esclareced a todos los espíritus que se

encuentran en tinieblas, ofreciendo de gracia lo que de gracia os es concedido.

No exhibáis oro o plata en vuestras vestimentas, porque el reino de los cielos reserva los tesoros más bellos para los humildes. No juntéis lo superfluo en alforjas, túnicas o alpargatas para el camino, porque el obrero es digno de su sustento. En cualquier ciudad o aldea en que entréis, buscad a quien allí desee los bienes del cielo con sinceridad y devoción a Dios, y repartid las bendiciones del Evangelio con los que sean dignos, hasta cuando os retiréis.

Cuando penetréis en alguna casa, saludadla con amor. Si esa casa viene a merecer las bendiciones de vuestra dedicación, baje a ella vuestra paz; pero, si no es digna, vuelva esa misma paz a vuestros corazones. Si nadie os recibe, ni desea oír vuestras instrucciones, retiraos sacudiendo el polvo de vuestros pies, esto es, sin conservar ningún rencor y sin contaminaros de la iniquidad ajena. En verdad os digo que día vendrá en que menos rigor habrá para los grandes pecadores, que para los que procuran a Dios con los labios de la falsa creencia, sin la sinceridad del corazón. Es por esta razón que os envío como ovejas a cueva de lobos, recomendándoos la simplicidad de las palomas y la prudencia de las serpientes.

Tened cuidado, pues de los hombres, nuestros hermanos, porque seréis entregados a sus tribunales y seréis azotados en sus lujosos templos, de donde la idea de Dios está exiliada. Seréis conducidos, como reos, a la presencia de gobernadores y reyes, de tiranos y no creyentes, para que deis testimonio de mi causa. Pero, en los dolorosos días de la humillación, no tengáis cuidado con lo que habéis de decir, porque mi palabra estará con vosotros y seréis inspirados, al respecto de lo que debéis decir. Porque no somos nosotros los que hablamos; el espíritu amoroso de Nuestro Padre es el que habla en todos.

En esos días de sombra, en que se luchará en el mundo por mi nombre, el hermano entregará a muerte al propio hermano, el padre a los hijos, extendiéndose en los caminos el siniestro rastro de los lobos de la iniquidad. Los que me sigan serán despreciados y odiados por mi causa, pero aquél que persevere hasta el fin, será salvo. Cuando, pues, fuereis perseguidos en una ciudad, transportaos para otra, porque en verdad os digo que jamás estaréis en los caminos humanos sin que os acompañe mi pensamiento.

Si tenéis que sufrir, considerad que también yo vine a la Tierra para dar testimonio y que no es el discípulo mayor que el maestro, ni el siervo más que su señor. Si el adversario de la luz va a reunir contra mí las tentaciones y las burlas, el ridículo y la crueldad, ¿qué no hará a mis discípulos? Todavía, sabéis que encima de todo está Nuestro Padre y que, por lo tanto, es preciso no temer, pues un día toda la verdad será revelada y todo el bien triunfará.

Lo que os enseñe en particular, difundidlo públicamente; porque lo que ahora escucháis a los oídos será el objeto de vuestras predicaciones desde arriba de los tejados. Trabajad por el reino de Dios y no temáis a los que matan el cuerpo, pero que no pueden aniquilar el alma; temed antes a los sentimientos malignos que introducen el cuerpo y el alma en el infierno de la conciencia. ¿No se venden dos pajaritos por un ceutil*? Entretanto, ninguno de ellos cae de sus nidos sin la voluntad de nuestro Padre. Incluso los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues, porque un hombre vale más que muchos pajaritos. Empleaos en el amor del Evangelio y cualquiera de vosotros que me

confeséis, delante de los hombres, yo lo confesaré igualmente delante de mi Padre que está en los cielos.

* Antigua moneda portuguesa, que valía un sexto del real. (N. de T.)

Las recomendaciones de Jesús fueron escuchadas aún por algún tiempo y, terminada su alocución, en el semblante de todos se notaba la nota de alegría íntima y de la esperanza. Los apóstoles creían contemplar el glorioso porvenir del Evangelio del Reino y estremecían de júbilo en sus corazones. Fue cuando Judas Iscariote, como que despertando, antes que todos sus compañeros, de aquellas profundas emociones de encantamiento, se adelantó hacia el Mesías, declarando en términos respetuosos y resueltos:

— Señor, vuestros planes son justos y preciosos; entretanto, es razonable que consideremos que nada podremos edificar sin la contribución de algún dinero.

Jesús lo contempló serenamente y respondió:

— ¿Será que Dios necesitó de las precarias riquezas para construir las bellezas del mundo? En manos que sepan dominarlo, el dinero es un instrumento útil, pero nunca lo será todo, porque encima de los tesoros percibles, está el amor con sus infinitos recursos.

En medio a la sorpresa general, Jesús, después de una pausa continuó:

— No obstante, Judas, aunque no dispongo de cualquier moneda del mundo, no puedo despreciar la primera sugestión de los que contribuirán conmigo para la edificación del reino de mi Padre en el espíritu de las criaturas. Pon en práctica tu observación, pero ten cuidado con la tentación de las posesiones materiales. Organiza tu bolsa de cooperación y guárdala contigo; pero, nunca procures lo que sobrepase a lo necesario.

Allí mismo, con el pretexto de incentivar los movimientos iniciales de la gran causa, el hijo de Iscariote hizo la primera colecta entre los discípulos. Todas las posibilidades eran mínimas, pero algunos pobres denarios fueron recogidos con interés. El Maestro observaba la ejecución de aquella primera providencia, con una sonrisa llena de aprensiones, mientras Judas guardaba cuidadosamente el modesto fruto de su recuerdo material. En seguida, presentando a Jesús la minúscula bolsa que se perdía en el dobladizo de su túnica, exclamó satisfecho:

— Señor, la bolsa es pequeña, pero constituye el primer paso para que se pueda realizar alguna cosa...

Jesús lo miró serenamente y contestó en tono profético:

— ¡Sí, Judas, la bolsa es pequeña; con todo, permita Dios que nunca sucumbas a su peso!

FIDELIDAD A DIOS

Después de las primeras predicaciones de Jesús, respecto de los ingentes trabajos que la edificación del reino de Dios exigía de sus discípulos, se esbozó en la fraternal comunidad un leve movimiento de incompreensión. ¿Qué? ¿Pues la Buena Nueva reclamaría tantos sacrificios?

Entonces el Señor, que sondeaba el interior de sus dilectos compañeros, los reunió una noche, al dejarlos solos la turba, habiendo corrido ya algunas horas sobre la puesta del Sol. Interrogándolos vivamente, provocó la manifestación de sus pensamientos y dudas más íntimas. Después de escuchar sus confidencias simples y sinceras, el Maestro ponderó:

— En la causa de Dios, la fidelidad debe ser una de las primeras virtudes. ¿Existen el hijo y el padre que no deseen establecer, como ideal de unión, la confianza integral y recíproca? No podemos dudar de la fidelidad de Nuestro Padre hacia nosotros. Su dedicación nos cerca los espíritus desde el primer día. Aún no lo conocíamos y ya él nos amaba. Y, ¿acaso, podremos desdeñar la posibilidad de la retribución? ¿No sería repudiar del título de hijos amorosos, el hecho de dejarnos absorber en el alejamiento, favoreciendo la negación?

Como los discípulos lo escuchasen atentos, bebiendo sus enseñanzas, el Maestro acrecentó:

— Todo en la vida tiene el precio que le corresponde. Si vaciláis, recelosos ante las bendiciones del sacrificio y las alegrías del trabajo, medita en los tributos que la fidelidad al mundo exige. El placer ¿no acostumbra cobrar del hombre un impuesto alto y doloroso? ¿Cuánto pagarán, en flagelaciones íntimas, el vanidoso y el avaro? ¿Cuál es el precio que el mundo reclama al burlón y al mentiroso?

Al claror blancuzco de la Luna, cual padre bondadoso rodeado de sus hijitos, Jesús reconoció que los discípulos, frente a sus cariñosas preguntas, habían transformado la actitud mental, como iluminados por súbita claridad.

Tímidamente, Santiago, hijo de Alfeo, contó la historia de un amigo que arruinó su salud por excesos en los placeres condenables.

Tadeo habló de un conocido que, después de ganar gran fortuna, se había tornado avaro y mezquino al punto de privarse de lo necesario, para multiplicar el número de sus monedas, acabando asesinado por los ladrones.

Pedro recordó el caso de un pescador de su intimidad, que había sucumbido trágicamente, por efecto de su desmedida ambición. Jesús, después de oírlos, satisfecho preguntó:

— ¿No halláis enorme el tributo que el mundo exige a los que se apegan a sus gozos y riquezas? Si el mundo pide tanto, ¿por qué no podría Dios pedirnos lealtad al corazón? Trabajamos ahora por la institución divina de su reino en la Tierra; pero, ¿desde cuándo

estará el Padre trabajando por nosotros?

Las preguntas flotaban en el espacio sin respuesta de los discípulos, porque, encima de todo, ellos oían las que les llegaban del propio corazón. Del infinito firmamento los reflejos lunares se proyectaban en el manto tranquilo del lago, dando la impresión de encantador camino para el horizonte, abierto sobre las aguas, por entre deslumbramientos de luz.

Mientras los compañeros meditaban en lo que dijera Jesús, Santiago le dirigió la palabra, en estos términos:

— Maestro, tengo un amigo de Corazín, que escuchó vuestra palabra santificante y deseaba seguiros; pero me aseguró que el reino predicado por vuestra bondad está lleno de numerosos obstáculos, acrecentando que Dios debe mostrarse a nosotros solamente en la victoria y en la ventura. ¡Debo confesar que me volví indeciso ante sus observaciones, pero, ahora, esclarecido por vuestras enseñanzas, os comprendo mejor, asegurándose que nunca olvidaré mi fidelidad al reino!...

La voz del apóstol, en su confesión espontánea, se revelaba llena de entusiasmo dulce y amigo y el Señor, aprovechando la hora para la siembra divina, exclamó bondadoso:

— Santiago, no todos son capaces de comprender la verdad de una vez. Debemos considerar que el mundo está lleno de creyentes que no entienden la protección del cielo, sino en los días de tranquilidad y triunfo. Pero nosotros, que conocemos la suprema voluntad, tenemos que seguir su ruta. No debemos pensar en el Dios que concede y sí en el Padre que educa; no en el Dios que recompensa y sí en el Padre que perfecciona. De allí se concluye que nuestra batalla por la redención debe ser perseverante y sin tregua...

En ese punto, todos los compañeros de apostolado, manifestando el interés que las aclaraciones de la noche les causaban, se pusieron a preguntar con respeto y cariño:

— Maestro — exclamó uno de ellos —, ¿no sería mejor que escapásemos al mundo para vivir en la incesante contemplación del reino?...

— ¿Qué diríamos del hijo que se conservase en perpetuo reposo, junto a su padre que trabaja sin cesar, en la labor de la gran familia? — respondió Jesús.

— Pero, ¿de qué manera se puede vivir como hombre y como apóstol del reino de Dios ante este mundo? — inquirió Tadeo.

— En verdad — esclareció el Mesías —, nadie puede servir simultáneamente a dos señores. Sería absurdo vivir al mismo tiempo para los condenables placeres de la Tierra y para las sublimes virtudes del cielo. El discípulo de la Buena Nueva tiene que servir a Dios, sirviendo a su obra en este mundo. Él sabe que se encuentra trabajando con mucho esfuerzo en un gran campo, propiedad de su Padre, que lo observa con cariño y ve con amor sus trabajos. Imaginemos que ese campo estuviese lleno de enemigos: por todas partes, gusanos asquerosos, víboras venenosas, tramos de tierra improductiva. Ciertamente es que las fuerzas destructoras reclamarán la indiferencia y la sumisión del hijo de Dios; pero, el hijo de corazón fiel a su Padre se lanza al trabajo con perseverancia y

buena voluntad. Entrará en lucha silenciosa con el medio, sufrirá sus tormentos con heroísmo espiritual, por amor al reino que trae en el corazón plantará una flor donde se encuentre una espina; abrirá un sendero, aunque estrecho, donde estén en confusión los parásitos de la Tierra; cavará pacientemente, buscando las entrañas del suelo, para que surja una gota de agua donde impere un desierto. Del interior de ese trabajador brotará siempre un cántico de alegría, porque Dios lo ama y lo sigue con atención.

— ¿Cuál es la primera virtud que debemos cultivar en el corazón — preguntó uno de los hijos de Zebedeo —, para sentirnos plenamente identificados con la grandeza espiritual de la tarea?

— Primero que todas las cosas — respondió el Maestro — es preciso ser fiel a Dios.

La pequeña asamblea parecía altamente encantada y satisfecha, pero André preguntó:

— Maestro, en estos últimos días, me he sentido enfermo y recelo no poder trabajar como los demás compañeros. ¿Cómo podré ser fiel a Dios, estando enfermo?

— Escucha — replicó el Señor con cierto énfasis. — En los días de calma, es fácil probar fidelidad y confianza. Pero, no se prueba dedicación verdaderamente, sino en las horas tormentosas, en que todo parece contrariar y perecer. El enfermo trae consigo diversas posibilidades de trabajar para Nuestro Padre, con más altas probabilidades de éxito en el servicio. ¡Palpando o rastreando, busquemos servir al Padre que está en los cielos, porque en sus divinas manos vive el Universo entero!.. André, si algún día tus ojos se cerraren para la luz de la Tierra, sirve a Dios con tu palabra y con tus oídos; si quedares mudo, toma así mismo el arado valiéndote de tus manos. ¡Aunque quedases privado de los ojos y de la palabra, de las manos y de los pies, podrás servir a Dios con la paciencia y el coraje, porque la virtud es el verbo de esa fidelidad que nos ha de conducir al amor de los amores!

El grupo de apóstoles se callaron, impresionados, ante aquellas recomendaciones.

La luna estaba esplendorosa sobre las aguas silenciosas. El más leve ruido no traicionaba el augusto silencio de esa hora. André lloraba de emoción, mientras los otros observaban la figura de Cristo, iluminada por las claridades lunares, dejando entrever una sonrisa amorosa. Entonces, todos, impulsados por soberana fuerza interior, dijeron casi a un mismo tiempo:

— ¡Señor, seremos fieles!..

Jesús continuó a sonreír, como quien sabía la intensidad de la lucha a ser ejecutada y conocía la fragilidad de las promesas humanas. Entretanto, del corazón de los apóstoles jamás se apagó el recuerdo de aquella noche luminosa de Cafarnaúm, aureolada por la enseñanza divina. Humillados y perseguidos, crucificados en el dolor y desollados vivos, supieron ser fieles, a través de todas las vicisitudes de la Naturaleza, y, transformando sus angustias y sus trabajos en un cántico de glorificación, bajo la eterna inspiración del Maestro, renovaron la faca del mundo.

LA LUCHA CONTRA EL MAL

De todas las ocurrencias de la tarea apostólica, los encuentros del Maestro con los endemoniados constituían los hechos que más impresionaban a los discípulos. La palabra "diablo" era entonces comprendida en su justa acepción.

Según el sentido exacto de la expresión, era él el adversario del bien, simbolizando el término, de esa forma, todos los malos sentimientos que dificultaban el acceso de las almas a la aceptación de la Buena Nueva y a todos los hombres de vida perversa, que contrariaban los propósitos de la existencia pura, que deberían caracterizar a las actividades de los adeptos del Evangelio. De entre los compañeros del Mesías, Tadeo era el que más se dejaba impresionar por aquellas dolorosas escenas. Sobremanera le agudizaban la curiosidad de hombre, los gritos desesperados de los espíritus malhechores, que se alejaban de sus víctimas bajo la amorosa determinación del Divino Maestro.

Cuando los pobres obsediados dejaban escapar un suspiro de alivio, Tadeo volvía los ojos a Jesús, maravillado de sus actos. Cierta día en que el Señor se había retirado, con Santiago y Juan, para los lados de Cesárea de Filipo, una pobre demente le fue traída, para que él, Tadeo, anulase la actuación de los espíritus perturbadores que la subyugaban. Entretanto, a pesar de todos los esfuerzos de su buena voluntad, Tadeo no consiguió modificar la situación. Solamente en el día inmediato, al anochecer, en la consoladora presencia del Mesías, fue posible a la infeliz demente recuperar el control de sí misma.

Observando el hecho, Tadeo cayó en seria y profunda meditación interior. ¿Por qué razón el Maestro no les transmitía, automáticamente, el poder de expulsar los demonios malos, para que pudiesen dominar a los adversarios de la causa divina? Si tan fácil era a Jesús la cura integral de los endemoniados, ¿por qué motivo no provocaba él, de una vez, la aproximación general de todos los enemigos de la luz, para que, por su autoridad, fuesen definitivamente convertidos al reino de Dios?

Con el cerebro torturado por esas graves preocupaciones y soñando posibilidades maravillosas para que cesasen todos los combates entre las enseñanzas del Evangelio y sus enemigos, el inquieto discípulo trató de encontrarse particularmente con el Señor, de manera a exponerle con humildad sus ideas íntimas.

En una tranquila noche, después de escuchar sus ponderaciones, le preguntó Jesús, en tono austero:

— Tadeo, ¿cuál es el principal objetivo de las actividades de tu vida?

Como si recibiera una centella de superior inspiración, le respondió el discípulo con sinceridad:

— Maestro, procuro realizar el reino de Dios en el corazón.

— Si procuras semejante realidad, ¿por qué la reclamas en primer lugar en el

adversario? ¿Sería justo olvidar tus propias necesidades en ese sentido? ¿Si buscamos llegar al infinito de la sabiduría y del amor en Nuestro Padre, se hace indispensable que reconozcamos que todos somos hermanos en el mismo camino!...

— Señor, ¿los espíritus del mal son también nuestros hermanos? — inquirió, admirado el apóstol.

— Toda la creación es de Dios. Los que visten la túnica del mal envergarán un día la de la redención por el bien. Acaso, ¿puedes dudar de esto? El discípulo del Evangelio no combate propiamente a su hermano, como Dios nunca entra en lucha con sus hijos; aquél combate apenas toda manifestación de ignorancia, así como el Padre trabaja incesantemente por la victoria de su amor, junto a la humanidad entera.

— Pero, ¿no sería justo — respondió el discípulo con cierta convicción — convocar a todos los genios malhechores para convertirlos a la verdad de los cielos?

El Maestro, sin sorprenderse con esa observación, dijo:

— ¿Por qué motivo no procede Dios así?... ¿Acaso, tendríamos nosotros una substancia de amor más sublime y más fuerte que la del su corazón paternal? Tadeo, jamás olvidemos el buen combate. Si alguien te convoca a la ingrata labor de la mala semilla, no desdeñes la buena lucha por la victoria del bien, encarando cualquier posición difícil como sagrada oportunidad para revelar tu fidelidad a Dios.

Abraza siempre a tu hermano. Si el adversario del reino te provoca al esclarecimiento de toda la verdad, no desprecies la hora de trabajar por la victoria de la luz; pero sigue tu camino en el mundo atento a tus propios deberes, pues no nos consta que Dios abandone sus actividades divinas para imponer la renovación moral a los hijos ingratos que se rebelaron en su casa. Si el mundo parece poblarse de sombras, es preciso reconocer que las leyes de Dios son siempre las mismas, en todas las latitudes de la vida.

Es indispensable meditar en la lección de Nuestro Padre y no estacionar a la mitad del camino que recorremos. ¿Los enemigos del reino se empeñan en sangrientas batallas? No olvides tu propio trabajo. ¿Padecen en el infierno de las ambiciones sin límites? Camina para Dios. ¿Lanzan la persecución contra la verdad? Tienes contigo la verdad divina que el mundo nunca podrá robarte. Los grandes patrimonios de la vida no pertenecen a las fuerzas de la Tierra, sino a las del Cielo. El hombre, que dominase al mundo entero con su fuerza, tendría que quebrar su espada sangrienta, ante los derechos inflexibles de la muerte. Y, más allá de esta vida, nadie te preguntará por las obligaciones que le tocan a Dios, sino, únicamente, por el mundo interior que te pertenece a ti mismo, bajo la amorosa vista de Nuestro Padre.

¿Qué diríamos de un rey justo y sabio que preguntase a uno solo de sus súbditos por la justicia y la sabiduría del reino entero? No obstante, es natural que el súbdito sea inquirido acerca de los trabajos que le fueron confiados, en el plan general, siendo justo también que se le pregunte qué fue hecho con sus padres, con su compañera, con sus hijos y hermanos. ¿Andas así tan olvidadizo de esos problemas fáciles y simples? Acepta la lucha, siempre que fueres juzgado digno de ella y no te olvides, en todas las circunstancias, que construir es siempre lo mejor.

Tadeo contempló al Maestro, tomado de profunda admiración. Sus esclarecimientos caían en su espíritu como gotas inmensas de una nueva luz.

— Señor — dijo él — vuestros razonamientos iluminan mi corazón; pero, ¿me habré equivocado exteriorizando mis sentimientos de piedad por los espíritus malhechores? ¿No debemos, entonces, convocarlos al buen camino?

— Toda excelente intención — respondió Jesús — será llevada en justa cuenta en el cielo, pero precisamos comprender que no se debe tentar a Dios. He aceptado la lucha como el Padre me la envía y he esclarecido que a cada día basta su trabajo. Nunca reuní el colegio de mis compañeros para provocar las manifestaciones de los que se complacen en las tinieblas; los reuní en todas las circunstancias y oportunidades, suplicando para nuestro esfuerzo la sagrada inspiración del Todo Poderoso. El adversario es siempre un necesitado que comparece al banquete de nuestras alegrías y, por eso, aunque no lo haya convocado, invitando solamente a los afligidos, a los simples y a los de buena voluntad, nunca le cerré las puertas del corazón, encarando su manifestación como una oportunidad de trabajo, de que Dios nos juzga dignos.

El apóstol humilde sonrió, saciado en su hambre de conocimiento, pero aún preocupado con la imposibilidad en que se veía de atender eficazmente a la víctima que lo procuraba, acrecentó:

— Señor, vuestras palabras son siempre sabias; entretanto, ¿de qué necesitaré para alejar las entidades de la sombra, cuando su imperio se establezca en las almas?!...

— Volvemos, así, al principio de nuestras explicaciones — respondió Jesús —, pues, para eso, necesitas de la edificación del reino en el interior de tu espíritu, siendo este el objetivo de tu vida. Sólo la luz del amor divino es bastante fuerte para convertir un alma a la verdad. ¿Viste ya algún contendiente de la Tierra convencerse sinceramente tan sólo por la fuerza de las palabras del mundo? Las disertaciones filosóficas no constituyen toda la realización. Ellas pueden ser un fácil recurso de la indiferencia o una túnica brillante, cubriendo necesidades penosas. El reino de Dios, sin embargo, es la divina edificación de la luz. Y la luz ilumina, dispensando los largos discursos. Entiende que nadie puede ofrecer a otros aquello que aún no posea en el corazón. ¡Ve! Trabaja sin cesar por tu gran victoria. Cuida de ti mismo y ama a tu prójimo, sin olvidar que Dios cuida de todos.

Tadeo guardó las enseñanzas de Jesús, para retirar de su substancia el más elevado provecho en el futuro. Al día siguiente, deseando destacar, frente a la comunidad de sus seguidores, la necesidad de que cada uno se entregue al esfuerzo silencioso por su propia edificación evangélica, el Maestro esclareció a sus sinceros apóstoles, como se encuentra en la narración de Lucas:

— "Cuando el espíritu inmundo, después que sale del hombre, va recorriendo los desiertos, buscando y no encontrando, dice: — voy a volver a la casa de donde he salido; y al llegar a ella, la encuentra barrida y arreglada. Después, se marcha y lleva consigo más siete espíritus peores que él, y penetra, para fijar allí su morada; así la situación última de aquel hombre viene a ser peor que la anterior." (*)

Entonces, todos los oyentes de las predicaciones del lago comprendieron que no bastaba enseñar el camino de la verdad y del bien a los espíritus perturbados y malhechores; pues era indispensable que cada uno edificase la fortaleza luminosa y sagrada del reino de Dios, dentro de sí mismo.

(*) Lucas 11, 24-26 (N. del T.)

BUEN ANIMO

El apóstol Bartolomé fue uno de los más dedicados discípulos de Cristo, desde los primeros tiempos de sus predicaciones junto al Tiberíades. Todas sus posibilidades eran empleadas en acompañar al Maestro, en su tarea divina. Entre tanto, Bartolomé era triste y en innumerables ocasiones, el Señor lo sorprendía en meditaciones profundas y dolorosas. Fue tal vez, por eso que, una noche, mientras Simón Pedro y su familia se entregaban a los impostergables quehaceres domésticos, Jesús aprovechó algunos instantes para hablarle más demoradamente al corazón.

Después de una afectuosa y fraterna interrogación, Bartolomé dejó que su sensible espíritu hablase:

— Maestro — exclamó, tímidamente —, no sabría nunca explicaros el porqué de mis tristezas amargas. Sólo se decir que vuestro Evangelio me llena de esperanzas para el reino de luz que espera nuestros corazones, más allá, en las alturas... Cuando esclarecisteis que vuestro reino no es de este mundo, experimenté un nuevo coraje para atravesar las miserias del camino de la Tierra, pues, aquí, ¡el sello del mal parece oscurecer las cosas más puras!... ¡Por todas partes, es la victoria del crimen, el juego de las ambiciones, la cosecha de los desengaños!..

La voz del apóstol se había tornado casi sofocada por las lágrimas. Sin embargo, Jesús le miró con blandura y le habló con serenidad:

— Nuestra doctrina, no obstante, es la del Evangelio o de la Buena Nueva y ¿ya viste, Bartolomé, que una buena noticia no provoque alegría? Haces bien, conservando tu esperanza en base a las nuevas enseñanzas; pero, no quiero sino encender el buen ánimo en el espíritu de mis discípulos. Si ya tuve ocasión de enseñar que mi reino aún no es el de este mundo, eso no quiere decir que yo desdeñe el trabajo de extenderlo un día, a los corazones que pueblan la Tierra. ¿Crees, entonces, que yo habría venido a este mundo sin esa consoladora seguridad? El Evangelio tendrá que florecer, primeramente, en el alma de las criaturas, antes de fructificar para el espíritu de los pueblos. Pero, vengo de mi Padre, lleno de fortaleza y confianza, siendo que mi mensaje habrá de proporcionar gran júbilo a cuantos lo reciban de corazón.

Después de una pausa, en que el discípulo lo contemplaba silencioso, el Maestro continuó:

— La vida terrestre es un camino pedregoso, que conduce a los amorosos brazos de Dios. El trabajo es la marcha. La lucha común es la caminata de todo día. Los deliciosos instantes de la mañana y las horas nocturnas de serenidad son los puestos de reposo; pero, escúchame bien: en la actividad o en el descanso físico, la oportunidad de una hora, de una leve acción, de una palabra humilde, es la invitación de Nuestro Padre para que sembremos sus sacrosantas bendiciones. En general, los hombres abusan de esa preciosa ocasión para anteponer su imperfecta voluntad a los designios superiores, perturbando la propia marcha. De allí resultan las más ásperas jornadas obligatorias para la rectificación de las faltas cometidas y, muchas veces, infructíferas labores. En vista de estas razones, observamos que los viajeros de la Tierra están siempre desalentados.

En la obcecación de la propia voluntad, hieren su frente con las piedras del camino, cierran los oídos a la realidad espiritual, vendan los ojos con la sombra de la rebeldía y pasan en lágrimas, en imprecaciones desesperadas y gemidos amargos, sin observar la fuente cristalina, la cariñosa estrella del cielo, el perfume de la flor, la palabra de un amigo, la claridad de las experiencias que Dios extendió, para su jornada, en todos los aspectos del camino.

Hubo un pequeño intervalo en las consideraciones afectuosas, después de lo que, sin él mismo percibir el alcance de sus palabras en forma integral, Bartolomé preguntó:

— Maestro, vuestros esclarecimientos disipan mis pesares; pero, ¿el Evangelio exige de nosotros fortaleza permanente?

— La verdad no exige: transforma. El Evangelio no podría reclamar estados especiales de sus discípulos; pero, es necesario considerar que la alegría, el coraje y la esperanza deben ser trazos constantes de sus actividades en cada día ¿Por qué quedarnos en la pesadilla de una hora, si conocemos la gloriosa realidad de la eternidad con Nuestro Padre?

— ¿Y cuándo los negocios del mundo nos son adversos? ¿Y cuándo todo parece en lucha contra nosotros? preguntó el pescador con mirada inquieta.

Jesús, sin embargo, como si notase, enteramente, la finalidad de sus preguntas, esclareció con bondad:

— ¿Cuál es el mejor negocio del mundo, Bartolomé, será la aventura que se efectúa a peso de oro, muchas veces amordazándose el corazón y la conciencia para aumentar las preocupaciones de la vida material, o la definitiva iluminación del alma para Dios, que solamente se realiza por la buena voluntad del hombre que desee marchar para su amor, por entre las espinas del camino? ¿No será la adversidad en los negocios del mundo una invitación amiga para que la criatura siempre con más amor, un llamado indirecto que le arranque a las ilusiones de la Tierra para las verdades del reino de Dios?

Bartolomé guardó aquella respuesta en el corazón, no todavía, sin experimentar cierta extrañeza. Y luego, recordándose de que su progenitora había partido, hacía poco tiempo para la sombra de la tumba, interpeló aún, ansioso:

— Maestro: ¿no será justificable la tristeza cuando perdemos a un ser querido?

— Pero, ¿quién estará perdido si Dios es el padre de todos nosotros?... Si los que están sepultados en el lodo de los crímenes han de vislumbrar un día, la alborada de la redención, ¿por qué lamentarnos, en desesperación, del amigo que partió al llamado del Todopoderoso? La muerte del cuerpo abre las puertas de un mundo nuevo para el alma. Nadie queda verdaderamente huérfano sobre la Tierra, como ningún ser vive abandonado, porque todo es de Dios y todos somos sus hijos. ¡Por esto es que todo discípulo del Evangelio tiene que ser un sembrador de paz y de alegría!

Jesús entró en silencio, como si hubiera terminado su exposición serena y juiciosa. Y, como la hora ya iba adelantada, Bartolomé se despidió. La mirada del Maestro le ofrecía a la suya, en aquella noche, una luz más dulce y más brillante; sus manos

tocaron levemente sus hombros, dejándole una sensación saludable y desconocida.

Aunque nacido en Caná de Galilea, Bartolomé residía entonces, en Dalmanuta, para donde se dirigió, meditando gravemente en las lecciones recibidas. La noche le pareció más hermosa que nunca. En lo alto, las estrellas se le figuraban como las luces gloriosas del palacio de Dios, a la espera de sus criaturas, con himnos de alegría. Las aguas del Genesaret, a sus ojos, estaban más serenas y felices. Los vientos blandos le susurraban al entendimiento inspiraciones cariñosas, como un correo delicado que llegase del cielo. Bartolomé comenzó a recordar las razones de sus tristezas intraducibles, pero, con sorpresa, no las encontró más en el corazón. Se recordaba de haber perdido a su afectuosa madre; pero, reflexionó, con más amplitud, al respecto de los designios de la Divina Providencia. ¿Dios no era padre y madre en los cielos? Recordó los contratiempos de la vida y ponderó que sus hermanos por la sangre lo aborrecían y calumniaban. Entretanto, ¿Jesús no le era un hermano generoso y sincero? Pasó en revista los fracasos materiales. Con todo, ¿qué eran sus pescas o la avaricia de los negociantes de Bethsaida y de Cafarnaúm, comparados a la luz del reino de Dios, que él trabajaba por edificar en el corazón?

Llegó a casa por la madrugada. A lo lejos, las primeras claridades del Sol le parecían mensajeras de la comodidad celestial. El canto de las aves repercutía en su espíritu como notas armónicas de profunda alegría. El propio mugido de los bueyes presentaba nueva tonalidad a sus oídos. Su alma estaba ahora clara; el corazón aliviado y feliz. Al sonar los goznes de la puerta, sus hermanos le dirigieron insultos, acusándolo de mal hijo, de vagabundo y traidor de la ley. Pero, Bartolomé recordó el Evangelio y sintió que sólo él tenía bastante alegría para dar a sus hermanos. En vez de reaccionar ásperamente, como en otras veces, les sonrió con la bondad de las explicaciones amigas. Su viejo padre igualmente lo acusó, expulsándolo.

El apóstol, no obstante, lo encontró natural. Su padre no conocía a Jesús y él lo conocía. No consiguiendo esclarecerlos, guardó los bienes del silencio y se encontró en posesión de una nueva alegría. Después de reposar algunos momentos, tomó sus redes viejas y se fue a su barca. Tuvo para todos los compañeros de servicio una frase consoladora y amiga. El lago como que se encontraba más acogedor y más bello; sus compañeros de trabajo, más delicados y accesibles.

En la tarde, no discutió con los comerciantes, llenándoles, además, el espíritu de buenas palabras y de actitudes cautivantes y educativas. Bartolomé había convertido todos los desalientos en un cántico de alegría, al soplo regenerador de las enseñanzas de Cristo; todos los observaron con admiración, excepto Jesús, que conocía, con júbilo, la nueva actitud mental de su discípulo.

El sábado siguiente, el Maestro demandó las orillas del lago, cercado de sus numerosos seguidores. Allí se aglomeraban hombres y mujeres del pueblo, judíos y funcionarios de Antipas, a la par de gran número de soldados romanos. Jesús comenzó a predicar la Buena Nueva y, a cierta altura, contó conforme a la narración de Mateo, que — "el reino de los cielos es semejante a un tesoro que, oculto en un campo, fue hallado y escondido por un hombre que, movido de gozo, vendió todo lo que poseía y compró aquél campo".

En ese instante, la mirada del Maestro se posó sobre Bartolomé que lo contemplaba,

embebecido; la luz blanda de sus ojos generosos penetró hondo en el interior del apóstol, por la ternura que evidenciaba, y el humilde pescador comprendió la delicada alusión de la enseñanza, experimentando el alma leve y satisfecha, después de haber descartado todas las vanidades de que aún no se había deshecho, para adquirir el tesoro divino, en el campo infinito de la vida.

Enviando a Jesús una mirada de amor y de reconocimiento, Bartolomé limpió una lágrima. Era la primera vez que lloraba de alegría. El pescador de Dalmanuta adhirió para siempre, a los júbilos eternos del Evangelio del Reino.

VIEJOS Y JOVENES

No era extraño observar, en la pequeña comunidad de los discípulos, el entrechoque de las opiniones, dentro del exaltado idealismo de los más jóvenes. Muchas veces, el humilde séquito se dividía en discusiones relativas a los proyectos del futuro. Mientras Pedro y André escuchaban a los compañeros, con la ingenuidad de sus corazones simples y sinceros, Juan comentaba los planes de lucha para el porvenir; Santiago, su hermano, hablaba del buen aprovechamiento de su juventud, al paso que el joven Tadeo hacía maravillosas promesas.

— ¡Somos jóvenes! — decían. — ¡Iremos a la Tierra entera, predicaremos el Evangelio a las naciones, renovaremos el mundo!..

Así que el Maestro lo permitiese, saldrían de Galilea, predicarían las verdades del reino de Dios en aquella Jerusalén llena de preconceptos y de falsos intérpretes del pensamiento divino. Se sentían fuertes y bien dispuestos. Respiraban profundamente y se suponían como los únicos discípulos habilitados a traducir con fidelidad las nuevas enseñanzas. Por largas horas, cuestionaban acerca de sus posibilidades, presentaban sus ventajas, debatían sus inmensos proyectos. Y pensaban consigo mismo: ¿qué podría realizar Simón Pedro, jefe de familia y encarcelado en sus pequeños deberes? ¿Mateo no estaba igualmente atado por obligaciones impostergables de cada día? André y el hermano los escuchaban despreocupados, para meditar apenas en las lecciones del Mesías.

Entretanto, Simón, más tarde llamado el "Zelote", antiguo pescador del lago, acompañaba semejantes conversaciones, humillado. Algo más viejo que los compañeros, sus energías, en su opinión, ya no eran adecuadas para los servicios del Evangelio del Reino. Escuchando las fuertes palabras juveniles de los hijos de Zebedeo, se preguntaba a sí mismo qué sería de su esfuerzo simple, junto a Jesús. Comenzaba a sentir más fuertemente el declive de las fuerzas vitales. Sus energías parecían bajar de una gran montaña, aunque el espíritu se le conservase firme y vigilante, en el ritmo de la vida. Pero, dejándose impresionar vivamente, trató de entenderse con el Maestro, buscando eximirse de las dudas que roían su corazón.

Después de exponer sus vacilaciones y recelos, observó que Jesús lo miraba sin sorpresa, como si tuviese pleno conocimiento de sus emociones.

— Simón — dijo el Maestro con desvelado cariño -¿podríamos acaso preguntar la edad de nuestro Padre? Y si fuésemos a contar el tiempo, en el reloj de arena de las inquietudes humanas, ¿quién sería el más viejo de todos nosotros? La vida, en su expresión terrestre, es como un grandioso árbol. La infancia es su ramaje verde. La juventud se constituye de sus flores hermosas y perfumadas. La ancianidad es el fruto de la experiencia y de la sabiduría. Hay ramajes que mueren después del primer beso del Sol, y flores que caen al primer soplo de la primavera. Pero, el fruto es siempre una bendición del Todopoderoso. El ramaje es una esperanza; la flor una promesa; el fruto es realización. ¡Sólo él contiene el dulce misterio de la vida, cuya fuente se pierde en lo infinito de la divinidad!.. .

Mientras el discípulo meditaba los conceptos con admiración sincera, Jesús proseguía, esclareciendo:

— Esta imagen puede ser también la de la vida del espíritu, en su radiante eternidad, apenas con la diferencia de que allí los ramajes y las flores no mueren nunca, marchando siempre para el fruto de la edificación. Frente a la grandeza espiritual de la vida, la existencia humana es una hora de aprendizaje, en el infinito camino del Tiempo; esa minúscula hora encierra lo que existe en el todo. Es por eso que a veces, allí vemos jóvenes que hablan con una experiencia milenaria y viejos sin reflexión y sin esperanza.

— Entonces, Señor, de cualquier forma, ¿la vejez es la meta del espíritu? — preguntó emocionado, el discípulo.

— No la vejez enferma y amargada que se conoce en la Tierra, sino la de la experiencia que edifica el amor y la sabiduría. Aún aquí, debemos recordar el símbolo del árbol, para reconocer que el fruto perfecto es la frescura del ramaje y la belleza de la flor, encerrando el contenido divino de la miel y la semilla.

Notando que el Maestro había extendido sus conceptos en amplias imágenes simbólicas, el apóstol volvió concentrarse en su caso particular y objetó:

— La verdad, Señor, es que me siento depauperado y envejecido, temiendo no resistir a los esfuerzos a que se obliga mi alma, en la siembra de vuestra santa doctrina.

— Pero, escucha, Simón — replicó Jesús, con enérgica serenidad — ¿crees que los jóvenes del mañana podrán hacer alguna cosa sin los trabajos de los que ahora están envejeciendo?!... ¿Podría el árbol vivir sin la raíz, el alma sin Dios? ¡Recuerda tu parte del esfuerzo y no te preocupes con la obra que pertenece al Todopoderoso! Sobre todo, no olvides que nuestra tarea, para dignidad perfecta de nuestras almas, debe ser intransferible. Juan también será viejo y los cabellos blancos de su frente contarán profundas experiencias. Que no te hiera el diálogo de los jóvenes de la Tierra. La flor, en el mundo, puede ser el principio del fruto, pero puede también adornar el cortejo de las ilusiones. Cuando te cerque el murmullo de la juventud, ama a los jóvenes que revelen trabajo y reflexión; entretanto, no dejes de sonreír, igualmente, a los irreflexivos e inconstantes: son niños que piden cuidado, abejas que aún no saben hacer miel. Perdona sus entusiasmos sin rumbo, como se deben olvidar los impulsos de un bebé en la inconsciencia de sus primeros días de vida. Esclárecelos, Simón, y no pienses que otro hombre pueda efectuar, en el conjunto de la obra divina, el esfuerzo que te compete. ¡Anda y ten buen ánimo!... Un viejo sin esperanza en Dios es un hermano triste en la noche; pero yo vengo a traer al mundo las claridades de un día perenne.

Dando Jesús por terminado su esclarecimiento, Simón, el Zelote, se retiró satisfecho, como si hubiese recibido en el corazón una nueva energía. Volviendo a su pobre casa, encontró a Santiago, hijo de Cleofás, hablando a las orillas del lago con algunos jóvenes, apelando ardientemente para sus fuerzas realizadoras. Observando al viejo compañero, el apóstol más joven no lo ofendió, pero hizo una pequeña alusión a su edad, para destacar las palabras de su exhortación a los compañeros pescadores. No obstante, Simón, sin sentir cualquier mancha de celos, recordó las elucidaciones del Maestro y luego que se hizo silencio, al reconocer que Santiago estaba solo, le dijo con blandura:

— Santiago, mi hermano, ¿será que el espíritu tiene edad? Si Dios contase el tiempo como nosotros, ¿no sería Él lo más viejo de la creación? Y ¿qué hombre del mundo guardaría la presunción de igualarse al Todopoderoso? Un joven no conseguiría realizar su tarea en la Tierra si las experiencias de sus padres no lo hubieran precedido. No nos detengamos en la edad, olvidemos las circunstancias, para solamente recordar el fin sagrado de nuestra vida, que debe ser la edificación del Reino en el interior de las almas.

El hijo de Alfeo escuchó las simples observaciones y reconoció que eran dichas con una fraternidad tan pura, que no llegaban a herirle, ni de leve, el corazón. Admirando la serena ternura del compañero y sin olvidar el patrón de humildad que el Maestro cultivaba, reflexionó un momento y conmovido exclamó:

— ¡Tienes razón!

El viejo apóstol no esperó cualquier justificativa de su parte y, dándole un abrazo, le mostró una buena sonrisa, dejando percibir que ambos debían olvidar, para siempre, aquel minuto de divergencia, para unirse cada vez más en Jesucristo.

En esa misma tarde, cuando el Mesías comenzó a enseñar la sabiduría del Reino de Dios, Simón, el Zelote, notó que había en la playa dos niñitos distraídos. Dominada por la nueva luz que fluía de las enseñanzas del Maestro, la Madre de ellos no había visto que se distanciaban, cerca del comienzo del agua; el viejo pescador, atento a la predicación y a las demás necesidades del momento en curso, observó a los dos pequeños y los acompañó. Con una buena palabra, los tomó en brazos, sentándose en una piedra y, una vez terminada la reunión, los restituyó al regazo materno en medio a suave alegría y sincero reconocimiento. Inspirado por una fuerza extraña a su alma, el discípulo comprendió que el júbilo de aquella tarde no habría sido completo si dos niños hubiesen desaparecido en el seno inmenso de las aguas, separándose para siempre de los brazos amorosos de su madre. En el fondo de su espíritu, había un sincero júbilo. Con Cristo había comprendido el placer de servir, la alegría de ser útil.

Esa noche, Simón, el Zelote, tuvo un sueño glorioso para su simple alma. Adormeciendo, de conciencia feliz, soñó que se encontraba con el Mesías, en la cumbre de un monte que se elevaba en extrañas fulguraciones. Jesús lo abrazó con cariño y le agradeció el fraternal esclarecimiento otorgado a Santiago, en recuerdo suyo, manifestándole además reconocimiento por su tierno cuidado con las dos niñas desconocidas, por amor a su nombre. El discípulo se sentía venturoso en aquel sublime momento.

Jesús, de lo alto de la prodigiosa colina, le mostraba el mundo entero. Eran ciudades y campos, mares y montañas...

En seguida, el antiguo pescador comprendió que sus asombrados ojos divisaban los paisajes del futuro. Al lado de su deslumbramiento, pasaba la inmensa familia humana. Todas las criaturas observaban al Maestro, con los ojos agradecidos y refulgentes de amor. Los niños le llamaban "fiel amigo"; los jóvenes, "verdad del cielo"; los viejos, "sagrada esperanza".

Simón despertó, experimentando alegría indefinible. A la mañana siguiente, antes del trabajo, buscó al Señor y le besó la humilde franja de su túnica, exclamando jubilosamente:

— ¡Maestro, ahora os comprendo!...

Jesús lo contempló con amor y respondió:

— ¡En verdad, Simón, ser joven o viejo, en el mundo, no interesa!... ¡Antes que todo, es necesario ser de Dios!...

EL PERDÓN

Las primeras peregrinaciones de Cristo y de sus discípulos, en torno al lago, habían alcanzado triunfos inolvidables. Ya eran enfermos atribulados que agradecían el alivio buscado ansiosamente; humildes trabajadores que llenaban su pecho de santos consuelos ante las divinas promesas de la Buena Nueva.

Entretanto, aquellas actividades, comenzaron a despertar la reacción de los judíos rigurosos que veían en Jesús un revolucionario peligroso. El amor que el profeta nazareno predicaba, quebraba principios antiguos de la ley judía. Los señores de la tierra observaban cuidadosamente los diálogos de los esclavos que intercambiaban inmenso júbilo proveniente de las esperanzas en un nuevo reino que no llegaban a comprender. Los más egoístas pretendían ver en el generoso profeta un vulgar conspirador, que deseaba levantar la ira popular contra la dominación de Herodes; otros presumían en su figura a un raro hechicero, que era necesario evitar.

Fue así que el viaje del Maestro a Nazaret redundó en una excursión de grandes dificultades, provocando de su parte las observaciones casi amargas que se encuentran en el Evangelio, al respecto a la cuna de aquellos que lo deberían guardar en el santuario del corazón. No fueron pocos los adversarios de sus ideas renovadoras que lo precedieron a la minúscula ciudad, buscando neutralizar su acción por medio de falsas noticias y desmoralizarlo, argumentando con informaciones mal preparadas por algunos nazarenos.

Jesús sintió de cerca la delicada situación creada con la primera investida de los enemigos gratuitos de su doctrina; pero aprovechó todas las oportunidades para las mejores conclusiones en la esfera de la enseñanza. Sin embargo, no sucedió lo mismo con sus discípulos. Felipe y Simón Pedro llegaron a discutir seriamente con algunos señores de la región, intercambiando palabras ásperas, al respecto de las edificaciones del Mesías. Las irónicas carcajadas, las apreciaciones menos dignas encendían en sus ánimos propósitos impulsivos de defensas apasionadas. No faltaban los que veían en el Señor un activo siervo del espíritu del mal, un enemigo de Moisés, un secuaz de príncipes desconocidos o de traidores al poder político de Antipas.

Tan grandes fueron las discusiones en Nazaret, que sus nocivos reflejos se hacían sentir fuertemente sobre toda la comunidad de los discípulos. Pedro y André abogaban la causa del Maestro con expresiones incisivas y sinceras. Santiago se molestaba con los análisis de los compañeros. Levi protestaba, expresando el deseo de instituir debates públicos, para que se pudiera evidenciar las superioridades de las enseñanzas del Mesías, confrontándolas con los viejos textos. Jesús comprendió los acontecimientos y serenamente, ordenó la retirada, alejándose de la ciudad con una tranquila sonrisa. No obstante la determinación y a pesar del regreso a Cafarnaúm, la mayoría de los apóstoles prosiguió en discusión, extrañando que el Maestro no hiciese nada para reaccionar contra las venenosas insinuaciones a su respecto. De allí a algunos días, obedeciendo a las circunstancias ocurridas en aquella ocasión, Pedro y Felipe trataron de encontrarse con el Señor, ansiosos por la claridad de sus enseñanzas.

— ¡Maestro, os llamaron siervo de Satanás y reaccionamos rápidamente! — decía

Pedro con ingenua sinceridad.

— Veámos que por vos mismo, nunca opondréis la contraria — exclamaba Felipe, convencido de haber prestado servicio excelente al bien amado Maestro — y por eso respondimos los ataques con la mayor fuerza de nuestras expresiones.

No obstante, al calor de las afirmaciones, Jesús meditaba con una dulce serenidad de profunda mirada, mientras los interlocutores lo contemplaban ansiando por su palabra de franqueza y de amor. Al final, saliendo de sus silenciosas reflexiones, el Maestro interrogó:

— ¿Acaso podremos cosechar uvas de los espinares? De ningún modo me empeñaría en Nazaret en una discusión estéril con mis oponentes. Con todo, traté de enseñar que la mejor réplica es siempre la de nuestro propio trabajo, del esfuerzo útil que nos sea posible. En ese particular, no dejé de obrar en mi esfera de acción, de manera a producir resultados en nuestra excursión a la vecina ciudad, tornándola provechosa, sin desdeñar las palabras constructivas en el instante oportuno. ¿De qué servirían las largas discusiones públicas, llenas de injurias y burlas? Al término de todas ellas, solo tendríamos menores probabilidades para el glorioso triunfo del amor y mayores motivos para el separatismo y odiosas diferencias. Sólo debemos decir aquello que el corazón puede testificar mediante actos sinceros, porque, de otra forma, las afirmaciones son simplemente ruido sonoro de una caja vacía.

— Maestro — respondió Felipe, casi herido — ¡la verdad es que la mayoría de cuantos comparecieron a las predicaciones de Nazaret hablaba mal de vos!

— Pero, ¿no será vanidad que exijamos que todo el mundo tenga de nuestra personalidad elevado concepto? - Interrogó Jesús con energía y serenidad. - En las ilusiones que las criaturas de la Tierra inventaron para su propia vida, no siempre constituye buen certificado de nuestra conducta el que todos hablen bien de nosotros, indistintamente. Agradar a todos es marchar por el camino ancho, donde están las mentiras convencionales. Servir a Dios es tarea que debe estar encima de todo y, a veces, en ese servicio divino, es natural que desagrademos a los mezquinos intereses humanos. Felipe, ¿sabes de algún emisario de Dios que fuese bien apreciado en su tiempo? Todos los portadores de la verdad del cielo son incomprendidos por sus contemporáneos. Por lo tanto, es indispensable consideremos que el concepto justo es respetable, pero, antes de él, necesitamos obtener la aprobación legítima de la conciencia, dentro de nuestra lealtad para con Dios.

— Maestro — ponderó Simón Pedro, a quien las explicaciones del momento herían profundamente — en los acontecimientos más fuertes de la vida, ¿no deberemos entonces, utilizar las palabras enérgicas y justas?

— En toda circunstancia, naturalmente conviene que se diga lo necesario, pero, es también imprescindible que no se pierda tiempo.

Dejando trasparecer que las elucidaciones no lo satisfacían plenamente, preguntó Felipe:

— Señor, vuestros esclarecimientos son indiscutibles; entretanto, necesito acrecentar

que algunos de los compañeros se revelaron insoportables en ese viaje a Nazaret: unos me acusaron de violento y promovedor de desorden; otros, de mal discípulo de vuestras enseñanzas. Si los propios hermanos de la comunidad presentan estas fallas, ¿cómo será el futuro del Evangelio?

El Maestro reflexionó un momento y respondió:

— Estas son preguntas que cada discípulo debe hacerse a sí mismo. Pero, al respecto de la comunidad, Felipe, por el esclarecimiento que me compete, cumple preguntarte si ya edificaste el reino de Dios en el interior de tu espíritu.

— Es verdad que aún no — respondió el apóstol, inseguro.

— De dentro de esa realidad, puedes observar que, si nuestro colegio fuese constituido de hermanos perfectos, habría dejado de ser irreprochable por la adhesión de un amigo que aún no hubiese conquistado la divina edificación.

Ambos discípulos comprendieron y comenzaron a meditar, mientras Cristo continuaba:

— Lo que es indispensable es que nunca perdamos de vista nuestro propio trabajo, sabiendo perdonar con verdadera espontaneidad de corazón. Si en las labores de la vida un compañero nos parece insoportable, es posible que también algunas veces seamos considerados así. Tenemos que perdonar a los adversarios, trabajar por el bien de nuestros enemigos, auxiliar a los que se burlan de nuestra fe.

En ese punto de sus afirmaciones, Pedro lo interrumpió, diciendo:

— Pero, para perdonar ¿no deberemos esperar a que el enemigo se arrepienta? Y ¿qué hacer en la hipótesis de que el malhechor asuma la actitud de lobo bajo la piel de oveja?

— Pedro, el perdón no excluye la necesidad de la vigilancia, como el amor no prescinde de la verdad. La paz es un patrimonio que cada corazón está obligado a defender, para trabajar bien en el servicio divino que le fue confiado. Si nuestro hermano se arrepiente y busca nuestro auxilio fraternal, amparémoslo con las energías que podamos darle; pero, en ninguna circunstancia pienses averiguar si tu hermano está arrepentido. Olvida el mal y trabaja por el bien. Cuando enseñé que cada hombre debe conciliarse de prisa con su adversario, traté de hacer notar que nadie puede ir a Dios con un sentimiento de odio en el corazón. No podremos saber si nuestro adversario está dispuesto a la conciliación; todavía, podemos garantizar que nada será hecho sin nuestra buena voluntad y olvido pleno de los males recibidos. Si el hermano infeliz se arrepiente, estemos siempre dispuestos a ampararlo y, a todo momento, precisamos y debemos olvidar el mal.

Fue entonces, cuando hizo Simón Pedro su célebre pregunta:

— "Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y he de perdonarle? ¿Será hasta siete veces?"

Jesús le respondió tranquilamente:

— No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

De allí por delante, el Maestro siempre aprovechó las menores oportunidades para enseñar la necesidad del perdón recíproco, entre los hombres, en la sublime obra de la redención.

Acusado de hechicero, de siervo de Satanás, de conspirador, Jesús demostró, en todas las ocasiones, la máxima de la buena voluntad para con los espíritus más inferiores de su tiempo. Sin despreciar la buena palabra, en el instante oportuno, trabajó todas las horas por la victoria del amor, con el más alto idealismo constructivo. Y en el inolvidable día del Calvario, frente a sus perseguidores y verdugos, revelando a los hombres ser indispensable la conciliación inmediata entre el espíritu y la armonía de la vida, fueron estas sus últimas palabras: "¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!..."

EL SERMÓN DEL MONTE

Difundidas las primeras claridades de la Buena Nueva, todos los enfermos y derrotados de la suerte, habitantes de Corazín, Magdala, Bethsaida, Dalmanuta y otras aldeas importantes del lago, llenaban las calles de Cafarnaúm en turbas ansiosas.

Los discípulos eran los más mirados por la multitud, debido al contacto permanente en que vivían con su Maestro. De vez en cuando, Felipe era abordado, en su camino, por una ola de enfermos; Pedro tenía la casa rodeada de criaturas desalentadas y tristes. Todos querían el auxilio de Jesús, el beneficio inmediato de su poderosa virtud.

En los primeros días de su apostolado, un pequeño grupo de infelices buscó a Levi en su confortable residencia. Deseaban explicaciones sobre el Evangelio del Reino, de manera a trabajar más correctamente en observancia con las enseñanzas de Cristo. El colector de la ciudad manifestó cierto asombro.

— Al final — dijo él a los infortunados que lo buscaban — el nuevo reino congregará a todos los corazones sinceros y de buena voluntad, que deseen hermanarse como hijos de Dios. Pero, ¿qué podéis hacer en la situación en que os encontráis?

Y dirigiéndose a tres de ellos, conocidos suyos, habló convencido:

— ¡¿Qué podrás realizar, Lisandro, lisiado cómo eres?! Y tú, Águila, ¿no fuiste abandonado por tu propia familia, bajo el peso de serias acusaciones? Y tú, Pafos, ¿acaso podrías edificar algo con tus aflicciones actuales?

Los interpelados se entrojearon cabizbajos, humillados. Solamente entonces llegaban a reconocer sus penosas deficiencias. La ruda palabra de Levi los había despertado. Un dolor sin límites se posesionó de ellos. En sus cariñosas prédicas, Jesús había dicho que su amor venía a buscar a todos los que se encontrasen en tristeza y en angustias del corazón. Cuando el Maestro llegó, habían sentido la restauración de todas las energías. Jubilosos, guardaban sus promesas, relativas al Padre justo y bueno que amaba a los hijos más infelices, renovando en los corazones las esperanzas más puras. Se encontraban exhaustos; pero, la lección de Jesús les traía nuevo consuelo a sus almas desamparadas de cualquier confort material. Querían ser de Dios, vibrar con la exaltación de las promesas de Cristo, pero, la palabra de Levi nuevamente los arrojaba a condición desdichada.

El grupo de pobres e infortunados se retiró desalentado; no obstante, el Maestro predicaría en el monte, aquella tarde, y, quién sabe, ¿administraría las enseñanzas que necesitaban?!...

Recorridos algunos instantes, Jesús, en compañía de André, entró a la casa de Levi, donde los tres iniciaron animado diálogo. El colector, a cierta altura de la conversación, sonriendo ingenuamente, relató lo ocurrido, terminando alegremente su exposición, con estas palabras:

— ¿Qué conseguiría el Evangelio del Reino, con esos inválidos y mendigos? — Pero,

recordando súbitamente que los demás compañeros eran criaturas pobres y humildes, acrecentó: — es justo que esperemos alguna cosa de los pescadores de Cafarnaúm; son hombres fuertes y decididos, y buen trabajo les cabe. Pero, no veo cómo aceptar la contribución de esos desafortunados y vencidos que nos buscan.

Jesús fijó sus ojos en su discípulo con desvelo profundo y le dijo con bondad, dando una palmada en su hombro:

— ¡No obstante, Levi, tenemos que amar y aceptar la preciosa colaboración de los vencidos del mundo!... Si el Evangelio es la Buena Nueva, ¿cómo no ha de ser el divino mensaje para ellos, triste y desheredado en la inmensa familia humana? Los vencedores de la Tierra no necesitan de buenas noticias. En las derrotas de la suerte, las criaturas escuchan más alto la voz de Dios. Buscando a los oprimidos, a los afligidos y a los calumniados, los sentimos tan unidos al cielo, en sus esperanzas, que reconocemos, en el tranquilo coraje que revelan, un sublime reflejo de la presencia de Nuestro Padre en sus espíritus. ¿Ya observaste algún vencedor del mundo con más alta preocupación que la de defender el fruto de su victoria material?

Levi se sentía conmovido y aprovechando la pequeña pausa que se hizo, exclamó algo desilusionado:

— ¡Señor, mis observaciones partieron tan sólo de mi intenso deseo de apresurar la supremacía del Evangelio entre los que gobiernan en el mundo!...

— Quien gobierna el mundo es Dios — afirmó, convictamente el Maestro — y el amor no actúa con inquietud. Ahora, imaginemos, Levi, que los triunfadores de la Tierra viniesen hacia nosotros, mostrando sus armas exteriores. Figurémonos que algunos generales romanos lleguen a Cafarnaúm con sus trofeos numerosos y sangrientos, afirmándose deseosos de aceptar el Evangelio del Reino de Dios y ofreciéndose para cooperar en nuestro esfuerzo. Ciertamente traerían consigo legiones de guardias y soldados, funcionarios y escribas, carros de triunfos, espadas y prisioneros... Comenzarían protestando contra nuestras predicaciones por los caminos áridos de la naturaleza. Por no estar, en su interior, desarmados de las vanidades de victorias, edificarían suntuosos templos de piedra, en cuya construcción lucharían duramente por hegemonías inferiores; unos desearían soberbios palacios, otros emprenderían la construcción de jardines maravillosos. Recordando la acción de sus mortíferas espadas, tal vez pretendiesen disputar a hierro y fuego el establecimiento del Reino de Dios, exterminándose recíprocamente, por no ceder los unos a los otros en sus puntos de vista, desde que cada vencedor en el mundo, se juzga con mayor suma de derechos y de importancia. Con el pretexto de luchar en nombre del cielo, posiblemente extenderían incendios y devastaciones en toda la Tierra. ¿Sería entonces justo, Levi, que trabajásemos por cumplir la voluntad de Nuestro Padre, aniquilando sus hijos, nuestros hermanos?

El apóstol escuchaba asombrado, en consideración a los profundos argumentos. El Maestro continuó:

— Hasta que la esponja del Tiempo absorba las imperfecciones terrestres a través de siglos de necesaria experiencia, los triunfadores del mundo son pobres seres que caminan entre abismos tenebrosos. Es pues imprescindible, que nos atengamos al alma

blanda y humilde de los vencidos. Para sus corazones Dios carga bendiciones de infinita bondad. Estos quebraron las más fuertes uniones que los encadenaban a las ilusiones y marchan para el Infinito del amor y de la sabiduría. El lecho de dolor, la exclusión de todas las facilidades de vida, la incompreensión de los más amados, las llagas y las cicatrices del espíritu son luces que Dios enciende en la sombría noche de las criaturas. Levi, es necesario que amemos intensamente a los desafortunados del mundo. Sus almas son la tierra fecundada por el abono de las lágrimas y de las esperanzas más ardientes, donde las semillas del Evangelio se abrirán para la luz de la vida. ¡Ellos salieron de las convenciones nefastas y de los engaños del camino terrestre y bendicen Nuestro Padre, como sentenciados que experimentasen, en su primer día de libertad, la reconfortante claridad del sol amigo y radiante que sus corazones habían perdido! ¡Es también sobre los vencidos de la suerte, sobre los que suspiran por un ideal más santo y más puro que las fáciles victorias de la Tierra, que el Evangelio asentará sus bases divinas!...

André y Levi escuchaban con ojos húmedos los conceptos del Señor, llenos de sublimada emoción. En ese momento, llegaron Santiago, Juan y Pedro, dirigiéndose todo el grupo para uno de los montes próximos, alegremente.

El crepúsculo descendía en un deslumbramiento de oro y brisas cariñosas. A lo largo de toda la vertiente, se comprimía la inmensa turba. Muchas centenas de criaturas allí se aglomeraban, para poder escuchar la palabra del Señor, dentro del paisaje que se adornaba de los singulares brillos de todo el horizonte pincelado de luz. Eran ancianos temblorosos, labradores simples y generosos, mujeres del pueblo junto a sus pequeños. Entre los más fuertes y sanos, se observaban ciegos y niños enfermos, hombres andrajosos, exhibiendo seres vermiformes que les corroían las manos y los pies. Todos se apretaban sofocados. Ante sus felices miradas, la figura del Maestro surgió en la cima decorada de verdor, por donde pasaban blandamente los vientos amigos de la tarde.

Dejando notar que se dirigía a los vencidos y sufridores del mundo entero y como que esclareciendo al espíritu de Levi, que representaba la aristocracia intelectual entre sus discípulos, en su calidad de cobrador de los tributos populares, Jesús, por primera vez, pregonó las bienaventuranzas celestiales. Su voz caía como bálsamo eterno, sobre los corazones desdichados.

¡Bienaventurados los pobres y los afligidos!...

¡Bienaventurados los sedientos de justicia y misericordia!...

¡Bienaventurados los pacíficos y los simples de corazón!...

Por mucho tiempo habló del Reino de Dios, donde el amor edificaría maravillas perennes y sublimes. Sus promesas parecían dirigidas al inconmensurable futuro humano. De lo alto del monte, soplabla una leve brisa, en deliciosas olas de perfume. El viento de Galilea se había impregnado de la virtud poderosa e indestructible de aquellas palabras y, obedeciendo a una determinación superior, se iban a extender entre todos los afligidos de la Tierra.

Cuando Jesús terminó su alocución, algunas estrellas ya brillaban en el firmamento, como radiantes bendiciones divinas. Muchas madres sufridoras y oprimidas, con suave

fulgor en los ojos, le traían los niños para que él los bendijera. Ancianos de frentes nevadas por los inviernos de la vida le besaban las manos. Ciegos y leprosos lo rodeaban con los semblantes sonrientes y decían: — ¡Bendito sea el hijo de Dios! Jesús los acogía satisfecho, enviando a todos la sonrisa de su afecto.

Levi sintió que, en aquél crepúsculo inolvidable, una emoción diferente dominaba su alma. Había comprendido a los que abandonan las ilusiones del mundo para elevarse a Dios. Observando las filas del pueblo humilde que se retiraban, con sensación de inmenso consuelo, el discípulo notó que los pobres amigos que lo habían visitado en la tarde bajaban el monte, abrazados, con una expresión de gran ventura, como si los animase un júbilo ilimitado.

El colector de Cafarnaúm se aproximó y los saludó transbordante de alegría, comprendiendo que la enseñanza del Maestro, en toda su luz, iba hasta el porvenir infinito del mundo. Gran esperanza y paz indefinible habían penetrado el interior de su ser. En el día inmediato, el ex-publicano abrió sus puertas a todos los invitados de aquél memorable crepúsculo. Jesús participó de la fiesta, partió el pan y se alegró con ellos. Y cuando Levi abrazó al inválido Lisandro, con la sinceridad de su fiel alma, el Maestro lo contempló enternecido y dijo: — "¡Leví, mi corazón se alegra hoy contigo, porque son también bienaventurados todos los que escuchan y comprenden la palabra de Dios!..."

AMOR Y RENUNCIA

El manto de la noche caía levemente sobre el paisaje de Cafarnaúm y Jesús, después de una de las grandes asambleas populares del lago, se recogía en casa de Pedro acompañado por el apóstol. Con su divina palabra había tejido comentarios luminosos al respecto de los mandamientos de Moisés; no obstante, Simón se encontraba pensativo como si guardase una duda en el corazón. Inquirido con bondad por el Maestro, el apóstol esclareció:

— Señor, de acuerdo a vuestras enseñanzas, ¿cómo deberemos interpretar vuestra primera manifestación, transformando el agua en vino en las bodas de Caná? ¿No se trataba de una fiesta mundana? ¿El vino no iría a cooperar para el apareamiento de la embriaguez y la gula?

Jesús comprendió el alcance de la pregunta y sonrió.

— Simón — dijo él — ¿conoces la alegría de servir a un amigo?

Pedro no respondió, por lo que el Maestro continuó:

— Las bodas de Caná fueron un símbolo de nuestra unión en la Tierra. El vino allí, fue bien el de la alegría con que deseo sellar la existencia del Reino de Dios en los corazones. Estoy con mis amigos y los amo a todos. Los afectos del alma, Simón, son lazos misteriosos que nos conducen a Dios. Sepamos santificar nuestro afecto, proporcionando a nuestros amigos la máxima alegría; que nuestro corazón sea una sala iluminada donde ellos se sientan tranquilos y dichosos. ¡Tengamos siempre nuevos júbilos que los reconforten, nunca contaminemos la fuente de su simpatía con la sombra de los pesares! ¡Las más bellas horas de la vida son las que empleamos en amarlos, enriqueciéndoles las satisfacciones íntimas!

A pesar de todo, Simón Pedro, manifestando la extrañeza que aquellas advertencias le causaban, interpelló aún al Maestro con cierta timidez:

— ¿Y cómo deberemos proceder cuando los amigos no nos entiendan, o cuando nos retribuyan con ingratitud?

Jesús fijó en él su lúcida mirada y respondió:

— Pedro, el amor verdadero y sincero nunca espera recompensas. La renuncia es su punto de apoyo, como el acto de dar es la esencia de su vida. La capacidad de sentir grandes afectos ya es en sí misma un tesoro. La comprensión de un amigo debe ser para nosotros la mayor recompensa. Todavía, cuando la luz del entendimiento tarda en el espíritu de aquellos a quien amamos, debemos recordar de que tenemos la sagrada comprensión de Dios, que conoce nuestros más puros propósitos. ¡Aunque todos nuestros amigos del mundo se convirtiesen, un día, en nuestros adversarios, o inclusive en nuestros verdugos, jamás nos podremos privar de haberles dado alguna cosa!...

Y con la mirada absorta en el paisaje crepuscular, en donde vibraban armonías sutiles,

Jesús ponderó, proféticamente:

— El vino de Caná podrá, un día, transformarse en el vinagre de la amargura; con todo, así mismo sentiré júbilo en sorberlo, por mi dedicación a los que vine a buscar para el amor del Todopoderoso.

Simón Pedro, ante la consoladora y amigable argumentación del Maestro, disipó sus últimas dudas, mientras la noche se apoderaba del ambiente, ocultando el conjunto de las cosas en su manto inmenso de sombras. No había pasado mucho tiempo de esa conversación, cuando el Maestro, en sus enseñanzas, hizo notar que todos los hombres, que no estuviesen decididos a colocar el Reino de Dios antes que padres, madres y hermanos terrestres, no podrían ser sus discípulos.

En el día de esas nuevas enseñanzas, terminadas las labores evangélicas, el mismo apóstol interpeló al Señor, en la penumbra de sus expresiones indecisas:

— Maestro, ¿cómo conciliar estas palabras tan duras con vuestras anteriores observaciones, relativas a los lazos sagrados entre los que se estiman?!

Sin dejar observar ninguna sorpresa, Jesús esclareció:

— Simón, mi palabra no determina que el hombre quiebre las uniones santas de su vida; antes exalta a los que tengan verdadera fe para colocar el poder de Dios encima de todas las cosas y de todos los seres de la infinita creación. ¿No constituye el amor de los padres un recuerdo de la permanente bondad de Dios? ¿No representa el afecto de los hijos un suave perfume del corazón?! He dado a mis discípulos el título de amigos, por ser el mayor de todos.

— El Evangelio — continuó el Maestro, escuchándolo atentamente el apóstol — no puede condenar los lazos de familia, pero coloca encima de ellos el indestructible lazo de la paternidad de Dios. El Reino del Cielo en el corazón debe ser el tema central de nuestra vida. Todo el resto es accesorio. La familia, en el mundo, está igualmente subordinada a los imperativos de esa edificación. ¿Ya pensaste, Pedro, en el supremo sacrificio de la renuncia? Todos los hombres saben conservar, son raros los que saben privarse. En la construcción del Reino de Dios, llega un instante de separación, que es necesario que se sepa soportar con sincero desprendimiento. ¡Y esa separación no es apenas la que se verifica por la muerte del cuerpo, muchas veces provechosa y providencial, sino también la de las posiciones estimables del mundo, la de la familia terrestre, el diario vivir en paisajes queridos, o, entonces, la de un alma bien amada que prefirió quedarse, a distancia, entre las flores venenosas de un día!...

— ¡Ah! Simón, ¡cuán pocos saben partir, por algún tiempo, del hogar tranquilo, o de los adorados brazos de un afecto, por amor al reino que es el tabernáculo de la vida eterna! ¡Cuán pocos sabrán soportar la calumnia, el desprecio, la indiferencia, por desear permanecer dentro de sus creaciones individuales, cerrando oídos a la advertencia del cielo para que se alejen tranquilamente!... ¡Cómo son raros los que saben ceder y partir en silencio, por amor al reino, esperando el instante en que Dios se pronuncia! Entretanto, Pedro, nadie se edificará, sin conocer esa virtud de saber renunciar con alegría, en obediencia a la voluntad de Dios, en el momento oportuno, comprendiendo la sublimidad de sus designios. ¡Por esta razón, los discípulos necesitan aprender a

partir y a esperar donde las determinaciones de Dios los conduzcan, porque la edificación del Reino del Cielo en el corazón de los hombres debe constituir la primera preocupación, la más noble aspiración del alma, la esperanza central del espíritu!...

Aún no había anochecido. Jesús, sin embargo, dio por terminadas las explicaciones, mientras las manos callosas del apóstol, pasaban, levemente, sobre sus ojos húmedos. Dando el testimonio real de sus enseñanzas, Cristo supo ser, en todas las circunstancias, el amigo fiel y dedicado. En las elucidaciones de Juan, lo vemos exclamar: — "¡Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; os he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo revelé!"

Y, en la narración de Lucas, lo escuchamos decir, antes de la hora extrema: — "He deseado ansiosamente comer con vosotros esta Pascua, antes de mi pasión." Nadie en el mundo ha conseguido elevar, a la altura en que el Señor las colocó, la belleza y la amplitud de las uniones afectivas, inclusive porque su obra entera es la de reunir, por el amor, todas las naciones y todos los hombres, en el divino círculo de la familia universal. Pero, también, por demostrar que el reino de Dios debe constituir la primera preocupación de las almas, nadie como él supo retirarse de las posiciones, en el instante oportuno, en obediencia a los designios divinos.

Después de la magnífica victoria de la entrada a Jerusalén, es traicionado por uno de los discípulos amados; lo niegan sus seguidores y compañeros; sus ideas son tenidas como perversas y revolucionarias; es acusado como bandido y hechicero; su muerte parece ser la de un ladrón.

Jesús, entretanto, enseña a las criaturas, en esa suprema hora, la virtud excelsa de retirarse con la soledad de los hombres, pero con la protección de Dios. Él, que había transformado toda Galilea en una fuente divina; que se había levantado sin asombro contra las hipocresías del farisaísmo del tiempo; que había desilusionado a los mercaderes, en el propio templo de Jerusalén, como abogado enérgico y superior de todas las grandes causas de la verdad y del bien, pasa, en el día del Calvario, en espectáculo para el pueblo, con el alma en un maravilloso y profundo silencio.

Sin proferir la más leve acusación, camina humilde, coronado de espinas, sustentando en las manos una inmunda caña a manera de cetro, vistiendo la túnica de la ironía, bajo las escupidas del pueblo exaltado, de cara sangrienta y pasos vacilantes, bajo el peso de la cruz, vilipendiado, sumiso.

En el momento del Calvario, Jesús atraviesa las calles de Jerusalén, como si estuviese frente a toda la humanidad, sin quejarse, enseñando la virtud de la renuncia por amor al Reino de Dios, revelando así, su última lección.

PECADO Y PUNICIÓN

Jesús había terminado una de sus prédicas en la plaza pública, cuando percibió que la multitud se movía ruidosamente. Algunos individuos más exaltados se manifestaban a gritos, mientras una mujer jadeante, cabellos desordenados y cara descarnada, se aproximaba a él, con una súplica de protección saliendo de sus tristes ojos. Los numerosos judíos allí aglomerados excitaban el ánimo general, reclamando la lapidación de la pecadora, de conformidad con las antiguas tradiciones.

Solicitado, entonces, a constituirse juez de las costumbres del pueblo, el Maestro exclamó con serenidad y aplomo, causando estupefacción a los que lo escuchaban:

— ¡Aquél que esté sin pecado que tire la primera piedra!

Por toda la asamblea se hizo sentir una inquietante sorpresa. Las acusaciones murieron en los labios más exaltados. La multitud se esforzaba para comprender su propia situación. Mientras tanto, el Maestro se puso a escribir en el suelo despreocupadamente. Poco a poco, el lugar quedó casi desierto. Apenas Jesús y algunos discípulos allí se conservaban, al lado de la mujer que ocultaba la cara entre las manos.

En cierto instante, el Divino Maestro levantó la frente y preguntó a la infeliz:

— ¿Mujer, dónde están tus jueces?

Observando que la pecadora le respondía apenas con una mirada de agradecimiento, donde las lágrimas aparecían junto al reconocimiento y alegría, Jesús continuó:

— ¿Nadie te condenó? Tampoco yo te condeno. Anda y no peques más.

La infeliz criatura se retiró, sintiendo una nueva sensación en el espíritu. La generosidad del Mesías iluminaba su corazón, con vivas claridades que bañaban toda su alma. Pero, mientras la pecadora se retiraba, sintiendo intensa alegría, los pocos discípulos que se encontraban junto al Señor no conseguían ocultar la extrañeza que les causaba este gesto. ¿Por qué no había él condenado a aquella mujer de vida censurable a los ojos de todos? ¿No se trataba de una adúltera? En ese momento, Juan se aproximó e interrogó:

— Maestro, ¿por qué no condenaste a la meretriz de vida infame?

Jesús fijó en el discípulo su mirada serena y bondadosa y respondió:

— ¿Qué razones aduces en favor de esa condenación? ¿Acaso sabes el motivo por el cual esa mujer se prostituyó? ¿Habrás sufrido alguna vez la dureza de vicisitudes que ella atravesó en su vida? Ignoras la cantidad de necesidades y tentaciones que la hicieron sucumbir en el medio del camino. No sabes cuántas veces ha sido ella objeto de escarnio de los padres, de los hijos y de los hermanos de las mujeres más felices. No sería justo agravarle los infernales padecimientos de la conciencia pesada y sin rumbo.

— Entretanto — exclamó Juan, defendiendo los principios de la antigua ley — ella pecó

y es justa la punición. ¿No está escrito que los hombres pagarán, centavo por centavo, sus propios errores?

El Maestro sonrió sin perturbarse y esclareció:

— Nadie puede negar que ella haya pecado; ¿quién estará irreprochable en la faz de la Tierra? Hay sacerdotes de la ley, magistrados y filósofos, que prostituyeron sus almas por el más bajo precio; con todo, aún no he visto a nadie acusándolos. La hipocresía acostumbra a pasear impune, mientras se tiran piedras al sufrimiento. Juan, el mundo está lleno de tumbas maquilladas. Pero, Dios, es el Padre de Infinita Bondad que aguarda a los hijos pródigos en su casa. ¿Se podría desear para la humilde pecadora mayor tormento que aquél a que ella misma se condenó por tiempo indeterminado? ¿Cuántas veces le ha faltado el pan a su boca hambrienta o la manifestación de un cariño sincero a su alma angustiada? Raros dolores en el mundo serán idénticos a las agonías de sus noches silenciosas y tristes. Ese es su doloroso infierno, su aflictiva condenación. Es que, en todos los estratos de la vida, el instituto de la justicia divina funciona, naturalmente, con sus principios de compensación. Cada ser trae consigo la chispa sagrada del Creador y erige, dentro de sí, el santuario de su presencia o la sombría muralla de la negación; pero, sólo la luz y el bien son eternos y, un día, todos los reductos del mal caerán, para que Dios resplandezca en el espíritu de sus hijos. Nos es por otra cosa que está escrito en la ley — "¡Sois dioses!" ¿Acaso, no sabes que la herencia de un padre se divide entre los hijos en partes iguales? Las criaturas desviadas son las que no supieron entrar en posesión de su parte divina, cambiándola por la satisfacción de sus caprichos en el desorden o en el abuso, en la egolatría o en el crimen, pagando alto precio por sus decisiones voluntarias. Examinada la situación por este prisma, tenemos que reconocer en el mundo una vasta escuela de regeneración, donde todas las criaturas se rehabilitan de la traición a sus propios deberes. Por lo tanto, la Tierra, puede tomarse como un gran hospital, donde el pecado es la enfermedad de todos; no obstante, el Evangelio, trae al hombre enfermo el remedio eficaz, para que todos los senderos se transformen en suave camino de redención.

— Es por esto que no condeno al pecador para alejar el pecado y, en todas las situaciones, prefiero creer siempre en el bien. Cuando veas, Juan, a los seres más tristes y miserables, arrastrándose en la noche pegajosa de sombra y desolación, recuerda la semilla grosera que encierra un germen divino que un día se elevará del seno de la tierra para el beso de luz del Sol.

Terminada la explicación del Maestro, el hijo de Zebedeo, dejando notar en la luz de su mirada su profunda admiración, se puso a meditar en las enseñanzas recibidas. No había aún transcurrido mucho tiempo después de ese acontecimiento, cuando Jesús subió de Cafarnaúm para Jerusalén, acompañado por algunos de sus discípulos. Se celebraban fiestas tradicionales entre los judíos. El Mesías llegó un sábado, bajo la severa fiscalización de los espíritus rigurosos de su época. No fueron pocos los paralíticos que lo cercaron, ansiosos por el beneficio de su virtud salvadora. Escandalizando a los fanáticos, el Maestro curaba y consolaba, en su gloriosa jornada de redención. Explicando que el sábado fue hecho para el hombre y no el hombre para el sábado, enfrentaba sonriente las preocupaciones de los más exigentes. Viendo tantos ciegos e inválidos aglomerados a su paso, Santiago lo interpeló:

— Maestro, siendo Dios tan misericordioso, ¿por qué pune a sus hijos con defectos y

molestias tan horribles?..

— ¿Crees, Santiago — respondió Jesús —, que Dios baje de su sabiduría y de su amor para punir sus propios hijos? El Padre tiene su plan determinado con respecto a la creación entera; pero, dentro de ese plan, a cada criatura le cabe una parte en la construcción, por la que tendrá que responder. Abandonando el trabajo divino, para vivir al sabor de los propios caprichos, el alma crea para sí la situación correspondiente, trabajando para reintegrarse en el plan divino, después de haberse dejado llevar por sugerencias funestas, contrarias a su propia paz.

Juan comprendió que la Palabra del Mesías era la confirmación de las enseñanzas que ya había escuchado de sus labios, en la tarde en que la multitud exigía la lapidación de la pecadora. En seguida, se alejaron del Tanque de Bethsaida cuyas aguas eran tenidas, en Jerusalén, como milagrosas y donde el Maestro había hecho andar a paralíticos, diera vista a ciegos y limpiara leprosos.

En compañía de Santiago y Juan, el Señor se encaminó hacia el templo, donde uno de los paralíticos que él había sanado relataba lo sucedido, lleno de sincera alegría. Jesús se aproximó a él y, dejando entrever a sus discípulos que deseaba confirmar las enseñanzas sobre pecado y punición, le habló abiertamente, como se lee en el texto evangélico de Juan: — "Ya estás sano. No peques más, para que no te suceda cosa peor". Desde que esas enseñanzas fueron dadas, nuevas ideas de fraternidad poblaron el mundo, al respecto de los desviados, de los criminales y de los enemigos, llegando hasta la propia organización política de los Estados.

El Imperio Romano vulgarizó los más nefastos procesos de regeneración o de venganza. Esclavos ignorantes eran pasto de las fieras, en las diversiones públicas, por las faltas más insignificantes en las casas de los patricios. Sólo de una vez treinta mil de esos siervos, a quien se negaba cualquier bien espiritual, fueron crucificados en una fiesta, próximamente a los soberbios acueductos de la Vía Apia. Los azotes humillantes eran castigo suave.

Entretanto, desde la tarde en que Jesús se encontró con la pecadora frente a la multitud, un pensamiento nuevo entró a dominar poco a poco el espíritu del mundo. La substancia evangélica de la inolvidable lección penetró el aparato judicial de todos los pueblos. La sociedad comenzó a comprender sus obligaciones y procuró segregar al criminal, como se aísla un enfermo, buscando auxiliar su reforma definitiva, por todos los medios a su alcance. Los menores delincuentes fueron amparados por las numerosas escuelas de re-generación. Todo el sistema de la justicia humana evolucionó para los principios de magnanimidad, y los modernos jueces, pronunciando sus sentencias, sin nunca haber manoseado el Nuevo Testamento, tal vez ignoren que proceden así por haber sido Jesús el gran reformador de la criminología.

LA LECCIÓN A NICODEMO

En faz a las nuevas enseñanzas de Jesús, todos los fariseos del templo tomaban de enormes cuidados, por su extremado apego a los textos antiguos. El Maestro, sin embargo, nunca perdió la oportunidad de esclarecer las situaciones más difíciles con la luz de la verdad que su palabra divina traía al pensamiento del mundo.

Gran número de doctores no conseguía ocultar su descontentamiento, porque, no obstante sus actividades derrotistas, continuaban las acciones generosas de Jesús beneficiando a los sufridores y afligidos. Se discutían los nuevos principios, en el gran templo de Jerusalén, en sus plazas públicas y en las sinagogas. Los más humildes y pobres veían en el Mesías el emisario de Dios, cuyas manos repartían en abundancia los bienes de la paz y del consuelo.

Las personalidades importantes le temían. Es que el profeta no se dejaba seducir por las grandes promesas que le hacían con referencia a su futuro material. Jamás atemperaba su palabra de verdad con las conveniencias del comodismo de la época. A pesar de magnánimo para con todas las fallas ajenas, combatía el mal con ardor tan intenso, que luego se hacía objeto de la hostilidad de intenciones inconfesables. Mayormente en Jerusalén, que con su cosmopolitismo, era un expresivo retrato del mundo, las ideas del Señor encendían las más acaloradas discusiones. Eran gentes del pueblo que se entregaban a la apología franca de la doctrina de Jesús, siervos que le sentían con todo el calor del corazón reconocido, sacerdotes que lo combatían abiertamente, convencionalistas que no lo toleraban, individuos ricos que se rebelaban contra sus enseñanzas.

Sin embargo, a pesar de las disensiones naturales que preceden el establecimiento definitivo de las ideas nuevas, algunos espíritus acompañaban al Mesías, tomados de vivo interés por sus elevados principios. Entre estos, figuraba Nicodemo, fariseo notable por el corazón bien formado y por los dotes de inteligencia. Así, una noche, al cabo de grandes preocupaciones y largos razonamientos, buscó a Jesús, en particular, seducido por la magnanimidad de sus acciones y por la grandeza de su doctrina salvadora. El Mesías estaba acompañado apenas de dos de sus discípulos y recibió la visita con su acostumbrada bondad. Después de los saludos habituales y revelando su ansiedad de conocimientos, tras hondas meditaciones, Nicodemo se le dirigió respetuoso:

— Maestro, bien sabemos que vienes de Dios, pues solamente con la luz de la asistencia divina podrías realizar lo que has efectuado, mostrando la señal del cielo en vuestras manos. ¡He empleado mi existencia en interpretar la ley, pero deseo recibir vuestra palabra sobre los recursos que deberé disponer para conocer el Reino de Dios!

El Maestro sonrió bondadosamente y esclareció:

— Primero que todo, Nicodemo, no basta que hayas vivido interpretando la ley. Antes de razonar sobre sus disposiciones, deberías haber sentido sus textos. Pero, en verdad debo decirte que nadie conocerá el Reino del Cielo, sin nacer de nuevo.

— ¿Cómo puede un hombre nacer de nuevo, siendo viejo? — Interrogó el fariseo,

altamente sorprendido. — ¿Acaso podrá regresar al vientre de su madre?

El Mesías fijó en él su mirada serena, consciente de la gravedad del asunto debatido, y acrecentó:

— ¡En verdad, te reafirmo que es indispensable que el hombre nazca y renazca, para conocer plenamente la luz del reino!...

— Entretanto, ¿cómo puede ser esto? — preguntó Nicodemo perturbado.

— ¿Cómo, eres maestro en Israel e ignoras estas cosas? — Inquirió Jesús como sorprendido. — Es natural que cada uno solamente testifique de aquello que sepa; pero, necesitamos considerar que tú enseñas. A pesar de eso, no aceptas nuestros testimonios. Si hablando yo de cosas terrenas sientes dificultades en comprenderlas con tus razonamientos sobre la ley, ¿cómo podrás aceptar mis afirmaciones cuando yo hable de las cosas celestiales? Será locura destinar los alimentos apropiados a un viejo para el frágil organismo de un niño.

Extremamente confundido, se retiró el fariseo, quedando Andrés y Santiago empeñados en obtener del Mesías el esclarecimiento necesario, acerca de aquella nueva lección.

Jerusalén casi dormía bajo el velo espeso de la alta noche. Silencio profundo flotaba sobre la ciudad. Pero Jesús y aquellos dos discípulos continuaban presos a la conversación particular que habían entablado. Deseaban ellos ardientemente penetrar el sentido oculto de las palabras del Maestro. ¿Cómo sería posible aquél renacimiento? Con todo y sus conocimientos, también compartían la perplejidad que había llevado a Nicodemo a retirarse sumamente sorprendido.

— ¿Por qué tamaña admiración, frente a estas verdades? — les preguntó Jesús, bondadosamente. — ¿Los árboles no renacen después que se podan? Con respecto a los hombres, el proceso es diferente, pero el espíritu de renovación es siempre el mismo. El cuerpo es una vestimenta. El hombre es su dueño. Todo ropaje material acaba roto, pero, el hombre, que es hijo de Dios, encuentra siempre en su amor los elementos necesarios al cambio de vestuario. La muerte del cuerpo es ese cambio indispensable, porque el alma caminará siempre, a través de otras experiencias, hasta que consiga la imprescindible provisión de luz para el camino definitivo al Reino de Dios, con toda la perfección conquistada a lo largo de los rudos caminos.

Andrés sintió que una nueva comprensión le felicitaba el espíritu simple y preguntó:

— Maestro, ya que el cuerpo es como la ropa material de las almas, ¿por qué no somos todos iguales en el mundo? Veo jóvenes bellos, junto a inválidos y paralíticos...

— ¿Acaso no he enseñado — dijo Jesús — que tiene que llorar todo aquél que se transforma en instrumento de escándalo? Cada alma conduce en sí misma el infierno o el cielo que edificó en lo íntimo de la conciencia. ¿Sería justo que se concediera un segundo ropaje más perfecto y más bello al espíritu rebelde que dañó el primero? ¿Qué diríamos de la sabiduría de Nuestro Padre, si facultase las posibilidades más preciosas a los que las utilizaron en la víspera para el robo, el homicidio, la destrucción? Los que abusaron de la túnica de la riqueza vestirán después la de los siervos y esclavos más

humildes, como las manos que hirieron podrán ser cortadas.

— Señor, comprendo ahora el mecanismo del rescate — murmuró Santiago, exteriorizando la alegría de su entendimiento. — Pero, observo que, de ese modo, el mundo necesitará siempre del clima de escándalo y sufrimiento, desde que el deudor, para saldar su cuenta, no podrá hacerlo sin que otro le tome el lugar con la misma deuda.

El Maestro comprendió la amplitud de la objeción y esclareció a los discípulos, preguntando:

— Dentro de la ley de Moisés, ¿cómo se verifica el proceso de la redención?

Santiago meditó un instante y respondió:

— También en la ley está escrito que el hombre pagará "ojo por ojo, diente por diente".

— También tú, Santiago, estás procediendo como Nicodemo — replicó Jesús con sonrisa generosa. — Como todos los hombres, has razonado, pero no has sentido. Aún no ponderaste, tal vez, que el primer mandamiento de la ley es una determinación de amor. Antes del "no adulterarás", del "no codiciarás", está el "amar a Dios sobre todas las cosas, de todo el corazón y de todo el entendimiento". ¿Cómo podrá alguien amar al Padre, aborreciendo su obra? Con todo, no extraño la exigüidad de visión espiritual con que examinaste el texto de los profetas. Todas las criaturas han hecho lo mismo. Investigando las revelaciones del cielo con el egoísmo que les es natural, organizaron la justicia como el edificio más alto del idealismo humano. Y, entretanto, coloco el amor encima de la justicia del mundo y he enseñado que sólo el amor cubre la multitud de pecados. Si nos amarramos a la ley del tali3n, somos obligados a reconocer que donde existe un asesino habrá, más tarde, un hombre que tendrá que ser asesinado; con la ley del amor, sin embargo, comprendemos que el verdugo y la víctima son dos hermanos, hijos de un mismo Padre. Basta que ambos sientan eso para que la fraternidad divina aleje los fantasmas del escándalo y del sufrimiento.

*

Ante las explicaciones del Maestro, los dos discípulos estaban maravillados. Aquella profunda lección los esclarecía para siempre.

Entonces, Santiago se aproximó y sugirió a Jesús que proclamase aquellas nuevas verdades en la predicación del siguiente día. El Maestro le dirigió una mirada de admiración e interrogó:

— ¿Será que no comprendiste? Pues, si un doctor de la ley salió de aquí sin que yo le pudiese explicar toda la verdad, ¿cómo quieres que proceda de modo contrario, con la simple comprensión del espíritu popular? ¿Construye alguien una casa iniciando el trabajo por el techo? Además de eso, más tarde mandaré el Consolador, para esclarecer y dilatar mis enseñanzas.

Eminentemente impresionados, Andrés y Santiago callaron sus últimas interrogaciones. Aquel diálogo particular, entre el Señor y los discípulos, permanecería guardado en la leve sombra de la noche en Jerusalén; pero, la lección a Nicodemo había sido dada. La

ley de la reencarnación estaba proclamada para siempre, en el Evangelio del Reino.

JUANA DE CUSA

Entre la multitud que invariablemente acompañaba a Jesús en las predicaciones del lago, se encontraba siempre una mujer de rara dedicación y noble carácter, de las más altamente colocadas en la sociedad de Cafarnaúm. Se trataba de Juana, consorte de Cusa, intendente de Antipas, en la ciudad donde se unían intereses vitales de comerciantes y pescadores.

Juana poseía verdadera fe; con todo, no consiguió escaparse de las amargas domésticas, porque su compañero de luchas no aceptaba las claridades del Evangelio. Considerando sus íntimos sinsabores, la noble dama buscó al Mesías, en una ocasión en que él descansaba en casa de Simón, y le expuso la larga serie de sus contrariedades y padecimientos. El esposo no toleraba la doctrina del Maestro. Alto funcionario de Herodes, en perenne contacto con los representantes del Imperio, repartía sus preferencias religiosas alternativamente, o con los intereses de la comunidad judía, o con los dioses romanos, lo que le permitía vivir en tranquilidad fácil y rentosa.

Juana confesó al Maestro sus temores, sus luchas y disgustos en el ambiente doméstico, exponiendo sus amarguras de acuerdo a las divergencias religiosas existentes entre ella y el compañero. Después de escuchar su larga exposición, Jesús ponderó:

— Juana, sólo hay un Dios, que es Nuestro Padre, y sólo existe una fe para nuestras relaciones con su amor. En el mundo, ciertas manifestaciones religiosas, muchas veces no pasan de vicios populares en los hábitos exteriores. Todos los templos de la Tierra son de piedra; yo vengo, en nombre de Dios, a abrir el templo de la fe viva en el corazón de los hombres. Entre el sincero discípulo del Evangelio y los errores milenarios del mundo, comienza a trabarse el combate sin sangre de la redención espiritual. Agradece al Padre el haberte juzgado digna de buen trabajo, desde ahora. ¿Tu esposo no comprende tu alma sensible? Algún día lo hará. ¿Es irreflexivo e indiferente? Ámalo, aun así. No te encontrarías unida a él si no hubiera para eso razón justa. Sirviéndolo con amorosa dedicación, estarás cumpliendo la voluntad de Dios. Me hablas de tus celos y tus dudas. Debes, por el Evangelio, amarlo aún más. Los sanos no necesitan de médico. Además de eso, no podemos recoger uvas de los espinos, pero podemos abonar el suelo que produjo cardos venenosos, para cultivar en él mismo, la maravillosa vid del amor y de la vida.

Juana dejaba entrever en el suave brillo de los ojos la satisfacción íntima que aquellos esclarecimientos le causaban; pero, patentando todo su estado de alma, interrogó:

— Maestro, vuestra palabra alivia mi espíritu atormentado; entretanto, siento extrema dificultad para un entendimiento recíproco en el ambiente de mi hogar. ¿No juzgáis correcto que luche por imponer vuestros principios? ¿Actuando así, no estaré reformando a mi esposo para el cielo y para vuestro reino?

Cristo sonrió serenamente y respondió:

— ¿Quién sentirá más dificultad en extender las manos fraternas, será el que llegó a las márgenes seguras del conocimiento con el Padre, o aquél que aún se debate entre las

olas de la ignorancia o la desolación, de la inconstancia o de la indolencia del espíritu? En cuanto a la imposición de las ideas — continuó Jesús, acentuando la importancia de sus palabras —, ¿por qué motivo Dios no impone su verdad y su amor a los tiranos de la Tierra? ¿Por qué no fulmina con un rayo al conquistador desalmado que extiende la miseria y la destrucción, con las fuerzas siniestras de la guerra? La sabiduría celeste no extermina las pasiones: las transforma. Aquél que sembró el mundo de cadáveres, despierta, a veces, para Dios, apenas con una lágrima. El Padre no impone la reforma a sus hijos: los esclarece en el momento oportuno. Juana, el apostolado del Evangelio es el de colaboración con el cielo, en los grandes principios de la redención. Sé fiel a Dios, amando a tu compañero del mundo, como si fuera tu hijo. No pierdas tiempo en discutir lo que no sea razonable. Dios no entra en contiendas con sus criaturas y trabaja en silencio, por toda la Creación. ¡Anda!... ¡Esfuérzate también en el silencio y, cuando convocada al esclarecimiento, haz uso del verbo dulce o enérgico de la salvación, según las circunstancias! ¡Vuelve al hogar y ama a tu compañero como el material divino que el cielo colocó en tus manos para que talles una obra de vida, sabiduría y amor...

Juana de Cusa experimentaba un alivio blando en el corazón. Enviando a Jesús una mirada de cariñoso agradecimiento, aún escuchó sus últimas palabras:

— ¡Anda, hija!... ¡Sé fiel!

Desde ese día, memorable para su existencia, la mujer de Cusa experimentó en el alma la claridad constante de una resignación siempre lista al buen trabajo y siempre activa para la comprensión de Dios. Como si la enseñanza del Maestro estuviese ahora grabada indefinidamente en su alma, consideró que, antes de ser esposa en la Tierra, ya era hija de aquél Padre que, del Cielo, conocía su generosidad y sacrificios. Su espíritu divisó en todas las labores una luz sagrada y oculta. Trató de olvidar todas las características inferiores del compañero, para observar solamente lo que poseía él de bueno, desarrollando, en las menores oportunidades, el embrión vacilante de sus virtudes eternas. Más tarde, el cielo le envió un hijito, que vino a duplicar sus trabajos; ella, sin embargo, no olvidando las recomendaciones de fidelidad que Jesús le había hecho, transformaba sus dolores en un himno de triunfo silencioso en cada día.

Los años pasaron y el esfuerzo perseverante le multiplicó los bienes de la fe, en la marcha laboriosa del conocimiento y de la vida. Las persecuciones políticas aparecieron sobre la existencia de su compañero. Con todo, Juana se mantenía firme. Torturado por las ideas odiosas de venganza, por las deudas insalvables, por las vanidades heridas, por las molestias que le achacaban el cuerpo, el ex-intendente de Antipas volvió al plano espiritual, en una noche de sombras tempestuosas. Su esposa, todavía, soportó los sinsabores más amargos, fiel a sus ideales divinos edificados en la confianza sincera.

Obligada por las necesidades más duras, la noble dama de Cafarnaúm buscó trabajo para mantenerse con el hijo que Dios le confió. Algunas amigas le llamaron la atención, tomadas de respeto humano. Juana, no obstante, buscó esclarecerlas, alegando que Jesús igualmente había trabajado, haciendo callosas sus manos con las sierras de modesta carpintería y que, sometiéndose ella a una situación de subalternidad en el mundo, se dedicaba primeramente a Cristo, de quien se había hecho devota esclava.

Llena de sincera alegría, la viuda de Cusa olvidó el confort de la nobleza material, se dedicó a los hijos de otras madres, se ocupó con los más bajos quehaceres domésticos,

para que su hijito tuviese pan. Más tarde, cuando la nieve de las experiencias del mundo le encaneció los primeros cabellos de la frente, una galera romana la conducía en su interior, en calidad de humilde sierva.

En el año 68, cuando las persecuciones al Cristianismo eran intensas, vamos a encontrar, en uno de los espectáculos sucesivos del circo, a una vieja discípula del Señor amarrada a un poste de martirio, al lado de un hombre nuevo, que era su hijo. Ante el vociferar del pueblo, fueron ordenadas las primeras flagelaciones.

— ¡Abjura!... — exclama un ejecutor de las órdenes imperiales, de mirada cruel y sombría.

La antigua discípula del Señor contempla el cielo, sin una palabra de negación o de queja. Entonces el látigo vibra sobre el joven semidesnudo, que exclama, entre lágrimas: "— ¡Repudia a Jesús madre mía!... ¿¡No ves que nos perdemos?! ¡Abjura! ¡Por mí, que soy tu hijo!.."

Por la primera vez, de los ojos de la mártir corrió una fuente abundante de lágrimas. Los ruegos del hijo son espadas de angustia que le destrozan el corazón.

— ¡Abjura!... ¡Abjura!

Juana escucha aquellos gritos, recordando su vida entera. El hogar feliz y festivo, las horas de ventura, los disgustos domésticos, las emociones maternas, los fracasos del esposo, su desesperación y su muerte, la viudez, la desolación y las más duras necesidades... En seguida, ante los apelos desesperados del hijo, recordó que María también había sido madre y, viendo a su Jesús crucificado en el madero de la infamia, supo conformarse con los designios divinos. Sobre todo los recuerdos, como alegría suprema de su vida, le pareció escuchar aún al Maestro, en casa de Pedro, diciéndole:

— " ¡Anda hija! ¡Sé fiel!"

Entonces, poseída de fuerza sobrehumana, la viuda de Cusa contempló a la primera víctima ensangrentada y, fijando en el joven una mirada profunda e inexpresable, en su dolor y en su ternura, exclamó firmemente:

— ¡Calla hijo mío! Jesús era puro y no despreció el sacrificio. ¡Sepamos sufrir en la hora dolorosa, porque, antes de todas las felicidades transitorias del mundo, es necesario ser fiel a Dios!

En ese momento, con los aplausos delirantes del pueblo, los verdugos incendiaron a su alrededor, leñas impregnadas de resinas inflamables. En pocos instantes, las llamaradas llegaron a su cuerpo envejecido. Juana de Cusa contempló con serenidad la masa popular que no entendía su sacrificio. Los gemidos de dolor morían ahogados en el pecho oprimido. Los verdugos de la mártir la insultaban aún en la hoguera:

— ¿Tu Cristo supo apenas enseñarte a morir? — preguntó uno de los hombres.

La vieja discípula, concentrando su capacidad de resistencia, tuvo aún fuerzas para murmurar:

— ¡No apenas a morir, sino también a poder amarlos!...

En ese instante, sintió que la mano consoladora del Maestro le tocaba suavemente los hombros, y escuchó su voz cariñosa e inolvidable:

— ¡Juana, ten buen ánimo!... ¡Yo estoy aquí!..

EL TESTIMONIO DE TOMÁS

Cuenta la narración de Marcos que, volviendo Jesús de una de sus excursiones, se encaminó hacia el territorio de Dalmanuta, donde varios fariseos se pusieron a discutir con él, para probarlo. Demostrando el dolor que le causaba la incompreensión del ambiente, el Maestro exclamó con su serena energía:

— "¿Por qué pide esta generación una señal del Cielo?"

Era frecuente que buscasen al Mesías con la exclusiva preocupación de lo maravilloso. Algunos exigían los milagros más extravagantes, en el aire, en el firmamento, en las aguas. ¿Jesús no afirmaba ser el Hijo de Dios?!... En el ejercicio de su ministerio, ¿no había expulsado espíritus malignos, no había curado paralíticos y leprosos?

Los fariseos, principalmente, eran los que deseaban creer en las nuevas enseñanzas, pero, dentro de las normas del viejo egoísmo humano, reclamaban previas compensaciones de lo sobrenatural que apoyasen el día siguiente. De todos los discípulos, era Tomás el que más se preocupaba con la dilatación, que le parecía necesaria, de la zona de influencia del Señor sobre los hombres considerados más importantes y más ricos. No raramente, insistía con Jesús para que atendiese las exigencias de los fariseos bien provistos de autoridad y riquezas. En aquél día de breve reposo en Dalmanuta, el Maestro descansaba en la choza de un viejo pescador de nombre Zacarías, cuando el discípulo surgió inesperadamente, reclamando su atención en estos términos:

— ¡Señor, numerosos hombres de importancia están en la localidad y desean una señal de vuestra misión divina!

Reparando que Jesús guardaba silencio, Tomás continuó hablando, deseoso de encender entusiasmo en torno a su iniciativa.

— Son altos funcionarios de Herodes, acompañados por doctores de Jerusalén, que visitan estos parajes... Además de eso, están junto a patricios romanos, interesados en conocer el lago y sus aldeas más importantes. ¡Esos ilustres viajeros me hicieron portador de una invitación atenta y amable, pues os esperan en casa del centurión Cornelio Cimbro!.. .

Jesús, entretanto, después de largo silencio, en el cual pareció examinar detenidamente la actitud mental del interlocutor, preguntó con serenidad, pero en tono algo doloroso:

— ¿Qué desean de mí?

— ¡Quieren conoceros, Maestro! — replicó el apóstol, más sereno.

— No es necesario que me vean a mí, sino que sientan la verdad que traigo de Nuestro Padre — respondió Jesús, con tranquila firmeza.

Dejando notar el disgusto que aquella respuesta le causaba, Tomás insistió:

— Maestro, Maestro, ¡atendedlos!... ¿Qué será del Evangelio del Reino y de nosotros mismos, sin el apoyo de los influyentes de prestigio? ¿Creéis en la victoria sin el amparo de las energías que dominan el mundo? ¡Mostraos a esos hombres, reveladles vuestro divino poder, puesto que, ellos apenas desean conoceros de cerca!...

— Tomás — exclamó el Señor, con energía —, Dios no exige que los hombres lo conozcan sino en el santuario del conocimiento perfecto de sí mismos. Yo vengo de mi Padre y tengo que enseñar las verdades divinas. ¡Nunca reclamé homenajes de mis discípulos, solamente les he recomendado a todos que se amen, recíprocamente, a través de la vida! Y, deshaciendo las descabidas suposiciones del discípulo, continuó:

— ¿Juzgas, entonces, que el Evangelio del Reino sea una causa de hombres perecibles? Si así fuese, nuestras verdades serían tan mezquinas como las precarias edificaciones del mundo, destinadas a la renovación por la muerte, en los eternos caminos del tiempo. Los patricios romanos y los doctores de Jerusalén ¿no tendrán que entregar el alma a Dios, algún día? ¿Quién será, de esta forma, el más fuerte y poderoso: Dios, que es el Padre de la sabiduría infinita, en la eternidad de su gloria, o un César romano, que tendrá que caer de su trono adornado de púrpura, al polvo tenebroso de la sepultura?!

Tomás lo escuchaba, sorprendido y entristecido; sin embargo, con el propósito de justificarse, acrecentó conmovido:

— Maestro, comprendo vuestras observaciones divinas; no obstante, esos forasteros deseaban apenas una señal de Dios en los cielos.

— Pero, si son incapaces de percibir la presencia de Nuestro Padre, ¿cómo podrán reconocer una simple señal suya? — preguntó Jesús, con todo el vigor de su convicción.

— Los padres humanos saben que sin su esfuerzo, o sin la generosa cooperación de alguien que los substituya al frente de la familia, no sería posible el desarrollo de sus hijos, en lo que se refiere a la asistencia material; con todo, los hombres del mundo encuentran la casa edificada de la naturaleza, con la exactitud de sus leyes, y mantienen su terquedad en negar la asistencia de la Providencia Divina. ¡Anda, Tomás, y diles que el Evangelio del Reino no se destina a los que se encuentren satisfechos y conformados en la Tierra; justamente se destina a los corazones que aspiran a una vida mejor!

Ante la firmeza de las aclaraciones, el apóstol no insistió más, pero, aún interrogó con incertidumbre:

— Maestro, ¿cuál será entonces nuestra señal? ¿Cómo probar a las criaturas que nuestro esfuerzo está con Dios?

— Una sola lágrima, que consuele y esclarezca un corazón atormentado — explicó Jesús —, vale más que una inmensa señal en el cielo, destinada solamente a impresionar los miserables sentidos de la criatura. Nuestra señal, Tomás, es nuestro propio ejemplo, en la humildad y en el trabajo. Cuando busques esclarecer el espíritu de alguien, nunca le muestres que sabes algo; pero, sufre con sus dolores y cosecharás resultados. La redención consiste en amar intensamente. ¡Si te interesas por un amigo, soporta sus infortunios e imperfecciones, andas en su compañía en los días amargos y dolorosos! Nuestra señal es el amor que eleva y santifica, porque sólo él tiene la luz que atraviesa

los grandes abismos. ¡Anda y no descreas, porque no triunfaremos en el mundo solamente por lo que hagamos, sino también por lo que dejemos de hacer, en el ámbito de sus falsas grandezas!...

Desde ese día, el apóstol Tomás reformó su concepción sobre los mensajes del cielo, en el capítulo de los milagros; entretanto, no conseguía escapar a pequeñas indecisiones, en materia de fe. No podía excluir de su imaginación el deseo de una victoria amplia y fácil del Evangelio, por la renovación inmediata del mundo. Sin embargo, dentro de poco, la ola de persecuciones vendría a terminar la suave y divina ventura. El Maestro había sido preso. Con excepción de Juan, que se conservó junto a su madre, todos los discípulos se alejaron presos de pavor. Tampoco él resistió a las grandes vacilaciones del triste momento. Había huido. Sin embargo, después, sentiría el corazón compungido de acerbos remordimientos.

Deseaba contemplar al querido Maestro, escuchar, si fuera posible, por última vez, una palabra de reprobación de sus divinos labios. Disfrazándose, entonces, de manera a tornarse irreconocible, para poder librarse de las iras de la multitud, se incorporó en las movimentadas calles, al ruidoso cortejo. Su corazón latía acelerado. Rompió la masa popular y se aproximó al Mesías, que caminaba bajo la cruz a vacilantes pasos, seguido de cerca por los soldados que lo protegían de los ataques de la plebe. Sintió que una gran angustia le dilaceraba las fibras más delicadas del alma. Con todo, siguió siempre, hasta que fue levantado el madero, exhibiendo al sentenciado bajo los rayos del Sol claro, en la cima de una colina, como para presentar el espectáculo a la vista del mundo entero.

Tomás contempló fijamente al Maestro y notó que su espíritu se mantenía firme. Su fisonomía serena, no obstante el martirio de esos momentos, no reflejaba sino el amor profundo que le había conocido en los días más lindos y tranquilos. Sus pies, que tanto habían caminado para la sembradura del bien, estaban ensangrentados. Sus manos generosas y acariciadoras eran dos rosas rojas, goteando la sangre del suplicio. Su frente, en que se habían acogido los más puros pensamientos del mundo, se mostraba aureolada de espinas. Tomás comenzó a llorar discretamente; pero, luego, como si la mirada del Maestro lo buscara, entre millares de criaturas reunidas, observó que Jesús lo había fijado y, magnetizado por su divino semblante, avanzó, dudoso. Deseaba escuchar de aquellos labios adorados la reprobación franca y sincera que merecía su condenable procedimiento, escapando al testimonio de la hora extrema. Se aproximó jadeante de la cruz y, dejando percibir que apenas cedía a una necesidad espiritual en aquel supremo instante, escuchó a Jesús decirle en voz casi imperceptible:

— ¡Tomás, en el Evangelio del Reino, la señal del cielo tiene que ser el sacrificio completo de nosotros mismos!...

El apóstol comprendió sus palabras y lloró amargamente. No obstante la advertencia del Mesías, hecha de lo alto de la cruz de la humillación y del sufrimiento, el discípulo continuaba en aquella actitud que se caracterizaba por dudas casi invencibles. Consideraba a Cristo la más alta figura de la Humanidad, tratándose del amor que ilumina los escabrosos caminos de la vida material; pero, en lo que se refería al razonamiento, Tomás mantenía ciertas restricciones. Su alma se dejaba sorprender por innumerables indecisiones, cuando la fulgurante noticia de la resurrección apareció en Jerusalén, entre vivas manifestaciones de alegría.

María de Magdala, Pedro, Juan, así como otros compañeros, habían visto al Señor, le habían escuchado la palabra consoladora y divina. Incierto de sí mismo, casi vencido por su escasa fe, el discípulo buscó los dilectos amigos, ansiando por la manifestación del adorado Maestro. Reunida la pequeña comunidad, después de las oraciones habituales, Jesús penetró en la humilde sala con serena sonrisa, deseando a los compañeros paz y buen ánimo, como en los días venturosos y risueños de la Galilea.

Tomás, sintiendo el corazón latirle precipitado, levantó los ojos. El Señor, sabiendo de sus pensamientos más ocultos, se aproximó al discípulo de fe vacilante y lo invitó a tocar sus llagas. Después de pronunciar las palabras que las narraciones apostólicas registraron, acrecentó bondadosamente:

— "Tomás, pon tu mano en mis llagas y no te olvides de que ellas son la señal..."

Entonces, la fría razón del apóstol notó que una nueva claridad invadía y penetraba en su alma. Comprendió finalmente que el martirio del corazón que ama se reviste de misterioso poder. Tocado por la humildad del Maestro revivido, se arrodilló y lloró. Sus lágrimas eran de ventura y le proporcionaban al espíritu un júbilo para cuyo precio todos los tronos de la Tierra eran miserables y pequeños. Su alma acababa de vencer una gran batalla. El corazón había triunfado sobre el cerebro, el sentimiento le acrisoló la fe.

JESÚS EN SAMARIA

Descendiendo Jesús, desde Jerusalén hacia Cafarnaúm, seguido de algunos de los discípulos, en sus habituales jornadas a pie, llegó a Samaria, cuando el crepúsculo ya se hacía más sombrío.

Felipe, Andrés y Santiago, sintiendo mucha hambre, dejaron al Maestro reposando junto a pequeña propiedad y fueron al villorrio más cercano, en busca de alimentos. El Mesías, mirando a su alrededor, reconoció que se encontraba al lado de la fuente de Jacob. Envuelta en los destellos del Sol que ya cedía lugar a las sombras de la noche que se aproximaba, una mujer se acercó al antiguo pozo y observó que el Maestro iba a su encuentro, con la bella y acostumbrada tranquilidad de su semblante, y le pedía de beber.

— ¿Cómo, tu siendo judío, me pides un favor a mí, que soy samaritana? — interrogó sorprendida.

Jesús descansó en su interlocutora su mirada serena y respondió:

— ¿Acaso los judíos y los samaritanos, tendrán necesidades diferentes entre sí? Bien se ve que no conoces los dones de Dios, porque, si hubieses guardado los mandamientos divinos, comprenderías que te puedo dar agua viva.

— ¿Qué viene a ser esa agua viva? — inquirió la samaritana, impresionada. — ¿¿Dónde la tienes, si el agua que por aquí existe es apenas la de este pozo?! ¿Acaso eres mayor que nuestro padre Jacob que nos lo ofreció desde el principio?

— Mujer, el agua viva es aquella que sacia toda sed; viene del amor infinito de Dios y santifica a las criaturas.

Y envolviendo a la samaritana con el dulce magnetismo de su mirada, continuó:

— Este pozo de Jacob un día secará. En el lecho de tierra, donde ahora reposan sus aguas claras, la serpiente podrá hacer su nido. ¿No sientes la verdad de mis afirmaciones, ante tu sed de todos los días? A pesar de que lleves lleno el cántaro, tendrás que volver nuevamente al pozo, con nueva sed. Entretanto, los que beban el agua viva estarán eternamente saciados. Para esos no habrá más necesidad material que renueva a cada instante de la vida. ¡Consuelo perenne refrescará sus corazones, a través de los caminos más accidentados, bajo el ardiente Sol de los desiertos del mundo!...

La mujer escuchaba, presa a hondas impresiones, aquellas palabras que llegaban al santuario de su espíritu, con la solemnidad de una nueva revelación.

— ¡Señor, dame de esa agua! — exclamó interesada.

— Pero, ¡escucha! — le dijo Jesús.

Y el Maestro pasó a iluminarla sobre hechos y circunstancias íntimas de su vida

particular, explicándole lo que era necesario para que la sagrada emoción del amor divino orientase su alma, alejándola de todas las necesidades penosas de la existencia material. Observando que no había secretos para Jesús, la samaritana lloró y respondió:

— Señor, ahora veo que eres de hecho un profeta de Dios. Mi espíritu está lleno de buena voluntad y, desde hace mucho, pienso en la mejor manera de purificar mi vida y santificar mis actos. Entretanto, es tal la confusión que observo a mi alrededor, que no sé cómo adorar a Dios. Mis familiares y vecinos afirman que es indispensable celebrar el culto al Todopoderoso en este monte; los judíos nos combaten y afirman que ninguna ceremonia tendrá valor fuera de los muros de Jerusalén. Las discordias en esta región han llegado al cúmulo. Aún hace poco, un judío hirió a uno de los nuestros, por causa de sus opiniones acerca de la comida impura. Ya que tengo la felicidad de escuchar tus palabras, enséñame el mejor camino.

El Maestro la observó, compadecido, y exclamó:

— Tienes razón. Las divergencias religiosas han implantado la mayor desunión entre los miembros de la gran familia humana. Entretanto, el Pastor viene al redil para reunir las ovejas que los lobos dispersaron. En verdad, te digo que vendrá un tiempo en que no se adorará a Dios ni en este monte, ni en el suntuoso templo de Jerusalén, porque el Padre es Espíritu y sólo en espíritu debe ser adorado. ¡Por eso, vengo a abrir el templo de los corazones sinceros para que todo culto a Dios se convierta en íntima comunión entre el hombre y su Creador!

Suave silencio se hizo entre ambos. Mientras Jesús parecía observar lo invisible con su luminosa mirada, la samaritana meditaba. De allí a algunos instantes, acompañados de gran número de gentes del pueblo, llegaban los discípulos, admirándose todos de encontrar al Mesías en íntima conversación con una mujer. Sin embargo, ninguno de ellos hizo cualquier observación menos digna o imprudente. Viendo que el Mesías se preparaba para retirarse en busca de la aldea más próxima, la samaritana, eminentemente impresionada con las revelaciones, solicitó la presencia de todos sus familiares y vecinos, para que lo conocieran y escuchasen su palabra.

Santiago y Andrés habían traído pan y algunas frutas insistiendo con Jesús para que se alimentase. Sin embargo, el Maestro aprovechó el instante para enseñar una vez más el camino del Reino, con sus palabras amigas, componiendo parábolas de fácil entendimiento. Mucha gente se aglomeraba para oírlo. Eran viajeros que iban hacia diferentes regiones, al mismo tiempo que gran número de samaritanos de opiniones exaltadas. La enorme asamblea se puso a camino, pero el Mesías continuó extendiendo sus promesas de esperanza y consuelo. En ese punto, Felipe consultó a los compañeros y, aproximándose a Jesús, le rogó cariñosamente:

— ¡Maestro, por favor, acepta un poco de pan! ¡Es indispensable que cuidéis de vuestro sustento! ¡Descansad y comed!...

— No te preocupes Felipe — respondió el Mesías con reconocimiento —, no tengo hambre. Además, recibo un alimento que tal vez ni mis propios discípulos han podido conocer.

— ¿Cuál? — interrogó el apóstol, con interés.

— Antes de todo, mi alimento es hacer la voluntad de aquel Padre misericordioso y justo que a este mundo me envió, para enseñar su amor y su verdad. Mi sustento es realizar su obra.

— Es verdad — observó el discípulo, mirando a la multitud que lo acompañaba — veis mejor los corazones y no podemos perder esta oportunidad de divulgación de la Buena Nueva. ¡Llevaremos para Cafarnaúm, este otro triunfo, porque es incontestable que obtuvisteis aquí, entre los samaritanos, uno de nuestros mayores éxitos!..

Santiago y Andrés escuchaban silenciosos, el diálogo. A las entusiastas palabras del apóstol, el Maestro sonrió y acrecentó:

— No es eso propiamente lo que me interesa. El éxito mundano puede ser una ondulación de superficie. Lo que necesitamos en todas las situaciones, es entender lo que el Padre desea de nosotros. Como todo su anhelo es el del bien, yo trabajo, pero sin caer en la ansiedad de las victorias inmediatas.

Y dirigiendo una mirada para la compacta turba de sus seguidores, exclamó para los compañeros:

— ¿Podremos acaso admitir que ya somos comprendidos? Callemos por algunos instantes, a fin de escuchar la opinión de los que nos siguen los pasos.

Se hizo silencio entre él y los tres discípulos, de manera que pudieran escuchar claramente los diálogos iniciados entre los que los acompañaban.

— ¿Crees que sea este hombre el Cristo prometido? - preguntaba un samaritano de buena figura a sus amigos. — De mi parte, no acepto semejante impostor. Este nazareno es un explotador de la piedad popular.

— Es cierto — concordaba el interpelado — hasta porque, en su tierra, no llega a valer un denario. Por los propios parientes es tenido como enemigo del trabajo y hay quien dude de su perezosa cabeza.

— Es un loco de buena apariencia — decía una mujer ya mayor a su hija — por lo menos esa es la opinión que ya escuché de los habitantes de Cafarnaúm; entretanto, aquí entre nosotras, creo que es un gran bellaco. ¿Por qué se rodeó de pescadores, cuando alega ser tan sabio? ¿Por qué no se transfiere para Jerusalén, o incluso para Tiberíades? Bien sabe la razón de eso. Allá encontraría hombres cultos que confundirían su presunción.

Más próximo a Jesús, un joven sentenciaba en discreta voz:

— Cuando llegamos lo encontramos solo con una mujer. ¿Qué te parece esa circunstancia? — preguntaba a un compañero de caminata. — Ciertamente deseaba salvarla a su manera... — Replicó con maliciosa risa el inquirido.

En un grupo vecino, se hablaba calurosamente:

— Este hombre es un pícaro orgulloso — decía, convencido, un anciano —, sólo hace milagros junto a las grandes multitudes, para que sientan virtudes sobrenaturales en sus magias.

— Y no tiene caridad — acrecentó otro —, pues aún hace poco tiempo, cuando lo buscaron en Cafarnaúm para una señal del cielo, escapó a un monte, bajo el pretexto de hacer oraciones.

La noche comenzaba a caer del todo. En lo alto ya brillaban las primeras estrellas. Jesús se sentó con los discípulos, a las orillas del camino, para un momento de reposo. Andrés, Santiago y Felipe estaban espantados con lo que habían visto y oído. Aparentemente el Maestro había sido aureolado de inmenso éxito; entretanto, verificaban la profunda incompreensión del pueblo. Fue entonces que Jesús, con la serenidad de todos los instantes, los esclareció lleno de su bondad imperturbable:

— No os admiréis de la lección de este día. Cuando vino, el Bautista buscó el desierto, nutriéndose de miel salvaje. Los hombres alegaron que en su compañía estaba el espíritu de Satanás. A mí, por el motivo de participar de las alegrías del Evangelio, me llaman glotón y bebedor. Esta es la imagen del campo donde tenemos que trabajar. Por todas partes encontraremos samaritanos discutidores, atentos a los éxitos y referencias del mundo. Observad el camino para no caer, porque el discípulo del Evangelio no se puede preocupar sino con la voluntad de Dios, con su trabajo bajo la vista del Padre y con la aprobación de su conciencia.

ORACIÓN DOMINICAL

Curada por el Maestro Divino, la suegra de Simón Pedro quedó maravillada con los poderes ocultos del Nazareno humilde, que hablaba en nombre de Dios, uniendo los corazones con su fe profunda y ardiente. Restablecida en su salud, pasó a reflexionar más atentamente acerca del Padre que está en los cielos, siempre dispuesto a atender las súplicas de sus hijos.

Llamando cierto día al yerno para un examen más detenido del asunto, le consultó sobre la posibilidad de pedir a Jesús favores excepcionales para su familia. Le recordaba la circunstancia de ser el Maestro un poderoso emisario del Reino de Dios que parecía muy próximo. Lo concitaba a ponderar al Mesías que ellos eran de sus primeros colaboradores sinceros y a enumerarle las necesidades urgentes de la familia, la exigüidad del dinero, el peso de los servicios domésticos, la casa pobre de recursos, situaciones que las inmensas posibilidades de Jesús, lleno de poderes prodigiosos, serían capaces de remediar.

El pescador simple y generoso, tentado en sus sentimientos humanos, examinó aquellas observaciones destinadas a abrirle los ojos con referencia al futuro. Entretanto, reflexionó que Jesús era Maestro y nunca despreciaba cualquier ocasión para enseñar bien lo que era realmente provechoso a los discípulos. ¿Acaso, no sabría él el mejor camino? ¿No veían en su presencia alguna cosa de la propia presencia de Dios? Teniendo, con todo, el espíritu indeciso, debido a las observaciones familiares, buscó una oportunidad de hablar con el Mesías acerca del asunto. Llegada la ocasión, el apóstol trató de provocar muy superficialmente la solución del problema, preguntando a Jesús, con su sinceridad ingenua:

— Maestro, ¿será que Dios escucha todas nuestras oraciones?

— ¿Cómo no, Pedro? — Respondió Jesús solícito. -Desde que comenzó a razonar, observó el hombre que, muy arriba de sus reducidas fuerzas, había un poder ilimitado, que le creó el ambiente de la vida. Todas las criaturas nacen con tendencia hacia lo más alto y sienten la necesidad de comulgar con ese plano elevado, donde el Padre nos acompaña con su amor, toda justicia y sabiduría, donde las oraciones de los hombres lo buscan bajo diversos nombres. ¿Crearías, Simón, que en todos los siglos de la vida humana, recorrerían las almas, incesantemente, a una puerta silenciosa e inflexible, si no obtuviesen ningún resultado?... ¡No tengas dudas: todas nuestras oraciones son escuchadas!...

— No obstante — exclamó respetuoso el discípulo —, si Dios escucha las súplicas de todos los seres, ¿por qué tamañas diferencias en la suerte? ¿Por qué razón soy obligado a pescar para mi subsistencia, cuando Levi gana buen salario en el servicio de los impuestos, con la sabiduría de los libros? ¿Cómo explicar que Juana disponga de numerosas siervas, mientras mi mujer es obligada a plantar y cuidar nuestro huerto?

Jesús escuchó atento a esas sus palabras y respondió:

— Pedro, no podemos olvidar que el mundo pertenece a Dios y que todos somos sus

servidores. Los trabajos varían, conforme a la capacidad de nuestro esfuerzo. Hoy pescas, mañana predicarás la palabra divina del Evangelio. Todo trabajo honesto es de Dios. Quien escribe con la sabiduría de los pergaminos no es mayor que aquél que ara el suelo, laborioso y fértil, con la sabiduría de la tierra. El escriba sincero, que cuida de los dispositivos de la ley, es hermano del labrador bien intencionado que cuida del sustento de la vida. Uno, cultiva las flores del pensamiento; otros, las del trigo que el Padre protege y bendice. ¿Crees que una casa estaría completa sin las manos abnegadas que le barren la basura? Si todos los hijos de Dios se dispusiesen a cobrar impuestos, ¿quién los pagaría? Por lo tanto, ves que, antes de cualquier consideración, es necesario santificar todo trabajo útil, como quien sabe que el mundo es la casa de Dios. ¿Ya pensaste que, si tu esposa cuida de las plantas de tu huerto, Juana de Cusa educa sus siervas? ¿A cuál de las dos le cabe mayor responsabilidad, a tu mujer que cultiva las legumbres, o a nuestra hermana que tiene algunas hijas de Dios bajo su protección? ¿Quién podrá garantizar que Juana tendrá esa responsabilidad toda la vida? En el mundo, hay grandes generales que a pesar de sus victorias también pasan por las duras experiencias de sus soldados. Así, Pedro, tenemos que considerar, en forma definitiva, que somos hijos y siervos de Dios, antes que cualquier otro título convencional, dentro de la vida humana. Es pues, necesario, que dispongamos nuestro corazón a servirlo bien, sea como rey o como esclavo, ciertos de que el Padre nos conoce a todos y nos conduce al trabajo o a la posición que merecemos.

El discípulo escuchó aquellas juiciosas explicaciones y confortado con los esclarecimientos recibidos, interrogó:

— Maestro, ¿cómo debemos interpretar la oración?

— En todo — elucidó Jesús — debe la oración constituir nuestro recurso permanente de comunión sin interrupción con Dios. En ese intercambio incesante, las criaturas deben presentar al Padre, en el secreto de las íntimas aspiraciones, sus anhelos y esperanzas, dudas y amarguras. Esas confidencias les atenuarán los cansancios del mundo, restaurándoles las energías, porque Dios les concederá de su luz. Por lo tanto, es necesario, cultivar la oración, para que ella se torne un elemento natural de la vida, como la respiración. Es indispensable que conozcamos el medio seguro de identificarnos con Nuestro Padre. Entretanto, Pedro, observamos que los hombres no se recuerdan del cielo, sino en los días de inseguridad y angustia del corazón. Si la amenaza es cruel e inminente el desastre, si la muerte del cuerpo es irremediable, los más fuertes doblan las rodillas. Pero, ¿cuánto no habrá de sentirse el Padre amoroso y leal de que solamente lo busquen los hijos en los momentos de infortunio, por ellos creados con sus propias manos? Debido al relajamiento de esas sagradas relaciones, por parte de los hombres, indiferentes al cariño paternal de la Providencia que todo les concede de útil y agradable, inútilmente deseará el hijo una solución inmediata para sus necesidades y problemas, sin remediar el largo alejamiento en que se conservó del Padre en el camino, postergando sus designios, al respecto a cuestiones íntimas y profundas.

Simón Pedro escuchaba al Maestro con una comprensión nueva. No podía comprender la amplitud de aquellos conceptos que trascendían el ámbito de la educación recibida, pero trataba de percibir el alcance de aquellas elucidaciones, con el fin de cultivar el intercambio perfecto con el Padre sabio y amoroso, cuya generosa asistencia Jesús revelaba, dentro de la luz de sus divinas enseñanzas. Pasados algunos días, encontrándose el Maestro enseñando a los compañeros una nueva lección referente al

impulso natural de la oración, Simón le observó:

— Señor, he procurado, de todas las formas, mantener inalterable mi comunión con Dios, pero no he alcanzado el objetivo de mis súplicas.

— Y ¿qué has pedido a Dios? — interrogó el Maestro sin perturbarse.

— He implorado a su bondad que favorezca mis caminos, con la solución de ciertos problemas materiales.

Jesús contempló largamente al discípulo, como si examinase la fragilidad de los elementos intelectuales de que podría disponer para la realización de la obra evangélica. Sin embargo, evidenciando una vez más su profundo amor y buena voluntad, esclareció con blandura y convicción:

— Pedro, mientras ores pidiendo al Padre la satisfacción de tus deseos y caprichos, es posible que te retires de la oración, inquieto y decepcionado. Pero, siempre que solicites las bendiciones de Dios, con la finalidad de comprender su voluntad justa y sabia, a tu respecto, recibirás por la oración los bienes divinos del consuelo y de la paz.

El apóstol guardó silencio, demostrando haber, finalmente, comprendido. Pero, uno de los hijos de Alfeo, reconociendo que el asunto interesaba profundamente a la pequeña comunidad allí reunida, se adelantó hacia Jesús, pidiendo:

— ¡Señor, enséñanos a orar!..

Disponiéndolos entonces en un círculo y como si fundiera su pensamiento en un invisible océano de luz, el Mesías pronunció, por la primera vez, la oración que legaría a la humanidad. Elevando su espíritu magnánimo al Padre Celestial y colocando su amor antes que todas las cosas, exclamó:

— "Padre Nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre."

Y ponderando que la redención de la criatura nunca se podrá efectuar sin la misericordia del Creador, considerando el inmenso bagaje de las imperfecciones humanas, continuó:

— "Venga a nos tu reino".

Dando a entender que la voluntad de Dios, amorosa y justa, debe cumplirse en todas las circunstancias, acrecentó:

— "Hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el cielo."

Esclareciendo que todas las posibilidades de salud, trabajo y experiencia llegan, invariablemente, a los hombres, de la fuente sagrada de la protección divina, prosiguió:

— "El pan nuestro de cada día dánoslo hoy."

Mostrando que las criaturas están siempre bajo acción de la ley de compensaciones y que cada uno necesita despojarse de los penosos grilletes del pasado oscuro por la

ejemplificación sublime del amor, acrecentó:

—"Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores."

Pero, conocedor de las fragilidades humanas, para establecer el principio de la lucha eterna de los cristianos contra el mal, terminó su oración, diciendo con infinita simplicidad:

— "No nos dejes caer en tentación y líbranos de todo mal, porque tuyos son el reino, el poder y la gloria por siempre. Así sea."

Leví, el más intelectual de los discípulos, tomó nota de las sagradas palabras, para que la oración del Señor fuese guardada en sus corazones humildes y simples. El ruego de Jesús contenía, en síntesis, todo el programa de esfuerzo y edificación del Cristianismo naciente. Desde aquel día memorable, la simple oración de Jesús se extendió como un perfume de los cielos por el mundo entero.

COMUNIÓN CON DIOS

Las elucidaciones del Maestro, relativas a la oración, siempre encontraban en los discípulos cierta perplejidad, casi que invariablemente en virtud de las ideas nuevas que contenían, acerca de la concepción de Dios como Padre cariñoso y amigo.

Aquella necesidad de comunión con su amor, que Jesús no se cansaba de hacer notoria, les parecía un oscuro problema, que el hombre del mundo no conseguiría realizar. En ese tiempo, los esenios constituían un grupo de estudiosos de las ciencias del alma, caracterizando sus actividades de forma diferente, ya que no tenían manifestaciones públicas de sus principios.

Deseoso de satisfacer la propia curiosidad, Juan buscó conocerlos de cerca, para entender sus puntos de vista en materia de las relaciones de la comunidad con Dios, y, cierto día, buscó al Señor, de manera para escucharlo más ampliamente sobre las dudas que le atormentaban el corazón:

— Maestro — dijo él, solícito —, he deseado sinceramente comprender mis deberes al respecto de la oración, pero siento mi alma prendida a ciertas inseguridades. Deseo esta comunión perenne con el Padre; todavía, las ideas más antagónicas se oponen a mis objetivos. Aún ahora, manifestando mi pensamiento, acerca de mis necesidades espirituales, a un amigo que se instruye con los esenios, me aseguró que necesito comprender que toda edificación espiritual se debe procesar en un plano oculto. Pero, sus observaciones me confundieron aún más. ¿Cómo puedo entender eso? ¿Debo, entonces, ocultar lo que de más santo hay en mi corazón?

El Mesías, arrancado de sus meditaciones, respondió con mansitud:

— Juan, todas las dudas que te asaltan se verifican por el motivo de que no has comprendido, hasta ahora, que cada criatura tiene un santuario en el propio espíritu, donde la sabiduría y el amor de Dios se manifiestan a través de las voces de la conciencia. Los esenios llevan muy lejos la teoría de la labor oculta, pues, antes que todo, necesitamos considerar que la verdad y el bien deben ser patrimonio de toda la Humanidad en común. No obstante, lo que es indispensable es saber dar a cada criatura de acuerdo con sus necesidades propias. En este punto, están en lo correcto al respecto del celo que los caracteriza, porque los ungüentos reservados a un herido no se ofrecen al hambriento que pide pan. También yo he afirmado que no podré enseñar todo lo que desearía a mis discípulos, siendo compelido a reservar otras lecciones del Evangelio del Reino para el futuro, cuando la magnanimidad divina permita que la voz del Consolador se haga oír entre los hombres sedientos de conocimiento. ¿No has observado el número de veces en que necesito recorrer a parábolas para que la revelación no ofusque el entendimiento general? En lo que se refiere a la comunión de nuestras almas con Dios, no me olvidé de recomendar que cada espíritu ore en el secreto de su interior, en el silencio de sus esperanzas y aspiraciones más sagradas. Y es que cada criatura debe establecer su propio camino hacia lo más alto, irguiendo en sí misma el santuario divino de la fe y de la confianza, donde interprete siempre la voluntad de Dios, con referencia a su destino. La comunión de la criatura con el Creador es, por lo tanto, un imperativo de la existencia y la oración es el camino luminoso entre el corazón humano y el Padre de

infinita bondad.

El apóstol escuchó las observaciones del Maestro, pareciendo meditar austeramente. Entretanto, objetó:

— Pero, ¿la oración debe ser de agradecimiento o de súplica?

A lo que Jesús respondió con bondad:

— Por oración debemos interpretar todo acto de relación entre el hombre y Dios. Debido a eso mismo, como expresión de agradecimiento o de ruego, la oración es siempre un esfuerzo de la criatura frente a la Providencia Divina. Los que apenas suplican pueden ser ignorantes, los que agradecen pueden ser solamente perezosos. Todo aquel, sin embargo, que trabaja por el bien, con sus manos y con su pensamiento, ese es el hijo que aprendió a orar, en la exaltación o en el ruego, porque en todas las circunstancias será fiel a Dios, consciente de que la voluntad del Padre es más justa y sabía que su propia.

— Y ¿cómo ser leal a Dios, en la oración? — Interrogó el apóstol, evidenciando sus dificultades intelectuales. - ¿La oración no representa por sí misma una señal de confianza?

Jesús lo contempló con su serenidad imperturbable y respondió:

— ¿Será que tú tampoco entiendes? No obstante la confianza expresa en la oración y la fe tributada a la providencia superior, es necesario colocar encima de ellas la seguridad de que los designios celestiales son más sabios y misericordiosos que el capricho propio; es preciso que cada uno se una con el Padre, comulgando con su voluntad generosa y justa, aunque sea contrariado en determinadas ocasiones. En resumen, es imprescindible que seamos de Dios. En cuanto a las lecciones de esa fidelidad, observemos a la propia Naturaleza, en sus manifestaciones más simples. Dentro de ella, actúan las leyes de Dios y debemos reconocer que todas esas leyes corresponden a su amorosa sabiduría, constituyéndose en sus fieles siervas, en el trabajo universal. ¿Ya oíste decir, alguna vez, que el Sol se alejó del cielo, cansado de los paisajes oscuros de la Tierra, alegando la necesidad de reposo? Con el pretexto de reposo indispensable, ¿habría las aguas privado al globo de sus beneficios en ciertos años? Por desagradable que sea en sus características, la tempestad jamás dejó de limpiar la atmósfera. ¡A pesar de las lamentaciones de los que no soportan la humedad, la lluvia no deja de fecundar la tierra! ¡Juan, es necesario aprender con las leyes de la naturaleza la fidelidad a Dios! Quien las acompaña, en el mundo, planta y recoge con abundancia. Observar la lealtad para con el Padre es sembrar y llegar a las más hermosas mies del alma en el infinito. Anda, pues, que todo el problema de la oración está en que edifiquemos el reino del cielo entre los sentimientos de nuestro interior, comprendiendo que los atributos divinos se encuentran también en nosotros.

El apóstol guardó aquellos esclarecimientos, lleno de buena voluntad en el sentido de alcanzar su comprensión perfecta.

— Maestro — confesó respetuoso — vuestras elucidaciones abren un camino nuevo para mi alma; con todo, yo os pido, con la sinceridad de mi afecto que, en la primera

oportunidad me enseñéis, cómo deberé entender que Dios está igualmente en nosotros. El Mesías fijó en él su mirada translúcida, y dejando notar que no podría ser más explícito con el recurso de las palabras, dijo apenas:

— Te lo prometo.

La conversación que narramos se verificó en las cercanías de Jerusalén, en una de las ausencias eventuales del Maestro del bien querido círculo de su familia espiritual en Cafarnaúm. Al día siguiente, Jesús y Juan partieron a Jericó, con la finalidad de atender el programa de viaje organizado por el primero.

En el viaje a pie, ambos se entretenían en admirar las pocas bellezas del camino, escasamente favorecido por la Naturaleza. El paisaje era árido y los árboles existentes presentaban los troncos encorvados, demostrando la pobreza de la región que no incentivaba su desarrollo.

No lejos de una pequeña propiedad, el Maestro y el apóstol encontraron a un rudo labrador, cavando un gran pozo a la orilla del camino. Gotas de sudor bajaban por su frente; pero, sus fuertes brazos iban y venían a la tierra, en el ansia de procurar el precioso líquido. Ante aquel cuadro, Jesús se detuvo con el discípulo bajo el pretexto de breve descanso, y, revelando el interés que aquel esfuerzo le despertaba, preguntó al trabajador:

— Amigo, ¿qué haces?

— Busco el agua que nos hace falta — respondió con una sonrisa el interpelado.

— ¿Es así tan escasa la lluvia por estos parajes? — preguntó Jesús, evidenciando afectuoso cuidado.

— Sí, en las proximidades de Jericó, últimamente, la lluvia se ha tornado una verdadera gracia de Dios.

El hombre de campo prosiguió en su trabajo exhaustivo; pero, apuntando hacia él, el Mesías dijo a Juan, en tono amigo:

— Este cuadro de la Naturaleza es bastante simple; sin embargo, es en la simplicidad que encontramos los símbolos más puros. Observa, Juan, que este hombre comprende que sin la lluvia no habría manantiales en la Tierra; pero, no se detiene en su esfuerzo, buscando la reserva que la Providencia Divina almacenó en el subsuelo. La imagen es pálida, sin embargo llega para que comprendas como Dios reside también en nosotros. Dentro del simbolismo, tenemos que entender la lluvia como el favor de su misericordia, sin el cual nada tendríamos. Este paisaje desierto de Jericó puede representar el alma humana vacía de sentimientos santificadores. Este trabajador simboliza al cristiano activo, cavando junto a los caminos áridos, muchas veces con sacrificio, sudor y lágrimas, para encontrar la luz divina en su corazón. Y el alma es el símbolo más perfecto de la esencia de Dios que tanto se encuentra en los cielos como en la Tierra.

El discípulo memorizó aquellas palabras, sabiendo que habría realizado una adquisición

de claridades inmortales. Contempló el gran pozo, donde el agua clara comenzaba a surgir, después del esfuerzo inmenso del humilde trabajador que la buscaba desde hacía muchos días, y tuvo nítida comprensión de lo que constituía la comunión necesaria con Dios.

Sintiendo indefinible júbilo en el corazón, tomó las manos del Mesías besándolas con la alegría de su contento espíritu. Conformado, como quien vence gran combate íntimo, Juan sintió que finalmente había comprendido.

MARÍA DE MAGDALA

María de Magdala había escuchado las prédicas del Evangelio del Reino, no lejos de la principesca Villa en donde vivía entregada a los placeres, en compañía de patricios romanos, tomándose de profunda admiración por el Mesías. ¿Qué nuevo amor era aquel predicado a simples pescadores por labios tan divinos?

Hasta entonces, ella había caminado sobre las rosas rojas del deseo, embriagándose con el vino de alegrías condenables. No obstante, su corazón estaba sediento y en desaliento. Joven y hermosa, se había emancipado de los estrictos preconceptos de su raza; su belleza esclavizó a sus caprichos de mujer a sus más ardientes admiradores; pero su espíritu tenía hambre de amor. El profeta nazareno había plantado en su alma nuevos pensamientos.

Después de escuchar su palabra, notaba ahora que las facilidades de la vida le traían un tedio mortal al espíritu sensible. Las músicas voluptuosas no encontraban eco en su interior, los adornos romanos de su habitación se tornaron áridos y tristes. María lloró largamente, aunque no comprendía lo que proponía el profeta desconocido. Entretanto, su invitación amorosa parecía resonarle en las fibras más sensibles de mujer. Jesús llamaba a los hombres para una vida nueva.

Después de una noche de grandes meditaciones y antes del famoso banquete en Nain, donde ella ungiría públicamente los pies de Jesús con los bálsamos perfumados de su afecto, fue percibida una tranquila barca que conducía a la pecadora a Cafarnaúm. Después de muchas dudas se había dispuesto a buscar al Mesías. ¿Cómo la recibiría el Señor, en la residencia de Simón? Sus coterráneos nunca le habían perdonado el abandono del hogar y la vida de aventuras. Para todos, ella era la mujer perdida que tendría que encontrar la lapidación en la plaza pública. Pero, su conciencia le pedía que fuese.

Jesús trataba a la multitud con especial cariño. Jamás le observó cualquier expresión de desprecio hacia las numerosas mujeres de vida equívoca que lo cercaban. Además de eso, se sentía seducida por su generosidad. Si fuera posible, desearía trabajar en la ejecución de sus ideas puras y redentoras. Se proponía amar, como Jesús amaba, sentir con sus sentimientos sublimes. Si fuese necesario, sabría renunciar a todo. ¿De qué le valían las joyas, las flores raras, los banquetes suntuosos, si, al final de todo eso, conservaba su sed de amor?...

Envuelta por esos pensamientos profundos, María de Magdala penetró el umbral de la humilde residencia de Simón Pedro, donde Jesús parecía esperarla, tal era la bondad de la sonrisa con que la recibió. La recién llegada se sentó con emoción indefinible que le estrangulaba el pecho. Venciendo, sin embargo, sus más fuertes impresiones, así dijo, en voz suplicante, después de los primeros saludos:

— ¡Señor, escuché vuestra palabra consoladora y vengo a vuestro encuentro! ¡Tenéis la clarividencia del cielo y podéis adivinar cómo he vivido! Soy una hija del pecado. Todos me condenan. ¡Entretanto, Maestro, observad cómo tengo sed de verdadero amor!... Mi existencia, como todos los placeres, ha sido estéril y amarga...

Las primeras lágrimas le corrieron de los ojos, mientras Jesús la contemplaba, con infinita bondad. Pero, ella continuó:

— ¡Escuché vuestra amorosa invitación al Evangelio! Desearía ser de vuestras ovejas; pero, ¿será que Dios me aceptaría?

El profeta nazareno la miró, enternecido, examinando las profundidades de su pensamiento, y respondió, bondadoso:

— ¡María, levanta los ojos hacia el cielo y regocíjate en el camino, porque escuchaste la Buena Nueva del Reino y Dios bendice tus alegrías! ¿Acaso, podrías pensar que alguien en el mundo estuviese condenado al pecado eterno? ¿Dónde, está entonces, el amor de Nuestro Padre? ¿No has visto nunca a la primavera ofrecernos flores sobre una casa en ruinas? Las ruinas son las criaturas humanas; pero, las flores son las esperanzas en Dios. Sobre todas las falencias y desventuras propias del hombre, las bendiciones paternas de Dios bajan y llaman. ¡Hoy sientes ese nuevo Sol que te ilumina el destino! Camina ahora, bajo su luz, porque el amor cubre la multitud de pecados.

La pecadora de Magdala escuchaba al Maestro, bebiendo sus palabras. Ningún hombre le había hablado así a su incomprendida alma. Los más irreflexivos pervertían sus buenas inclinaciones, los aparentemente virtuosos la despreciaban sin piedad. Enterrada en pensamientos confortadores y escuchando las referencias de Jesús al amor, María acentuó, levemente:

— ¡No obstante, Señor, he amado y tengo sed de amor!...

— Sí — respondió Jesús — tu sed es real, el mundo vició todas las fuentes de redención y es imprescindible que comprenda que en sus sendas la virtud tiene que marchar por una puerta muy estrecha. Generalmente, un hombre desea ser bueno como los otros, o honesto como los demás, olvidando que el camino donde todos pasan es de fácil acceso y de marcha sin edificaciones. La virtud en el mundo fue transformada en la puerta ancha de la conveniencia propia. Hay los que aman lo que les pertenece en el círculo personal, los que son sinceros con sus amigos, los que defienden sus familiares, los que adoran a los dioses del favor. Sin embargo, el que verdaderamente ama, conoce la suprema renuncia a todos los bienes del mundo y vive feliz, en su camino de trabajos para la difícil entrada a las luces de la redención. El amor sincero no exige satisfacciones pasajeras que se extinguen en el mundo con la primera ilusión, trabaja siempre, sin amargura y sin ambición, con los júbilos del sacrificio. ¡Sólo el amor que renuncia sabe caminar para la vida suprema!...

María lo escuchaba embebecida. Ansiosa por comprender completamente aquellas nuevas enseñanzas, interrogó con atención:

— ¿Sólo el amor por el sacrificio podrá saciar la sed del corazón?

Jesús tuvo un gesto afirmativo y continuó:

— Solamente el sacrificio contiene el divino misterio de la vida. Vivir bien es saber inmolarsse. ¿Acaso crees que el mundo mantiene su equilibrio propio solamente con los

caprichos antagónicos y a veces criminales de los que se elevan a la galería de los triunfadores? Toda luz humana viene del corazón experimentado y blando de los que fueron sacrificados. Un guerrero cubierto de laureles levanta gritos de victoria sobre los cadáveres que yacen en el suelo; pero, apenas los que cayeron hacen bastante silencio, para que se escuche en el mundo el mensaje de Dios. El primero hace la experiencia para un día; los segundos construyen el camino definitivo en la eternidad. En tu condición de mujer, ¿ya pensaste lo que sería el mundo sin las madres exterminadas en el silencio y en el sacrificio? ¿No son ellas las cultivadoras del jardín de la vida, donde los hombres entran en batalla?... ¡Muchas veces, el campo florido se cubre de barro y sangre; entretanto, en su tarea silenciosa, los corazones maternos no se desesperan y reedifican el jardín de la vida, imitando la Providencia Divina, que extiende sobre un cementerio los lirios perfumados de su amor!...

María de Magdala, escuchando aquellas advertencias, comenzó a llorar, a sentir en lo íntimo el desierto de la mujer sin hijos. Por fin, exclamó:

— ¡Desgraciada de mí Señor, que no podré ser madre!...

Entonces, atrayéndola blandamente hacia sí, el Maestro acrecentó:

— ¿Y cuál de las madres será mayor a los ojos de Dios? ¿La que se devotó solamente a los hijos de su carne, o la que se consagró, por el espíritu, a los hijos de otras madres?

Aquella pregunta pareció despertarla a meditaciones más profundas. María se sintió amparada por una energía interior diferente, que hasta entonces había desconocido. La palabra de Jesús honraba su espíritu; la invitaba a ser madre de sus hermanos en humanidad, favoreciéndolos con los bienes supremos de las más elevadas virtudes de la vida. Experimentando radiante felicidad en su mundo interior, contempló al Mesías con los ojos llenos de lágrimas y en el éxtasis de su inmensa alegría, murmuró conmovida:

— ¡Señor, de aquí en adelante renunciaré a todos los placeres transitorios del mundo, para adquirir el amor celestial que me enseñaste!... Acogeré como hijas a mis hermanas en sufrimiento, buscaré a los infortunados para aliviarles las heridas del corazón, estaré con los parálíticos y los leprosos...

En ese instante, Simón Pedro pasó por el aposento, buscando su interior, y la observó con cierta extrañeza. La convertida de Magdala sintió su mirada glacial, casi denotando desprecio, y ya recelosa de perder un día la convivencia del Maestro, preguntó con interés:

— Señor, ¿cómo quedaremos cuando partas de este mundo?

Jesús comprendió el motivo y el alcance de su palabra y esclareció:

— Ciertamente que he de partir, pero estaremos reunidos eternamente en espíritu. En cuanto al futuro, con sus perspectivas infinitas, es necesario que cada uno tome su cruz, en busca de la puerta estrecha de la redención, colocando encima de todo la fidelidad a Dios y, en segundo lugar, la confianza perfecta en sí mismo.

Observando que María, aun oprimida por la extraña mirada de Simón Pedro, se

preparaba a regresar, el Maestro le sonrió con bondad y dijo:

— Anda, ¡María!... Sacrificate y ama siempre. Largo es el camino, difícil la jornada, estrecha la puerta; pero, la fe remueve los obstáculos... Nada temas: ¡solamente es necesario creer!

Más tarde, después de su gloriosa visión de Cristo resucitado, María de Magdala volvió de Jerusalén a Galilea, siguiendo los pasos de los queridos compañeros. El mensaje de la resurrección había extendido una alegría infinita. Después de algún tiempo, cuando los apóstoles y seguidores del Mesías buscaban revivir el pasado junto al Tiberiades, los discípulos directos del Señor abandonaron la región, a servicio de la Buena Nueva. Cuando se disponían los dos últimos compañeros a partir definitivamente a Jerusalén, María de Magdala, temiendo la soledad de la añoranza, rogó fervorosamente que le permitiesen acompañarlos a la ciudad de los profetas; no obstante, ambos, se negaron a consentir sus deseos. Temían su pasado de pecadora, no confiaban en su corazón de mujer. María comprendió, pero recordó al Maestro y se resignó.

Humilde y sola, resistió a todas las propuestas condenables que la solicitaban para una nueva caída de sentimientos. Sin recursos para vivir, trabajó por su mantenimiento, en Magdala y Dalmanuta. Fue fuerte en las horas más ásperas, alegre en los sufrimientos más escabrosos, fiel a Dios en los instantes oscuros y pungentes. De vez en cuando, iba a las sinagogas, deseosa de cultivar la lección de Jesús; pero las aldeas de Galilea estaban nuevamente subyugadas a la intransigencia del judaísmo. Ella comprendió que transitaba ahora el camino estrecho, donde iba sola, con su confianza en Jesús. A veces, lloraba de nostalgia, cuando paseaba en el silencio de la playa, recordando la presencia del Mesías. Las aves del lago, en el crepúsculo, se posaban, como antes, en las alcaparras más próximas; el horizonte ofrecía, como siempre, su banquete de luz. Ella contemplaba las mansas olas y les confiaba sus meditaciones.

Cierto día, un grupo de leprosos vino a Dalmanuta. Venían de Idumea aquellos infelices, cansados y tristes, en supremo abandono. Preguntaban por Jesús Nazareno, pero todas las puertas se les cerraban. María fue a ellos y, sintiéndose aislada, con amplio derecho de emplear su libertad, los reunió bajo los árboles de la playa y les transmitió la palabra de Jesús, llenando sus corazones de las claridades del Evangelio. No obstante, las autoridades locales, ordenaron la inmediata expulsión de los enfermos. La gran convertida notó tamaña alegría en el semblante de los infortunados, debida a sus fraternas revelaciones al respecto de las promesas del Señor, que se puso en marcha a Jerusalén, en su compañía. Todo el grupo pasó la noche al aire libre, pero sentían que los júbilos del Reino de Dios ahora los dominaba. Todos se interesaban por las descripciones de María, devorando sus exhortaciones, contagiados por su alegría y de su fe. Llegados a la ciudad, fueron conducidos al valle de los leprosos, que quedaba distante, donde Magdalena penetró con espontaneidad de corazón. Su espíritu recordaba las lecciones del Mesías y un coraje indefinible dominaba su alma.

De allí por delante, todas las tardes, la mensajera del Evangelio reunía al grupo de sus nuevos amigos y les predicaba las enseñanzas de Jesús. Rostros ulcerados se llenaban de alegría, ojos sombríos y tristes eran tocados por nueva luz. María les explicaba que Jesús había ejemplificado el bien hasta la muerte, enseñando que todos sus discípulos debían tener buen ánimo para vencer al mundo. Los agonizantes se arrastraban junto a ella y besaban su simple túnica. La hija de Magdala, recordando el amor del Maestro,

los tomaba en sus brazos fraternos y cariñosos.

En poco tiempo, su epidermis presentaba, igualmente, manchas violáceas y tristes. Ella comprendió su nueva situación y recordó la recomendación del Mesías de que solamente sabían vivir los que sabían inmolarse. Y sintió gran goce, por haber llevado a sus compañeros en el dolor una migaja de esperanza. Desde su llegada, en todo el valle se hablaba de aquel Reino de Dios que la criatura debía edificar en el propio corazón. Los moribundos esperaban la muerte con una dichosa sonrisa en los labios, los que la lepra deformaba o abatía guardaban buen ánimo en las fibras más sensibles.

Sintiéndose en el final de su meritoria tarea, María de Magdala deseó reencontrar antiguos afectos de su círculo personal, que se encontraban en Éfeso. Allí estaban Juan y María, además de otros compañeros de los júbilos cristianos. Adivinaba que sus últimos dolores terrestres estaban ya muy próximas; entonces, deliberó poner en práctica su humilde deseo. En las despedidas, sus compañeros de infortunio material venían a suplicarle los últimos consejos y recuerdos. Envolviéndolos en su cariño, la emisaria del Evangelio apenas les decía:

— ¡Jesús desea intensamente que nos amemos unos a los otros y que participemos de sus divinas esperanzas en la más extrema lealtad a Dios!...

Entre aquellos enfermos, los que aún se equilibraban por los caminos le traían el fruto de las escasas limosnas y los niños abandonados venían a besarle las manos. En la fortaleza de su fe, la ex-pecadora abandonó el valle, a través de ásperos caminos, alejándose de cabañas miserables. La peregrinación le fue difícil y angustiosa. Para satisfacer sus intentos recurrió a la caridad, sufrió penosas humillaciones, se sometió al sacrificio. Observando las postulantadas heridas que substituían su antigua belleza, se alegraba en reconocer que su espíritu no tenía motivos para lamentaciones. Jesús la esperaba y su alma era fiel. Realizada su aspiración, entre infinitas dificultades, María un día se encontró a las puertas de la ciudad; pero, un invencible abatimiento dominaba sus centros de fuerza física. En el justo momento de sus efusiones afectuosas, cuando el caserío de Éfeso se extendía a su vista, su cuerpo resquebrajado se negó a caminar. Modesta familia de cristianos del suburbio la recogió en una humilde tienda, caritativamente. Magdalena pudo aún volver a ver amistades bien queridas, conforme a sus deseos. Entretanto, por largos días de padecimientos se debatió entre la vida y la muerte.

Una noche, llegó al auge con los profundos dolores que sentía. Su alma estaba iluminada por blandos recuerdos y, no obstante, encontrarse sus ojos cerrados por los párpados entumecidos, veía con los ojos de la imaginación el lago querido, los compañeros de fe, el Maestro bien amado. Su espíritu parecía transponer las fronteras de la eternidad radiante. De minuto a minuto, se le escuchaba un gemido sordo, mientras sus hermanos de creencia rodeaban su lecho de dolor, con las oraciones sinceras de sus corazones amigos y desvelados. En cierto instante, se observó que su pecho no se expandía más.

María, entretanto, sentía consoladora sensación de alivio. Se sentía bajo los árboles de Cafarnaúm y esperaba al Mesías. Las aves cantaban en las ramas próximas y las olas susurrantes venían a besarle los pies. Fue cuando vio a Jesús aproximarse, más bello que nunca. Su mirada tenía el reflejo del cielo y en el semblante traía un júbilo

indefinible. El Maestro le extendió las manos y ella se postró, exclamando, como antiguamente:

— ¡Señor!

Jesús la recogió blandamente en los brazos y murmuró:

— ¡María, ya pasaste la puerta estrecha! ¡Amaste mucho! ¡Ven! ¡Yo te espero aquí!

LA LECCIÓN DE LA VIGILANCIA

Aproximándose el final de su paso por los caminos de la Tierra, reunió Jesús a los doce discípulos, con la finalidad de consolidar en sus corazones los santificados principios de su doctrina de redención.

En aquel crepúsculo de oro, por feliz coincidencia, todos se encontraban en Cesarea de Filipo, donde el paisaje maravilloso descansaba bajo las bendiciones del cielo. Jesús miró serenamente a los compañeros y, al cabo de larga conversación, en que les había hablado confidencialmente de los grandiosos servicios del futuro, preguntó con interés afectuoso:

— Y ¿qué dicen los hombres a mi respecto? ¿Habrán de algún modo comprendido la substancia de mis prédicas?...

Juan respondió que sus amigos lo tomaban como Elías, que regresaba al escenario del mundo después de haberse elevado al cielo en un carro de fuego; Simón, el Zelote, relató los pareceres de algunos habitantes de Tiberíades, que creían que el Maestro era el mismo Juan Bautista resucitado; Santiago, hijo de Cleofás, contó lo que había escuchado de los judíos en la Sinagoga, los cuales presumían en el Señor al profeta Jeremías. Jesús escuchó las observaciones con el cariño habitual e inquirió:

— ¿Los hombres se dividen en sus opiniones; pero, vosotros, que habéis comulgado conmigo todos los instantes, ¿quién decís que soy?

Cierta perplejidad sacudió a la pequeña asamblea: Simón Pedro, sin embargo, dejando percibir que estaba impulsado por una energía superior, exclamó, conmovidamente:

— Tú eres el Cristo, el Salvador, el Hijo de Dios Vivo.

— Bienaventurado eres tú, Simón — le dijo Jesús, envolviéndolo en una amorosa sonrisa —, porque no fue la carne que te reveló estas verdades, sino mi Padre que está en los cielos. En este momento, entregaste a Dios el corazón y hablaste por su voz. Bendito seas, pues comienzas a edificar en el espíritu la fuente de la fe viva. Sobre esa fe edificaré mi doctrina de paz y esperanza, porque contra ella jamás prevalecerán los desastrosos engaños del mundo.

Mientras Simón sonreía, confortado con lo que consideraba un triunfo espiritual, el Maestro prosiguió, esclareciendo a la comunidad sobre la revelación divina, en el santuario interior del espíritu del hombre, sobre cuya grandeza desconocida el Cristianismo asentaría sus bases en el futuro. En el mismo instante, preparando a los compañeros para los próximos acontecimientos, el Mesías continuó, diciendo:

— Amados, es importante que yo os esclarezca el corazón, con el fin de que las horas tormentosas que se aproximan no lleguen a confundir vuestro entendimiento. A través de la palabra de Simón, tuvisteis la claridad reveladora. Cumpliendo las profecías de la Escritura, soy aquel Pastor que viene a Israel con el propósito de reunir las ovejas perdidas del inmenso rebaño. Vengo a buscar los dracmas extraviados del tesoro de

Nuestro Padre. Y ¿cuál es el pastor que no da testimonio de su tarea al dueño del rebaño? Es pues, indispensable que yo sufra. No ha de tardar mucho el escándalo que me envolverá en sus sombrías redes. ¡Se hace necesario el cumplimiento de la palabra de los grandes instructores de la revelación de los cielos, que me precedieron en el camino!... Está escrito que yo padeceré y no escaparé al testimonio.

Haciendo pequeña pausa en su alocución, Felipe aprovechó para interrogar, emocionado:

— Maestro, ¿cómo puede ser eso, si sois el supremo modelo de la bondad? ¿El sufrimiento será, entonces, el premio a vuestras obras de amor y sacrificio?

Jesús, no obstante, sin traicionar la serenidad de sus sentimientos, respondió:

— Vine al mundo para el buen trabajo y no puedo tener otra voluntad, sino la que corresponda a los sabios designios de Aquel que me envió. Además de todo, mi acción se dirige a los que están esclavizados, en el cautiverio del sufrimiento, del pecado, de la expiación. Instituyendo en la Tierra la lucha perenne contra el mal, tengo que ofrecer el testimonio legítimo de mis esfuerzos. En la consideración de mis trabajos, necesitamos ponderar que las palabras de las enseñanzas solamente son justas cuando están selladas con la plena demostración de los valores íntimos. ¿Creéis que un náufrago pudiese sentir el consuelo de un compañero que se limitase apenas a dirigirle la voz amiga, desde la seguridad de la playa? Para salvarlo, será indispensable enseñarle el mejor camino para librarse de la vorágine destructora, nunca tan solo con exhortaciones, sino, zambulléndose igualmente en las olas, compartiendo los mismos peligros y sufrimientos. El fardo que sobrecarga los hombros de un amigo habrá siempre aumentado su peso, si nos ponemos a examinarlo, muchas veces guiados por observaciones inoportunas; él, entretanto, se volverá suave y leve para quien amamos, si lo tomamos con nuestro esfuerzo sincero, enseñándole cómo se puede atenuar su peso en las curvas del camino.

Los apóstoles se entreojaron, sorprendidos, y el Maestro continuó:

— No esperéis por triunfos, que no los tendremos sobre la Tierra de ahora. Nuestro reino aún no es, ni puede ser, de este mundo... Por esa razón, en breves días, no obstante mis aparentes victorias, entraré en Jerusalén para sufrir las más penosas humillaciones. ¡Los príncipes de los sacerdotes coronarán mi frente con suprema ironía; seré arrastrado por la turba como un simple ladrón! ¡Escupirán en mi rostro, me darán vinagre y amargura, cuando manifieste sed, para que se cumplan las Escrituras; experimentaré las angustias más dolorosas, pero sentiré, en todas las circunstancias, el amparo de Aquel que me envió!.. En los últimos y más difíciles testimonios, tendré mi espíritu vuelto hacia su amor y conquistaré con el sufrimiento la victoria sagrada, porque enseñaré a los menos fuertes el paso por la puerta estrecha de la redención, revelando a cada criatura que sufre lo que es necesario hacer, para atravesar las sendas del mundo, demandando las claridades eternas del plano espiritual.

El Maestro calló, conmovido. La pequeña asamblea dejaba translucir su sorpresa indefinible, sin comprender la amplitud de las advertencias divinas. Fue, entonces, que Simón Pedro, modificando la actitud mental del primer momento y dejando conducirse en el rastro de las concepciones falibles de su sentimiento de hombre, se aproximó al

Mesías y le dijo en particular:

— Maestro conviene que no exageréis vuestras palabras. No podemos creer que tendréis que sufrir semejantes martirios... ¿Dónde estaría Dios, entonces, con la justicia de los cielos? ¡Los hechos que nos dejáis entrever vendrían a demostrar que el Padre no es tan justo!...

— ¡Pedro, retira esas palabras! — exclamó Jesús, con enérgica serenidad. — ¿También quieres tentarme, como los adversarios del Evangelio? ¿Será que tú tampoco me entiendes, comprendiendo solamente las cosas de los hombres, lejos de las revelaciones de Dios? ¡Apártate de mí, pues en este instante hablas por el espíritu del mal!..

Verificando que el pescador se había emocionado hasta las lágrimas, el Maestro se preparó para la retirada y dijo a los compañeros:

— Si alguno quiere venir en pos de mí, renuncie a sí mismo, tome su cruz y sígame.

Al día siguiente, la pequeña comunidad iniciaba su camino, vivamente impresionada con las revelaciones de la víspera. Simón seguía humilde y cabizbajo. No conseguía comprender por qué motivo había sido Jesús tan severo con él. En verdad, había ponderado mejor sus irreflexivas expresiones reconociendo que el Maestro lo había perdonado, pues observaba que eran sinceras la sonrisa y la mirada compasiva que lo envolvían en una nueva alegría. Pero, sin poder serenar sus emociones, el viejo discípulo se aproximó nuevamente a Jesús e interrogó:

— Maestro: ¿por qué razón mandaste retirar las palabras con que os demostré mi celo de discípulo sincero? Algunos minutos antes, ¿no habíais afirmado que yo traía a los compañeros la inspiración de Dios? ¿Por qué motivo, poco después, me designasteis como intérprete de los enemigos de la luz?

— Simón — respondió el Mesías, bondadosamente —, aún no aprendisteis toda la extensión de la necesidad de vigilancia. La criatura en la Tierra necesita aprovechar todas las oportunidades de iluminación interior, en su marcha hacia Dios. ¡Vigila tu espíritu a lo largo del camino! ¡Basta un pensamiento de amor para que te eleves al cielo; pero, en la jornada del mundo, también basta, a veces, una palabra fútil o una consideración menos digna, para que el alma del hombre sea conducida al estacionamiento o a la desesperación de las tinieblas, por su propia imprevidencia! En este terreno, Pedro, el discípulo del Evangelio tendrá siempre inmenso trabajo que realizar, porque, por el Reino de Dios, es necesario resistir a las tentaciones de los seres más amados en la Tierra, los cuales, aunque ocupen nuestro corazón, aún no pueden entender las conquistas santificadas del cielo.

Acabando Cristo de hablar, Simón Pedro calló y se entregó a meditar.

LA MUJER Y LA RESURRECCIÓN

Las alegres aguas del Tiberíades se aquietaban, lentamente, como tocadas por una fuerza invisible de la Naturaleza, cuando la barca de Simón, conduciendo al Señor, llegó dulcemente a la playa. El viejo apóstol, abandonando los remos, dejaba notar en los trazos fisionómicos las contradictorias emociones de su alma, mientras Jesús lo observaba, adivinando sus más ocultos pensamientos.

— ¿Qué te sucede, Simón? — preguntó el Maestro, con su mirada penetrante y amiga.

Sorprendido con la palabra del Señor, el viejo Cefas hizo percibir, por un gesto, sus recelos y sus aprensiones, como si encontrase dificultad en olvidar totalmente la ley antigua, para penetrar en los umbrales de la nueva idea, en su ancho camino de amor, de luz y de esperanza.

— Maestro — respondió con timidez —, la ley que nos rige manda lapidar a la mujer que pervirtió su existencia.

Conociendo, anticipadamente, el pensamiento del pescador y observando sus escrúpulos en retirarle una leve advertencia, Jesús le respondió con blandura:

— Casi siempre, Simón, no es la mujer la que se pervierte a sí misma: es el hombre el que le destruye la vida.

— Entretanto — volvió el apóstol, respetuosamente —, nuestros legisladores siempre ordenaron severidad y rigor con las caídas. Observando nuestras costumbres, Señor, es que temo por vos, acogiendo tantas meretrices y mujeres de mala vida, en las predicaciones del Tiberíades...

— Nada temas por mí, Simón, porque yo vengo de mi Padre y no debo tener otra voluntad, a no ser la de cumplir sus designios sabios y misericordiosos.

Así se manifestó el Maestro, lleno de bondad, y, extendiendo la mirada compasiva sobre las aguas, levemente onduladas por el beso de los vientos del crepúsculo, continuó, en una mezcla de energía y dulzura:

— Pero, ¡escucha, Pedro! La antigua ley manda apedrear a la mujer que fue pervertida y desamparada por los hombres; entretanto, también determina que amemos a nuestros semejantes, como a nosotros mismos. Y mi enseñanza es el cumplimiento de la ley, por el amor más sublime sobre la Tierra. ¿Podríamos culpar a la fuente, cuando un animal ensucia sus aguas? De acuerdo con la ley, debemos amar a una y a otro, ya sea por la expresión de su ignorancia, o sea por la de sus sufrimientos. ¡Y el hombre es siempre débil y la mujer siempre sufridora!...

El viejo pescador recibía la exhortación con un nuevo brillo en los ojos, como si fuese tocado en las fibras más íntimas de su espíritu.

— Maestro — respondió, altamente sorprendido —, vuestra palabra es la revelación

divina, ¿Queréis entonces decir, que la mujer es superior al hombre, en su misión terrestre?

— Una y otro son iguales frente a Dios — esclareció Cristo, amorosamente — y las tareas de ambos se equilibran en el camino de la vida, complementándose perfectamente, para que exista, en todas las ocasiones, el más santo respeto mutuo. Todavía, necesitamos considerar, que la mujer recibió la sagrada misión de la vida. Habiendo avanzado más que su compañero en el camino del sentimiento, está, por eso, más cerca de Dios que, muchas veces, le toma el corazón por instrumento de sus mensajes, llenos de sabiduría y misericordia. En todas las realizaciones humanas, hay siempre el trazo de la ternura femenina, levantando obras imperecederas en la edificación de los espíritus. En la historia de los hombres, solamente quedan los nombres de los políticos, de los filósofos y de los generales; todos ellos son hijos de la gran heroína que pasa, en el silencio, desconocida de todos, muchas veces dilacerada en sus sentimientos más íntimos, o exterminada en los sacrificios más pungentes. Pero, también Dios, Simón, pasa ignorado en todas las realizaciones del progreso humano y nosotros sabemos que el ruido es propio de los hombres, mientras que el silencio es de Dios, síntesis de toda la verdad y de todo el amor. Por eso, las mujeres más desventuradas aún poseen en el corazón el germen divino, para la redención de la humanidad entera. Su sentimiento de ternura y humildad será, en todos los tiempos, la gran guía para la iluminación del mundo, porque, sin el tesoro del sentimiento, todas las obras de la razón humana pueden parecer como un castillo de falsos esplendores.

Simón Pedro escuchaba al Maestro, tomado de profundo deleite y santificado fervor de admiración.

— ¡Tenéis razón, Señor! — murmuró, entre humilde y satisfecho.

— Sí, Pedro, tenemos razón — replicó Jesús, con bondad. — Y será aún a la mujer a quien confiaremos la misión más sublime en la construcción evangélica dentro de los corazones, en el supremo esfuerzo de iluminar al mundo.

El apóstol del Tiberíades escuchaba las últimas palabras del Divino Maestro, tomado de sorpresas. Se conservó, no obstante, en silencio, ante la dulce sonrisa del Mesías. Muy distante, el último beso del Sol agregaba un reflejo dorado en la sábana móvil de las aguas que las claras corrientes del Jordán enriquecían. Simón Pedro, fatigado de las labores diarias, se preparó para descansar, con su alma iluminada por las nuevas revelaciones de la palabra del Señor, las cuales, llenas de luz y esperanza divinas, disipaban las oscuridades de la ley de Moisés.

Habían pasado dos días desde el doloroso drama del Calvario, en cuya cruz de indesignable martirio se sacrificó el Maestro, por el bien de todos los hombres. Penosa situación de duda reinaba dentro de la pequeña comunidad de los discípulos. Casi todos habían vacilado en la hora extrema. El frágil razonamiento del hombre luchaba por comprender la finalidad de aquel sacrificio. ¿No era Jesús el poderoso Hijo de Dios que habían consolado a los tristes, resucitado muertos, sanado enfermos de molestias incurables? ¿Por qué no conjuró la traición de Judas con sus fuerzas sobrenaturales? ¿Por qué se humilló así, sangrando de dolor, en las calles de Jerusalén, sometiéndose al ridículo y las burlas? Entonces, ¿el emisario del Padre Celestial debía ser crucificado entre dos ladrones?

Mientras estas cuestiones eran examinadas, de boca en boca, el recuerdo del Mesías quedaba relegado a un plano inferior, olvidado su ejemplo y la grandeza de sus enseñanzas. El barco de la fe no zozobró completamente, porque allí estaban las lágrimas del corazón materno, traspasado de amarguras. Sin embargo, el Mesías revivido, observaba la incomprensión de sus discípulos, como el pastor que contempla su rebaño desorientado. Deseaba hacer oír su divina palabra, dentro de los corazones atormentados; pero, sólo la fe ardiente y el ardiente amor consiguen vencer los abismos de sombra entre la Tierra y el Cielo. Y todos los compañeros se dejaban abatir por las ideas negativas.

Fue entonces, cuando, en la mañana del tercer día, la ex-pecadora de Magdala se acercó del sepulcro con perfumes y flores. Quería, aún otra vez, aromatizar aquellas manos inertes y frías; quería, una vez más, contemplar al Maestro adorado, para cubrirlo con el llanto de su amor purificado y ardiente. En su corazón estaba aquella fe radiante y pura que el Señor le enseñó y, sobretodo, aquella dedicación divina, con la que había podido renunciar a todas las pasiones que la seducían en el mundo. María Magdalena iba a la tumba con amor y sólo el amor puede realizar los supremos milagros.

Estupefacta, por no encontrar el cuerpo, ya se retiraba entristecida, para dar cuenta de lo verificado a los compañeros, cuando una voz cariñosa y suave exclamó blandamente a sus oídos:

— ¡María!

Ella pensó ser amonestada por el jardinero; pero, en breves instantes reconocía la conocida voz del Maestro que la contemplaba con su sonrisa inolvidable. Quiso echarse a sus pies, besarle las manos en un suave transporte de afectos, como hacía en las predicaciones del Tiberíades; pero, con un gesto de soberana ternura, Jesús la alejó, esclareciendo:

— ¡No me toques, pues aún no fui a mi Padre que está en los cielos!...

Instintivamente, Magdalena se arrodilló y recibió la mirada del Maestro, en un trasbordamiento de lágrimas de inmensa ventura. Era la promesa de Jesús que se cumplía. La realidad de la resurrección era la esencia divina, que daría eternidad al Cristianismo.

El mensaje de alegría resonó, entonces, en la comunidad entera. ¡Jesús había resucitado! El Evangelio era la verdad inmutable. En todos los corazones se encontraba una divina embriaguez de luz y júbilos celestiales. Se levantaba la fe, se renovaba el amor, moría la duda y se levantaba el ánimo de nuevo en todos los espíritus. En la amplitud de la vibración amorosa, otros ojos pudieron verlo y otros oídos escucharon su voz dulce y persuasiva, como en los días gloriosos de Jerusalén o de Cafarnaúm. Desde esa hora, la familia cristiana se movió en el mundo, para nunca más olvidar el ejemplo del Mesías.

La luz de la resurrección, a través de la fe y el amor ardiente de María Magdalena, había bañado de inmensa claridad el camino cristiano, para todos los siglos terrestres. Es por eso que todos los historiadores de los orígenes del Cristianismo paran de escribir, asombrados ante la fe profunda de los primeros discípulos que se dispersaron por el

desierto de las grandes ciudades para la predicación de la Buena Nueva, y, observando la serena confianza de todos los mártires que se han sacrificado en el rastro infinito del Tiempo por la idea de Jesús, preguntan espantados, como Ernest Renan, en una de sus obras:

— ¿Dónde está el sabio de la Tierra que ya dio al mundo tanta alegría como la cariñosa María de Magdala?

EL SIERVO BUENO

La condenación de las riquezas se afirmó en el espíritu de los discípulos, con profundas raíces, a tal punto que, en varias ocasiones, Jesús fue obligado a intervenir de forma a poner fin a contiendas injustificables. De vez en cuando, Tadeo parecía querer imponer a los asistentes a las predicaciones del lago, la entrega de todos los bienes a los necesitados; Felipe no dudaba en afirmar que nadie debía poseer más que una camisa, constituyendo una obligación dividir todo con los infortunados, privándose cada cual de lo indispensable a la vida.

— ¿Y cuándo el pobre nos surge solamente por las apariencias? — replicaba juiciosamente Leví. — Conozco hombres acomodados que lloran en la colecturía de Cafarnaúm, como miserables mendigos, apenas con la finalidad de eximirse de los impuestos. Sé de otros que extienden las manos a la caridad pública y son propietarios de tierras extensas. ¿Estaríamos edificando el Reino de Dios, si favoreciésemos la explotación?

— Todo eso es verdad — respondía Simón Pedro. — Entretanto, Dios nos inspirará siempre, en los momentos oportunos, y no es por esa razón que deberemos abandonar a los realmente desamparados.

Leví, sin embargo, no se daba por vencido y discutía:

— La necesidad sincera debe ser objeto incesante de nuestro cariñoso interés; pero, tratándose de los falsos mendigos, es necesario considerar que la palabra de Dios nos ha venido por el Maestro, que nunca se cansa de aconsejarnos vigilancia. Es imprescindible que no viciemos el sentimiento de piedad, al punto de perjudicar a nuestros hermanos en el camino de la vida.

El antiguo cobrador de impuestos exponía, así, su forma de ver; pero Felipe, sujetándose a la letra de las enseñanzas, replicaba con énfasis:

— Continuaré creyendo que es más fácil el paso de un camello por el ojo de una aguja que la entrada de un rico en el Reino de los Cielos.

Jesús no participaba de esas discusiones, pero sentía las dudas que permanecían en el corazón de los discípulos y, dejándolos entregarse a sus propios razonamientos, aguardaba oportunidad para un esclarecimiento general.

Pasaba el tiempo y las pequeñas controversias permanecían vivas. Sin embargo, llegó el día en que el Maestro se ausentaría de Galilea para el último viaje a Jerusalén. Su postrero viaje a Jericó, antes del suplicio, era esperado con inmensa curiosidad. Grandes multitudes se apiñaban en los caminos.

Un publicano acomodado, de nombre Zaqueo, conocía el renombre del Mesías y deseaba verlo. Jefe de prestigio en su ciudad, hombre rico y enérgico, Zaqueo era, no obstante, de pequeña estatura, tanto así que, buscando satisfacer su vivo deseo trató de acomodarse sobre un sicómoro, llevado por la ansiosa expectativa con que esperaba por

el paso de Jesús. Corazón inundado de curiosidad y de sensaciones alegres, el jefe publicano, al aproximarse el Mesías, admiró su porte noble y simple, sintiéndose magnetizado por su simpatía indefinible. Altamente sorprendido, verificó que el Maestro paró a su lado y le decía con acento íntimo:

— Zaqueo, baja de ese árbol, porque hoy necesito de tu hospitalidad y de tu compañía.

Sin que pudiese traducir lo que ocurría en su corazón, el publicano de Jericó bajó de su galería improvisada, poseído de inmenso júbilo. Se abrazó a Jesús con placer espontáneo y ordenó todo lo necesario para que el querido huésped y su comitiva fuesen recibidos en su casa con la mayor alegría. El Maestro dio el brazo al publicano y escuchaba, atento, sus observaciones más insignificantes con gran escándalo de la mayoría de los discípulos.

— "¿No se trataba de un rico que debía ser condenado?" — Se preguntaba Felipe a sí mismo. Y Simón Pedro reflexionaba íntimamente: — "¿Cómo justificar todo esto, si Zaqueo es un hombre de dinero y pecador frente a la ley?"

Pero después de breves instantes, toda la comitiva penetraba en la residencia del publicano, que no ocultaba su gran alegría. Jesús había conquistado sus atenciones, tocándole las fibras más íntimas del Espíritu, con su presencia generosa. Se trataba de un huésped bien amado, que permanecería eternamente en su corazón. Se aproximaba el crepúsculo, cuando Zaqueo mandó ofrecer una leve comida a todo el pueblo, en señal de alegría, sentándose con Jesús y sus discípulos bajo un vasto patio cubierto. La palabra versaba sobre la nueva doctrina y, sabiendo que el Maestro no perdía oportunidad de condenar las riquezas criminales del mundo, el publicano esclarecía, con toda la sinceridad de su alma:

— Señor, es verdad que he sido visto como un hombre de vida reprobable; pero, desde hace muchos años, he venido empleando el dinero de forma que represente beneficios para todos los que me rodean en la vida. Comprendiendo que aquí en Jericó había muchos padres de familia sin trabajo, organicé múltiples servicios de crianza de animales y de permanente cultivo de la tierra. ¡Hasta de Jerusalén, muchas familias ya vinieron a buscar en mis trabajos, los indispensables recursos para la vida!...

— ¡Bendito sea tu esfuerzo! — replicó Jesús, lleno de bondad.

Zaqueo recibió nuevas fuerzas y murmuró:

— Los siervos de mi casa nunca me encontraron sin la sincera disposición de servirles.

— Me regocijo contigo — exclamó el Mesías —, porque todos nosotros somos siervos de Nuestro Padre.

El publicano, que tantas veces había sido injustamente acusado, sintió gran satisfacción. La palabra de Jesús era una valiosa recompensa a su conciencia dedicada al bien colectivo. Extasiado, se levantó y extendiendo a Cristo las manos, exclamó alegremente:

— ¡Señor! ¡Señor! ¡Tan profunda es mi alegría, que repartiré hoy, con todos los necesitados, la mitad de mis bienes, y, si en algo he perjudicado a alguien, lo

indemnizaré cuadruplicadamente!

Jesús lo abrazó con una hermosa sonrisa y respondió:

— Bienaventurado eres tú que ahora contemplas en tu casa la verdadera salvación.

Algunos de los discípulos, especialmente Felipe y Simón, no conseguían ocultar sus deducciones desagradables. Más o menos aferrados a las leyes judaicas y entendiendo solamente el sentido literal de las lecciones del Mesías, extrañaban aquella amabilidad de Jesús, aprobando los actos de un rico del mundo, confesadamente publicano y pecador. Y como el dueño de la casa se ausentó de la reunión por algunos minutos, con el propósito de providenciar la venida de sus hijos para que conocieran al Mesías, Pedro y otros iniciaron una lluvia de pequeñas preguntas: ¿Por qué tan gran aprobación a un rico mezquino? ¿Las riquezas, no eran condenadas por el Evangelio del Reino? ¿Por qué no se hospedaban en una casa humilde y, sí, en aquella vivienda suntuosa, en contraposición a las enseñanzas de la humildad? ¿Podría alguien servir a Dios y al mundo pecador?

El Maestro dejó que finalizasen las interrogaciones y esclareció con generosa firmeza:

— Amigos, por acaso ¿creéis, que el Evangelio ha venido al mundo para transformar a todos los hombres en miserables mendigos? ¿Cuál es la mayor limosna: la que socorre las necesidades de un día o la que adopta providencias para una vida entera? En el mundo viven los que atesoran en la Tierra y los que atesoran en el Cielo. Los primeros esconden sus posibilidades en el cofre de la ambición y del egoísmo, tirando, a veces, doradas monedas al hambriento que pasa, tratando de librarse de su presencia; los segundos unen sus existencias a numerosas vidas, haciendo de sus siervos y de los ayudantes de esfuerzos la continuación de su propia familia. Estos últimos saben emplear el sagrado depósito de Dios y son sus fieles mayordomos, frente al mundo.

Los apóstoles lo escuchaban, espantados. Felipe, deseoso de justificarse, después de la incisiva argumentación de Cristo, exclamó:

— Señor, yo no lo comprendía bien, porque había fijado mi pensamiento en los pobres que vuestra bondad nos enseñó a amar.

— Entretanto, Felipe — elucidó el Maestro —, es necesario que no nos perdamos en vicios del sentimiento. ¿Nunca escuchaste hablar de una tierra pobre, de un árbol pobre, de animales desamparados? Y encima de todo, en esos cuadros de la naturaleza que Zaqueo trata de atender, ¿no ves al hombre, nuestro hermano? ¿Quién será el más infeliz; el mendigo sin responsabilidad, a no ser las de su propio mantenimiento, o un padre cargado de hijitos que le piden pan?

Como Andrés lo observaba, con gran brillo en los ojos, maravillado con sus explicaciones, el Maestro acentuó:

— ¡Sí amigos! ¡Dichosos los que reparten sus bienes con los pobres; pero, bienaventurados también los que consagren sus posibilidades a los movimientos de la vida, seguros de que el mundo es un gran necesitado, y que así saben, servir a Dios con las riquezas que les fueron confiadas!

En seguida, Zaqueo mandó servir una gran mesa al Señor y a los discípulos, donde Jesús partió el pan, participando de la alegría general. Impulsado por un júbilo sereno, el jefe publicano de Jericó presentó sus hijos a Jesús y mandó que sus siervos festejasen aquella noche memorable para su corazón.

En los amplios espacios de la casa, niños y viejos felices cantaron himnos de acariciantes venturas, mientras jóvenes en gran número tocaban flautas, llenando de armonías el ambiente. Fue entonces que Jesús, con todos reunidos, contó la hermosa parábola de los talentos, de acuerdo a la narración de los apóstoles, y fue también que, posando tierna y generosa mirada sobre la figura de Zaqueo, sus divinos labios pronunciaron las inmortales palabras:

— "¡Bienaventurado seas tú, siervo bueno y fiel!"

LA ILUSIÓN DEL DISCÍPULO

Jesús había llegado a Jerusalén bajo una lluvia de flores. En la tarde, después de la consagración popular, caminaban Santiago y Judas, lado a lado, por un antiguo camino, plantado de oliveras, que conducía a las alegres casitas de Betania.

Judas Iscariote dejaba notar en su semblante inquietud íntima, mientras que la serena mirada del hijo de Zebedeo fulguraba la luz suave y blanda que consuela el corazón de las almas creyentes.

— Santiago — exclamó Judas, entre ansioso y atormentado —, ¿no crees que el Maestro es demasiado simple y bueno para quebrar el yugo tiránico que pesa sobre Israel, aboliendo la esclavitud que oprime al pueblo electo de Dios?

— Pero, — replicó el interpelado — ¿podrás admitir en el Maestro las disposiciones destructoras de un guerrero del mundo?

— No tanto así. No obstante, tengo la impresión de que el Mesías no aprovecha las oportunidades. Aún hoy, mi atención fue reclamada por doctores de la ley que me hicieron sentir la inutilidad de las predicaciones evangélicas, siempre llevadas a las personas más ignorantes y desclasificadas. ¡Hombre! Las reivindicaciones de nuestro pueblo exigen un conductor enérgico y altivo.

— ¡Israel — respondió el hijo de Zebedeo, con serena mirada — siempre tuvo orientadores revolucionarios; el Mesías, sin embargo, viene a efectuar la verdadera revolución, edificando su reino sobre los corazones y las almas!...

Judas sonrió, algo irónico, y acrecentó:

— Pero, ¿podremos esperar renovaciones, sin conseguir el interés y la atención de los hombres poderosos?

— ¿Y quién será más poderoso que Dios, de quien el Maestro es el enviado divino?

Frente a esa invocación, Judas se mordió los labios, pero continuó:

— No estoy de acuerdo con los principios de la inacción y creo que el Evangelio solamente podrá vencer con el amparo de los preceptores de César o de las autoridades administrativas de Jerusalén que gobiernan nuestro destino. Acompañando al Maestro en sus predicaciones en Cesárea, en Sebaste, en Corazín y Bethsaida, en sus ausencias de Cafarnaúm, jamás lo vi interesado en conquistar la atención de los hombres más altamente colocados en la vida. Es cierto que de sus divinos labios siempre brotaron la verdad y el amor, por todas partes; pero sólo observé leprosos y ciegos, pobres e ignorantes, aproximándose a nuestra fuente.

— Pero, Jesús ya nos esclareció — objetó Santiago con blandura — que su reino no es de este mundo.

Imprimiendo a los inquietos ojos un extraño fulgor, el discípulo impaciente respondió con energía:

— Hoy vimos el pueblo de Jerusalén alfombrar el camino del Señor con las palmas de su admiración y de su cariño; sin embargo, necesitamos imponer la figura del Maestro a las autoridades de la Corte Providencial y del Templo, de forma que aprovechemos esta onda de simpatía. Noté que Jesús recibía los homenajes populares sin participar del febril entusiasmo de todos los que lo cercaban, razón por la que tenemos que multiplicar esfuerzos, en su lugar, para que nuestra posición de superioridad sea reconocida en tiempo oportuno.

— Entretanto, recuerdo que el Maestro nos aseguró, en cierta ocasión, que el mayor en la comunidad será siempre aquél que se haga el menor de todos.

— No podemos tomar en cuenta esos excesos de teoría. Hoy, que voy a ser interrogado por amigos influyentes en la política de Jerusalén, haré lo posible por establecer pactos con los altos funcionarios y hombres importantes, para que imprimamos nuevo movimiento a las ideas del Mesías.

— ¡Judas! ¡Judas!. — Observó el hermano de apostolado, con dulce vehemencia — ¡cuidado con lo que haces! Te ayudas de los poderes transitorios del mundo, sin un motivo que justifique ese recurso, ¿no será falta de respeto a la autoridad de Jesús? ¿No tendrá el Maestro suficiente visión para explorar y reconocer los corazones? El hábito de los sacerdotes y la toga de los dignatarios romanos son ropajes para la Tierra... ¡Las ideas del Maestro son del Cielo y sería sacrilegio mezclar su pureza con las viciadas organizaciones del mundo!... ¡Además de todo, no podemos ser más sabios, ni más amorosos que Jesús y Él sabe el mejor camino y la mejor oportunidad para la conversión de los hombres!... Las conquistas del mundo están llenas de celadas para el espíritu y, entre ellas, es posible que nos transformemos en órgano de escándalo para la verdad que el Maestro representa.

Judas silenció, afligido. En el firmamento, los últimos rayos del Sol se reflejaban en las nubes distantes, mientras los dos discípulos tomaban rumbos diferentes. Pero a pesar de las cariñosas exhortaciones de Santiago, Judas Iscariote pasó la noche poseído de angustiosas inquietudes. ¿No sería mejor adelantar el triunfo mundano del Cristianismo? ¿Israel no esperaba por un Mesías que controlase en las manos todos los poderes?

Valiéndose de la doctrina del Maestro, podría tomar para sí las bridas del movimiento renovador, mientras Jesús, en su bondad y simplicidad, permanecería entre todos, como un símbolo vivo de la nueva idea. Recordando sus primeras conversaciones con las autoridades del Sanedrín, meditaba en la ejecución de sus sombríos designios.

La madrugada lo encontró decidido, en la embriaguez de sus ilusos sueños. Entregaría al Maestro a los hombres del poder, en cambio de su nominación oficial para dirigir las actividades de sus compañeros. Tendría autoridad y privilegios políticos. Satisfaría sus ambiciones, aparentemente justas, con el fin de organizar la victoria cristiana en el seno de su pueblo. Después de llegar al alto cargo que deseaba, libertaría a Jesús y dirigiría sus dones espirituales, de forma a utilizarlo para la conversión de sus amigos y protectores de prestigio. Bajo su punto de vista, el Maestro era demasiado humilde y

generoso para vencer solo entre la maldad y la violencia.

Al amanecer, el discípulo imprevisor demandó el centro de la ciudad y, después de horas, era recibido por el Sanedrín, donde le fueron hipotecadas las más brillantes promesas. A pesar de satisfecho con su mezquina gratificación y desvariado en su espíritu ambicioso, Judas amaba al Mesías y esperaba ansiosamente el instante del triunfo para darle la alegría de la victoria cristiana, a través de las maniobras políticas del mundo.

El premio de la vanidad, sin embargo, esperaba a su desmedida ambición. Humillado y burlado, su bien amado Maestro fue conducido a la cruz de la ignominia, bajo desprecios y flagelaciones. De aquellos labios, que habían enseñado la verdad y el bien, la simplicidad y el amor, no llegó a escaparse una queja. Martirizado en su camino de angustias, el Mesías sólo tuvo el perdón máximo para sus verdugos.

Observando los acontecimientos, que contrariaban sus más íntimas suposiciones, Judas Iscariote se dirigió a Caifás, reclamando el cumplimiento de sus promesas. Pero, los sacerdotes, escuchando sus atrasadas palabras, sonrieron con sarcasmo. Inútilmente recurrió a sus prestigiosas relaciones de amistad: tuvo que reconocer la falibilidad de las promesas humanas. Atormentado y afligido, buscó a los compañeros de fe. Los encontró vencidos y humillados; le pareció, sin embargo, descubrir en cada mirada la misma reprobación silenciosa y dolorosa. Ya había pasado la sexta hora, en que el Maestro había expirado en la cruz, implorando perdón para sus verdugos.

De lejos, Judas contempló todas las escenas angustiosas y humillantes del Calvario. Atroz remordimiento punzaba su conciencia dilacerada. Ardientes lágrimas corrían de sus ojos tristes y entorpecidos. No obstante la vanidad que lo perdió, él amaba intensamente al Mesías. En breves instantes, el cielo de la ciudad impiadosa se cubrió de nubes oscuras y borrascosas. El mal discípulo, con un océano de dolor en la conciencia, peregrinó alrededor del maldito caserío, fraguando el deseo de desertar del mundo, en una suprema traición a los compromisos más sagrados de su vida. Pero, antes de ejecutar sus tenebrosos planes, junto a la siniestra higuera, escuchaba la voz amarga de su tremendo remordimiento.

Terribles relámpagos rasgaban el firmamento; violentos truenos parecían lanzar sobre la tierra criminal la maldición del cielo despreciado y olvidado. Pero, sobre todas las confusas voces de la Naturaleza, el discípulo infeliz escuchaba la voz del Maestro, consoladora e inolvidable, penetrándole los rincones más íntimos del alma:

— " ¡Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida! ¡Nadie puede ir al Padre, sino a través de mí!..."

NOTA DE LA EDITORA (Federación Espirita Brasileira) — Sobre Judas hay, en "Crónicas de Além-Túmulo" del mismo autor, una bellísima crónica.

LA ÚLTIMA CENA

Reunidos los discípulos en compañía de Jesús, en el primer día de las fiestas de Pascua, el Maestro, como en otras ocasiones, partió el pan con la habitual ternura. Su mirada, con todo, aunque no traicionaba su serenidad acostumbrada, presentaba misterioso fulgor, como si su alma, en aquel instante, vibrase aún más con los altos planos de lo invisible.

Los compañeros comentaban con simplicidad y alegría los sentimientos del pueblo, mientras el Maestro meditaba, silencioso. En cierto instante, habiendo ocurrido larga pausa entre los amigos conversadores, el Mesías acentuó con firmeza impresionante:

— Amados: es llegada la hora en que se cumplirá la profecía de la Escritura. Humillado y herido, tendré que enseñar en Jerusalén la necesidad del sacrificio propio, para que no triunfe apenas una especie de victoria, tan pasajera como las edificaciones del egoísmo o del orgullo humanos. Los hombres han aplaudido, en todos los tiempos, las tribunas doradas, las retumbantes marchas de los ejércitos que se glorificaron con despojos sangrientos, los grandes ambiciosos que a la fuerza dominaron el espíritu inquieto de las multitudes; entretanto yo vine de mi Padre para enseñar como triunfan los que caen en el mundo, cumpliendo un deber sagrado de amor, como mensajeros de un mundo mejor, en donde reinan el bien y la verdad. Mi victoria es la de los que saben ser derrotados entre los hombres, para triunfar con Dios, en la construcción divina de sus obras, inmolándose, con alegría, para la gloria de una vida mayor.

Ante la expresa resolución de aquellas firmes palabras, los compañeros se entrojearon, ansiosos.

El Mesías continuó:

— ¡No os perturbéis con mis afirmaciones, porque, en verdad, uno de vosotros me traicionará!... Las manos, que yo acaricié, se vuelven ahora contra mí. Pero mi alma está lista para la ejecución de los designios de mi Padre.

La pequeña asamblea se tornó lívida. Con excepción de Judas, que ya había entablado negociaciones particulares con los doctores del Templo, faltando apenas el acto del beso, para que ocurriese su defección, nadie contaba con las amargas palabras del Mesías. Penosa sensación de malestar se estableció entre todos. El hijo de Iscariote hacía lo posible para disimular sus dolorosas impresiones, cuando los compañeros se dirigieron a Cristo con angustiosas preguntas:

— ¿Quién será el traidor? — dijo Felipe, con extraño brillo en los ojos.

— ¿Seré yo? — indagó ingenuamente Andrés.

— Pero, al final — objetó Santiago, hijo de Alfeo, en voz alta —, ¿dónde está Dios que no conjura semejante peligro?

Jesús, que se había mantenido en silencio ante las primeras interrogaciones, levantó la

mirada hacia el hijo de Cleofás y advirtió:

— Santiago, haz callar la voz de tu poca confianza en la sabiduría que rige nuestros destinos. Una de las mayores virtudes del discípulo del Evangelio es la de estar siempre listo al llamado de la Divina Providencia. No importa dónde y cómo sea el testimonio de nuestra fe. Lo esencial es que revelemos nuestra unión con Dios, en todas las circunstancias. Es indispensable que no olvidemos nuestra condición de siervos de Dios, para que atendamos bien su llamada, en las horas de tranquilidad o de sufrimiento.

En ese momento, habiendo callado nuevamente el Mesías, Juan intervino, preguntando:

— Señor, comprendo vuestra exhortación y ruego al Padre la necesaria fortaleza de ánimo; pero, ¿por qué motivo será justamente uno de vuestros discípulos el traidor de vuestra causa? Ya nos enseñaste que, para eliminar del mundo los escándalos, otros escándalos se hacen necesarios; a pesar de todo, aún no he podido atinar con la razón de un posible traidor en nuestro propio colegio de edificación y de amistad.

Jesús posó en su interlocutor los ojos serenos y acentuó:

— En verdad, me cumple afirmar que no me será posible deciros todo ahora; entretanto, más tarde enviaré el Consolador, que os esclarecerá en mí nombre, como ahora os hablo en nombre de mi Padre.

Y, deteniéndose un poco a reflexionar, continuó en particular para el discípulo:

— Escucha, Juan: los designios de Dios, si son impenetrables, también son invariablemente justos y sabios. El escándalo aparecerá en nuestro propio círculo bien amado, pero servirá de lección a todos aquellos que vengan después de nuestros pasos, en el divino servicio del Evangelio. Ellos comprenderán que para llegar a la puerta estrecha de la renuncia redentora han de encontrar, muchas veces, el abandono, la ingratitud y la incompreensión de sus seres más queridos. Esto revelará la necesidad de que cada cual se afirme en su camino para Dios, por más espinoso y sombrío que éste sea.

El apóstol se impresionó vivamente con las últimas palabras del Maestro y pasó a meditar sobre sus enseñanzas.

Las sensaciones de extrañeza permanecían en toda la asamblea. Jesús, entonces, se levantó y, ofreciendo a cada compañero un pedazo de pan, exclamó:

— ¡Tomad y comed! Este es mi cuerpo.

En seguida, sirviendo a todos con una pequeña jarra de vino, acrecentó:

— ¡Bebed! Porque esta es mi sangre, dentro del Nuevo Testamento, que confirma las verdades de Dios.

Los discípulos acogieron su suave recomendación, naturalmente sorprendidos, y Simón Pedro, sin disimular su incompreensión del simbolismo, interrogó:

— ¿Maestro, qué viene a ser eso?

— Amados — dijo Jesús, con emoción —, muy próximo está nuestro último instante de trabajo en conjunto y quiero reiteraros mis recomendaciones de amor, efectuadas desde el primer día del apostolado. Este pan significa el banquete del Evangelio; este vino es la señal del espíritu renovador de mis enseñanzas. Constituirán el símbolo de nuestra comunión perenne, en el sagrado idealismo del amor, con que trabajaremos en el mundo hasta el último día. Todos los que participen con nosotros, a través del tiempo, de ese pan eterno y de ese vino sagrado del alma, tendrán el espíritu fecundado por la gloriosa luz del Reino de Dios, que representa el santo objetivo de nuestros destinos.

Ponderando sobre la intensidad del esfuerzo a ser empleado y aludiendo a las multitudes espirituales que se conservan bajo su amorosa dirección, fuera de los círculos de la carne, en las esferas más próximas de la Tierra, Cristo acrecentó:

— ¡Inmenso es el trabajo de la redención, inclusive porque tengo otras ovejas que no son de este rebaño; pero el Reino nos espera con su eternidad luminosa!...

Altamente sensibilizados por su solemnes exhortaciones y sin embargo, maravillados aún más con las promesas de aquel reinado venturoso y sin fin, que aún no podían comprender claramente, la mayoría de los discípulos comenzó a discutir sobre las aspiraciones y conquistas del futuro.

Mientras Jesús se entretenía con Juan, en observaciones afectuosas, los hijos de Alfeo examinaban con Santiago las posibles realizaciones de los tiempos venideros, anticipando opiniones sobre cuál de los compañeros podría ser el mayor de todos, cuando llegase el Reino con sus grandiosidades inauditas. Felipe afirmaba a Simón Pedro que, después del triunfo, todos debían entrar en Nazaret para revelar a los doctores y a los ricos la ciudad su superioridad espiritual.

Levi se dirigía a Tomás y le hacía sentir que, verificada la victoria, era obligatorio que marchasen hacia el Templo ilustre, donde exhibirían sus supremos poderes. Tadeo esclarecía que su intención era dominar a los más fuertes e impenitentes del mundo, para que aceptasen, de cualquier forma, la lección de Jesús.

El Maestro interrumpió su diálogo íntimo con Juan, observándolos: las discusiones progresaban con acérrimo. Las palabras "mayor de todos" sonaban insistentemente a sus oídos. Parecía que los componentes del sagrado colegio estaban en la víspera de la división de una conquista material y, como los triunfadores del mundo, cada uno deseaba la mayor parte de la presa. Con excepción de Judas, que se cerraba en su silencio sombrío, casi todos discutían con vehemencia. Sintiendo su incompreensión, el Maestro parecía contemplarlos con entristecida piedad.

En ese instante, los apóstoles observaron que él se levantaba. Con espanto de todos, se quitó su simple túnica y se amarró con una toalla alrededor de los riñones, a la manera de los esclavos más íntimos, a servicio de sus señores. Y como si fuesen dispensables las palabras, en aquella hora decisiva de ejemplificación, cogió un recipiente de agua perfumada y, arrodillándose, comenzó a lavar los pies de los discípulos. Ante la protesta general frente a ese acto de suprema humildad, Jesús repitió su inmortal enseñanza:

— Vosotros me llamáis Maestro y Señor y decís bien, porque lo soy. Si yo, Señor y Maestro, os lavo los pies, debéis igualmente lavaros los pies los unos a los otros en el camino de la vida, porque en el Reino del Bien y de la Verdad el mayor será siempre aquel que se hizo sinceramente el menor de todos.

LA NEGACIÓN DE PEDRO

El hecho de que el Mesías lavara los pies de sus discípulos, encontró cierta incompreensión de parte de Simón Pedro. El viejo pescador no estaba de acuerdo con semejante acto de extrema sumisión. Y, llegado su turno, objetó resuelto:

— Nunca me lavaréis los pies, Maestro; mis compañeros están siendo ingratos y duros en este instante, dejando que practiquéis este gesto, como si fueseis un vulgar esclavo.

Después de estas palabras, lanzó a la asamblea una mirada de reprobación y desprecio, mientras Jesús le respondía:

— Simón, no quieras ser mejor que tus hermanos de apostolado, en ninguna circunstancia de la vida. En verdad, te aseguro que, sin mi ayuda, no participarás con mi espíritu de las alegrías supremas de la redención.

El antiguo pescador de Cafarnaúm se tranquilizó un poco, haciendo callar la voz de su generosidad casi infantil. Terminada la lección y retomando su lugar en la mesa, el Maestro parecía meditar profundamente. Luego después, dando a entender que su visión espiritual analizaba los acontecimientos del futuro, sentenció:

— ¡Se aproxima la hora de mi testimonio final! Por anticipación, sé que todos vosotros os encontraréis dispersos en ese supremo instante. Sin embargo, es natural, porque aún no estáis preparados sino para aprender. Pero, antes de que yo parta, deseo dejaros un nuevo mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado; que seáis conocidos como discípulos míos, no por la superioridad en el mundo, por la demostración de poderes espirituales, o por las vestiduras que usáis en la vida, sino por la revelación del amor con que os amo, por la humildad que deberá coronar vuestras almas, por la buena disposición en el sacrificio propio.

Viendo que Jesús repetía una vez más aquellas recomendaciones de despedida, Pedro, dando expansión a su temperamento inquieto, se adelantó, indagando:

— Al final, Señor ¿para dónde vais?

El Maestro le dirigió una mirada serena, haciéndole sentir el interés que le causaba su curiosidad y respondió:

— Aún no te encuentras preparado para seguirme. El testimonio es de sacrificio y de extrema abnegación y solamente más tarde entrarás en posesión de la fortaleza indispensable.

Simón, no obstante, deseando probar por palabras a los compañeros el valor de su dedicación, acrecentó, con cierto énfasis y a propósito de imponerse a la confianza del Mesías:

— ¿No puedo seguiros? Acaso, Maestro, ¿podéis dudar de mi coraje? Entonces, ¿no soy

un hombre? Por vos daré mi propia vida.

Cristo sonrió y ponderó:

— Pedro tu inquietud se hace acreedora de nuevas enseñanzas. La experiencia te enseñará mejores conclusiones, porque, en verdad, te digo que esta noche el gallo no cantará sin que me hayas negado tres veces.

— Entonces, ¿me juzgáis un espíritu malo y endurecido hasta ese punto? — indagó el pescador, sintiéndose ofendido.

— No, Pedro — adelantó el Maestro, con dulzura —, no te supongo ingrato o indiferente a mi enseñanzas. Pero vas a aprender, aún hoy, que el hombre del mundo es más frágil que perverso.

Pedro no quiso creer en las afirmaciones del Mesías y así que se verificó su prisión, con la suposición de demostrar su intrepidez y buena disposición para la defensa del Evangelio del Reino, atacó con la espada a uno de los siervos del sumo sacerdote de Jerusalén, compeliendo al Maestro a más severas observaciones. Conforme a las afirmaciones de Jesús, el colegio de los apóstoles se dispersó en aquel momento de resoluciones supremas. La humildad con que Cristo se entregaba desilusionaba a algunos de ellos, que no podían comprender la trascendencia de aquel Reino de Dios, sublimado y distante.

Pedro y Juan, observando que la detención del Maestro por los emisarios del Templo era hecho consumado, combinaron, entre sí, acompañar, de lejos, al grupo que se alejaba, conduciendo al Mesías. Inútilmente, buscaron a los demás compañeros que, recelosos de la persecución, habían desbandado. Ambos, no obstante, deseaban prestar a Jesús la ayuda necesaria. ¿Quién sabe si podrían encontrar un recurso para salvarlo? Era necesario cerciorarse de todos los hechos. Recurrirían a sus humildes relaciones en Jerusalén, en favor del querido Maestro. Comprendían la extensión del peligro y las amenazas que se les presentaban por delante. De instante a instante, eran sorprendidos por hombres del pueblo que, en conversaciones de camino, acusaban a Jesús de hechicero y hereje.

La noche había caído sobre la ciudad. Los dos discípulos observaron que la expedición de siervos y soldados llegaba a la residencia de Caifás, en donde Cristo fue recogido en una celda húmeda, cuyas graderías daban a un patio extenso. El prisionero fue prendido, entre burlas e insultos. Al reducido grupo se unía ahora la masa popular, entonces en plena alegría festiva, por las conmemoraciones de la Pascua. El amplio patio fue invadido por un aluvión de personas contentas.

Pedro y Juan comprendieron que las autoridades del Templo imprimían carácter popular al movimiento de persecución al Mesías, vengándose así de su victoriosa entrada triunfal en Jerusalén, como una nueva esperanza para el corazón de los desalentados y oprimidos. Después de ligero acuerdo, el hijo de Zebedeo volvió a Betania, con el fin de colocar a la madre de Jesús al corriente de los hechos, mientras Pedro se unía a la aglomeración, de forma que pudiese observar en que podría ser útil al Mesías.

El ambiente ya estaba preparado por el farisaísmo para los tristes acontecimientos del

día inmediato. En todos los grupos se hablaba de Cristo como de un traidor o revolucionario vulgar. Algunos comentaristas más exaltados lo denunciaban como ladrón. Se ridiculizaban sus enseñanzas, se hacían burlas de sus ejemplos y no faltaban los que decían, en alta voz, que el Profeta Nazareno había llegado a la ciudad dirigiendo un bando de asaltantes.

El viejo pescador de Cafarnaúm sintió la hostilidad con que tendría que luchar, para socorrer al Mesías, y experimentó un frío angustioso en el corazón. Su resolución parecía vencida. El alma ansiosa se dejaba dominar por dudas y aflicciones. Comenzó a pensar en sus familiares, en sus necesidades comunes, en las convenciones de Jerusalén, que él no podría enfrentar sin pesadas penas. Con el cerebro hirviendo en expectativas y reflexiones de defensa propia, penetró en el extenso patio, donde la multitud era densa. Poco después, una de las siervas de la casa se aproximó a él y exclamó, sorprendida:

— ¿No eres tú uno de los compañeros de este hombre? — mostrando la celda en que Jesús se hallaba encarcelado.

El pescador reflexionó un momento y, reconociendo que el instante era decisivo, respondió, disimulando la propia emoción:

— Estás engañada. No lo soy.

El apóstol ponderó aquella primera negación y consideró que semejante procedimiento, a sus ojos, era el más razonable, ya que debía emplear todas las posibilidades a su alcance, en favor de Jesús. Fingiendo despreocupación, el hermano de Andrés se dirigió a una pequeña aglomeración de gentes del pueblo, donde cada uno intentaba escapar al intenso frío de la noche, calentándose junto a una fogata. Nuevamente uno de los presentes, reconociéndolo, lo interpeló en estos términos:

— Entonces, ¿viniste a socorrer a tu Maestro?

— ¿Qué Maestro? — preguntó el pescador de Cafarnaúm, entre receloso y asustado. — Nunca fui discípulo de ese hombre.

Dada esa explicación, todo el grupo se sintió a voluntad para comentar la situación del prisionero. Largas horas pasaron para Simón Pedro, cuyo corazón estaba en duelo con su propia conciencia, en aquellos instantes penosos en que fue llamado al testimonio. La noche ya iba adelantada, cuando algunos servidores vinieron a servir tazas de vino. Uno de ellos, encarando al discípulo con cierto espanto, exclamó súbitamente:

— ¡Este es!.. ¡Es el mismo discípulo que nos atacó con la espada, entre los árboles del huerto!..

Simón, pálido, se levantó y protestó:

— ¡Estás engañado, amigo! ¡Mira que eso no ha sido posible!..

Luego que pronunció su última negativa, los gallos de la vecindad cantaron con altas voces, anunciando la madrugada. Pedro recordó las palabras del Maestro y se sintió perturbado por angustia infinita. Se levantó tambaleante y, volviéndose instintivamente

hacia la celda en que el Maestro se encontraba prisionero, vio el semblante sereno de Jesús que lo contemplaba a través de los sencillos barrotes. Presa de remordimiento indescriptible, el apóstol se retiró, avergonzado de sí mismo. Dando algunos pasos, alcanzó los muros exteriores, donde se detuvo a llorar amargamente. Él, que siempre había sido hombre rudo y resuelto, que siempre condenó a los desviados de la verdad y del bien, que nunca consiguió perdonar a las mujeres más infelices, se encontraba allí, abatido como un niño, frente a su propia falta. Comenzaba a entender la razón de ciertas experiencias dolorosas de sus hermanos en humanidad. En su espíritu parecía abrirse una fuente de nuevas consideraciones por los infortunados de la vida. Deseaba, ansiosamente, arrodillarse ante el Mesías y suplicarle perdón por su dolorosa caída.

A través del velo de lágrimas que le oscurecía los ojos, Simón Pedro sintió una visión consoladora y generosa. Se le figuró que el Maestro venía a verlo, en espíritu, en la soledad de la noche, trayendo en los labios aquella misma sonrisa serena de todos los días. Ante la emoción reconfortante y divina, Pedro se arrodilló y murmuró:

— ¡Señor, perdóname!

Pero, en ese instante, no vio más nada, en la confusión de sus angustiosos pensamientos. Clarísima luna adornaba de luz las estrechas y desoladas calles. Fue entonces que el antiguo pescador reflexionó más austeramente, recordando las advertencias amigas de Jesús, cuando le decía:

“¡Pedro, el hombre del mundo es más frágil que perverso!...”

LA ORACIÓN DEL HUERTO

Después del acto de humildad extrema, de haber lavado los pies de todos los discípulos, volvió Jesús al lugar que ocupaba en la mesa del simple banquete y, antes de que se retiraran, elevó los ojos al cielo y oró así, fervorosamente, de acuerdo al relato del Evangelio de Juan:

— ¡Padre santo, es llegada mi hora! Acógeme con tu amor, eleva a tu hijo, para que él pueda elevarte, entre los hombres, en el supremo sacrificio. Te glorifiqué en la Tierra, dejé testimonio de tu magnanimidad y sabiduría y consumo ahora la obra que me confiaste. ¡En este instante, pues, Padre mío, ampárame con la luz que me diste, mucho antes que este mundo existiese!...

Y fijando su amorosa mirada sobre la comunidad de los discípulos, que, silenciosos, acompañaban su ruego, continuó:

— Manifesté tu nombre a los amigos que me diste; eran tuyos y me los confiaste, para que recibiesen tu palabra de sabiduría y de amor. ¡Todos ellos ahora saben que cuanto les he dado proviene de ti! En este supremo instante, Padre, no ruego por el mundo, que es obra tuya y cuya perfección se verificará algún día, porque eso está en tus designios insondables; pero, te pido particularmente por ellos, por los que me confiaste, teniendo en cuenta el esfuerzo a que los obligará el Evangelio, que permanecerá en el mundo sobre sus generosos hombros. ¡Yo ya no soy de la Tierra; pero te ruego que mis amados discípulos se unan los unos con los otros, como yo soy uno contigo! Les di tu palabra para el santo trabajo de la redención de las criaturas; así, pues, que ellos comprendan que, en esa grandiosa tarea, el mayor testimonio es el de nuestro sacrificio propio por tu causa, comprendiendo que están en este mundo, sin pertenecer a sus convenciones ilusorias, por pertenecer sólo a ti, ya que de tu amor vinimos todos para regresar a tu magnanimidad y sabiduría, cuando hallamos edificado el buen trabajo y vencido en la lucha provechosa. Que mis discípulos, Padre, no hagan de mi presencia personal el motivo de su alegría inmediata; que me sientan sinceramente en sus aspiraciones, a fin de que sientan mi júbilo completo en sí mismos. Junto a ellos, otros trabajadores del Evangelio despertarán para tu verdad. El futuro estará lleno de esos obreros dignos del salario celeste. ¡Será, de alguna forma, la posteridad del Evangelio del Reino la que se perpetuará en la Tierra, para glorificar tu revelación! ¡Protégelos a todos, Padre! ¡Qué todos reciban tu bendición, abriendo sus corazones a las claridades renovadoras! ¡Padre justo, el mundo aún no te conoció; pero, yo, te conocí y les hice conocer tu nombre y tu infinita bondad, para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos esté!...

Finalizada la oración, acompañada en religioso silencio por parte de los discípulos, Jesús se retiró en compañía de Simón Pedro y de los dos hijos de Zebedeo para el Monte de los Olivos, donde acostumbraba meditar. Los demás compañeros se dispersaron, impresionados, mientras Judas, alejándose con pasos vacilantes, no conseguía aplacar la tempestad de sentimientos que le desbastaba el corazón.

Comenzaba a caer sobre el cielo claro el crepúsculo. A pesar del radiante sol de la tarde

que iluminaba el paisaje, soplaba el viento en ráfagas muy frías. Después de algunos instantes, el Maestro y los tres compañeros alcanzaron el monte poblado de frondosos árboles que invitaban al pensamiento contemplativo.

Acomodando a los discípulos en asientos naturales que las plantas del camino se encargaban de adornar, les habló el Maestro, en tono sereno y resuelto:

— ¡Esta es mi última hora con vosotros! ¡Orad y vigilad conmigo, para que tenga yo la glorificación de Dios en el supremo testimonio!

Así diciendo, se alejó, a pequeña distancia, en donde permaneció en oración, cuya sublimidad los apóstoles no podían observar. Pedro, Juan y Santiago estaban profundamente sensibilizados por lo que veían y oían. Nunca el Maestro les había parecido tan solemne, tan convencido, como en aquel instante de penosas recomendaciones. Rompiendo el silencio que se hizo, Juan ponderó:

— Oremos y vigilemos, de acuerdo a la recomendación del Maestro, pues, si él aquí nos ha traído, sólo a nosotros tres en su compañía, eso debe significar para nuestro espíritu la grandeza de su confianza en nuestra ayuda.

Se pusieron a meditar silenciosamente. Entretanto, sin que lograsen explicar el motivo, adormecieron en el transcurso de la oración. Pasados algunos minutos, despertaron, escuchando al Maestro que les decía:

— ¡Despertad! ¿No os recomendé que vigilaseis? ¿No podréis velar conmigo, ni un minuto?

Juan y los compañeros se restregaron los ojos, reconociendo la propia falta. Entonces, Jesús, cuya mirada parecía iluminada por extraño fulgor, les contó que había sido visitado por un ángel de Dios, que lo conformó para el supremo martirio. Una vez más les pidió que orasen con el corazón y nuevamente se alejó. Con todo, los discípulos, insensiblemente, cediendo a los imperativos del cuerpo y olvidando las necesidades del espíritu, de nuevo adormecieron en el medio de la meditación. Despertaron con el Maestro que les repetía:

— Entonces, ¿no conseguisteis orar conmigo?

Los tres discípulos despertaron aturdidos. El desolado paisaje de Jerusalén se adentraba en la sombra. Pero, antes que pudiese nuevamente justificar su falta, un grupo de soldados y gentes del pueblo se aproximó, viniendo Judas al frente. El hijo de Iscariote avanzó y depositó en la frente del Maestro el beso combinado, mientras Jesús, sin demostrar ninguna debilidad y dejando la lección de su coraje y de su afecto a los compañeros, preguntó:

— Amigo, ¿a qué has venido?

Todavía, su interrogación no recibió ninguna respuesta. Los mensajeros de los sacerdotes lo prendieron y amarraron sus manos, como si se tratase de un vulgar salteador. Después de las escenas descritas con fidelidad en los Evangelios, observamos las disposiciones psicológicas de los discípulos, en el momento doloroso. Pedro y Juan

fueron los últimos que se separaron del Maestro bien amado, después de intentar débiles esfuerzos por su liberación.

Al día siguiente, los criminales movimientos de la turba disminuyeron el entusiasmo y el devotamiento de los compañeros más enérgicos y decididos en la fe. Las penas impuestas a Jesús eran excesivamente severas para que fuesen tentados a seguirlo. De la Corte Provincial al palacio de Antipas, se vio condenado y expuesto al insulto y a la burla. Con excepción del hijo de Zebedeo, que se conservó al lado de María hasta el último instante, todos los que integraban el reducido colegio del Señor se escondieron. Recelosos de persecución, algunos se ocultaron en los sitios próximos, mientras que otros, cambiando las túnicas habituales, seguían, de lejos, el inolvidable cortejo, vacilando entre la dedicación y el temor.

El Mesías, no obstante, coronando su obra con el sacrificio máximo, tomó la cruz sin una queja, dejándose inmolar, sin la mínima reprobación para los que lo habían abandonado en su última hora. Sabiendo que cada criatura tiene su momento de testimonio, en el camino de la redención de su existencia, observó a las piadosas mujeres que lo cercaban, bañadas en lágrimas:

— " ¡Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos!..."

Ejemplificando su fidelidad a Dios, aceptó serenamente los designios del cielo, sin que una expresión menos blanda contradijera su tarea purificadora. A pesar de la demostración de heroísmo y de inigualable amor, que ofreció desde arriba de la cruz, los discípulos continuaron subyugados por la duda y por el temor, hasta que la resurrección les trajo himnos de incomparables alegrías.

Juan, sin embargo, en sus meditaciones acerca del Mesías, comenzó a reflexionar maduramente sobre la oración del Huerto de los Olivos, preguntándose a sí mismo la causa de aquel sueño inesperado, cuando deseaba atender al deseo de Jesús, orando con su espíritu hasta el final de las duras pruebas. ¿Por qué había adormecido, él que tanto lo amaba, en el instante en que su amoroso corazón más necesitaba de asistencia y de afecto? ¿Por qué no pudo acompañar a Jesús en aquella última oración, cuando su alma parecía apuñalada por angustia intraducible, en las más dolorosas expectativas? La visión de Cristo resucitado lo vino a encontrar absorto en esos amargos pensamientos. En silenciosa oración, Juan se dirigía muchas veces al adorado Maestro, casi en lágrimas, implorándole perdón por su descuido de la hora extrema. Algún tiempo pasó, sin que el hijo de Zebedeo pudiese olvidar la falta de vigilancia de la víspera del martirio.

Cierta noche, después de las acostumbradas reflexiones, sintió él que un sueño blando anesthesiaba sus centros vitales. Como en una atmósfera de sueños, verificó que el Maestro se aproximaba. Toda su figura se destacaba en la sombra, con divino resplandor. Precediendo a sus palabras de la serena sonrisa de los tiempos pasados, le dijo Jesús:

— ¡Juan, mi soledad en el huerto es también una enseñanza del Evangelio y una ejemplificación y Ella significará, para todos los que nos sigan, que cada espíritu en la Tierra tiene que ascender solo al calvario de su redención, muchas veces con la

despreocupación de los seres más amados del mundo! ¡Frente a esa lección, el discípulo del futuro comprenderá que su marcha tiene que ser solitaria, una vez que sus familiares y compañeros de confianza se entregan al sueño de la indiferencia! ¡De aquí por delante, pues, aprendiendo la necesidad del valor individual en el testimonio, nunca dejéis de orar y vigilar!

EL BUEN LADRÓN

Algunos días antes de la prisión del Maestro, los discípulos, en sus discusiones naturales, comentaban el problema de la fe, con el deseo desordenado de cuantos se aproximan a los asuntos graves de la vida, intentando, apresuradamente, llegar a una solución.

— ¿Cómo será esa virtud? ¿De qué forma la conservaremos intacta en el corazón? — preguntaba Leví, con atormentados pensamientos. Tengo la convicción de que solamente el hombre culto puede conocer toda la extensión de sus beneficios.

— No tanto así — decía Santiago, su hermano —, creo que basta nuestra voluntad, para que la confianza en Dios esté viva en nosotros.

— Pero, ¿será la fe una virtud para los que apenas desean? — preguntaba uno de los hijos de Zebedeo.

En una esquina, como distante de aquellos duelos de palabras, Jesús parecía meditar. En cierto instante, solicitado al esclarecimiento, respondió con suavidad:

— La fe pertenece, sobretodo, a los que trabajan y confían. Tenerla en el corazón es estar siempre listo para Dios. No importan la salud o la enfermedad del cuerpo, no tienen significado los infortunios o los acontecimientos felices de la vida material. El alma fiel trabaja confiando en los designios del Padre, que puede dar los bienes, retirarlos y devolverlos en tiempo oportuno, caminando siempre con serenidad y amor, por todos los senderos a través de los cuales la generosa mano del Señor quiera conducirlos.

— Pero, Maestro — respondió Leví, en respetuosa actitud —, ¿cómo discernir la voluntad de Dios, en lo que nos sucede? He observado gran número de criaturas criminales atribuir a la Providencia sus hechos delictuosos y una legión de personas inertes que clasifican a la pereza como fatalidad divina.

— La voluntad de Dios, más allá de la que conocemos a través de su ley y de sus profetas, a través del consejo sabio y de las inclinaciones naturales para el bien, es también la que se manifiesta, a cada instante de la vida, mezclando la alegría con las amargas, concediendo la dulzura o retirándola, para que la criatura pueda recoger la experiencia luminosa en el camino más espinoso. Tener fe, por lo tanto, es ser fiel a esa voluntad, en todas las circunstancias, ejecutando el bien que ella nos determina y siguiéndole su ruta sagrada, en las menores sinuosidades del camino que nos toca recorrer.

— Entretanto — observó Tomás —, creo que esa virtud excepcional debe ser atributo del espíritu más cultivado, porque el hombre ignorante no podrá pensar en la adquisición de semejante patrimonio.

El Maestro observó al apóstol con amor y esclareció:

— Todo hombre de fe será, ahora o más tarde, el hermano dilecto de la sabiduría y del sentimiento; pero, esa virtud será siempre la del hijo leal al Padre que está en los cielos.

El discípulo sonrió y objetó:

— Todavía, ¿quién tendrá en el mundo tan perfecta lealtad como esa?

— Nadie puede juzgar en absoluto — dijo Cristo con bondad —, a no ser el criterio definitivo de Dios; pero, si esa conquista del alma no es común a las criaturas de conocimiento parcial o de posición vulgar, es bien posible que la encontremos en el pecho exhausto de los más infelices o rechazados del mundo.

El apóstol sonrió desilusionado, en su escepticismo de hombre práctico. Dentro de poco, la pequeña comunidad se dispersaba por la aproximación del oscuro manto de la noche. En la sombría hora de la cruz, disfrazado con vestiduras diferentes, Tomás acompañó, paso a paso, el coraje del Mesías.

Extrañas reflexiones surgieron en su espíritu. Su razón de hombre del mundo no le proporcionaba elementos para la comprensión de toda la verdad. ¿Dónde estaba aquél Dios amoroso y bueno, sobre quien reposaban sus esperanzas? ¿Poseía su amor tan sólo una cruz para ofrecerla a su hijo predilecto? ¿Por qué motivo no se rasgaban los horizontes, para que las legiones de ángeles salvaran del crimen de la multitud inconsciente y furiosa al Maestro amado? ¿Qué providencia era aquella que no se manifestaba en el momento oportuno? Durante tres años consecutivos habían creído que Dios guardaba todo el poder sobre el mundo; no conseguía, pues, explicar cómo toleraba aquél espectáculo sangriento en el que su enviado, cariñoso y amoroso, era conducido hacia la infamante cruz, bajo insultos y pedradas. ¿El premio de Cristo era entonces aquél monte de la desolación, reservado a los criminales?

Ansioso, el discípulo contempló aquellas manos que habían sembrado el bien y el amor, ahora pegadas a la cruz como dos flores ensangrentadas. La frente aureolada de espinas era una nota irónica en su figura sublime y respetable. Su pecho temblaba, jadeante, sus hombros debían estar magullados y dolorosos. ¿Valió la pena haber distribuido, entre los hombres, tantas gracias del cielo? El malhechor que asaltaba el prójimo era, ahora, a su manera de ver, el dueño de compensaciones más duraderas.

Tomás se sentía como ahogado. Deseó encontrar a alguno de los compañeros para intercambiar impresiones, entretanto, no vio ni uno sólo de ellos. Trató de observar si los beneficiados por el Mesías asistían a su humillante martirio, en la hora final, recordando los que aún en la víspera se mostraban tan reconocidos y felices con su santa presencia. A nadie encontró. Aquellos leprosos que habían recuperado el don precioso de la salud, los ciegos que consiguieron ver nuevo el cuadro precioso de la vida, los inválidos que habían cantado hosannas después de la cura de sus cuerpos defectuosos, estaban ahora ausentes, escapaban al testimonio. ¿Valió la pena practicar el bien? El apóstol, hundido en dolorosos y sombríos pensamientos, dejaba absorberse por extrañas interrogaciones.

Notó que alrededor del madero estallaban carcajadas que reportaban ironías. El Maestro, a pesar de todo, guardaba en la semblanza una serenidad no superable. De vez

en cuando, su mirada se extendía por sobre la multitud, como queriendo descubrir un rostro amigo. Bajo las vociferaciones de la turba amotinada, a Tomás le parecía escuchar aún el ruido inolvidable de los clavos del suplicio. Mientras las lanzas y los vituperios se cruzaban en los aires, observó a los dos malhechores que la justicia del mundo había condenado a la última pena. Se aproximó a la cruz y vio que el Mesías depositaba en él los ojos amorosos, como en los tiempos más tranquilos. Notó que un sudor mezclado con sangre corría del rostro venerable, uniéndose con el rojo vivo de las llagas abiertas y dolorosas. Con aquella mirada inolvidable, Jesús le mostró las úlceras abiertas, como la señal del sacrificio.

Penosa emoción dominó el alma sensible del discípulo. Con los ojos nublados de llanto, recordó los radiantes días del Tiberíades. Las escenas más simples del apostolado resurgían ante su imaginación. Súbitamente, se recordó de la tarde en que habían comentado el problema de la fe, pareciéndole escuchar aún las elucidaciones del Maestro, al respecto de la lealtad perfecta a Dios. Reflexiones instantáneas sacudieron su corazón. ¿Quién habría sido más fiel al Padre que Jesús? Entretanto, ¿su recompensa era la cruz del martirio! Absorto en singulares pensamientos, el apóstol observó que el Mesías lanzaba ahora sus tiernos ojos sobre uno de los ladrones, que lo miraba afectuosamente.

En ese instante, percibió que la débil voz del condenado se elevaba para el Maestro, en tono de profunda sinceridad:

— ¡Señor! — Dijo él, jadeante — ¡acuérdate de mí, cuando entres a tu Reino!...

El discípulo observó que Jesús le dirigía, entonces, una mirada cariñosa, al mismo tiempo que a sus oídos llegaban los ecos de su palabra suave y esclarecedora:

— ¿Ves, Tomás? ¿Cuando todos los hombres de la ley no me comprendieron y cuando mis propios discípulos me abandonaron, he que encuentro la confianza leal en el pecho de un ladrón!...

Inquieto, el discípulo meditó en la lección recibida y, por horas, contempló el doloroso espectáculo, hasta el momento en que el Maestro fue retirado de la cruz de la última agonía. Comenzaba, entonces, a comprender la profunda esencia de sus enseñanzas inmortales. Como si su espíritu fuese transportado a la cumbre de alto monte, le pareció observar desde allí la pesada marcha humana. Vio conspicuos hombres de la ley, repasando los libros divinos; doctores con el fatuo del orgullo pasaban erectos, exhibiendo los razonamientos más complicados. Hombres de sólidas convicciones integraban el cuadro, demostrando la fisionomía satisfecha. Mujeres vanidosas o fanáticas allá iban, igualmente, revelando sus dilectos títulos.

En seguida, venían los directamente beneficiados por el Divino Maestro. Era la legión de los que se habían levantado de la miseria física y de las ruinas morales. Eran los leprosos de Jerusalén, los ciegos de Cafarnaúm, los enfermos de Sidón, los seguidores aparentemente más sinceros, al lado de los propios discípulos que desfilaban, avergonzados, y se dispersaban, indecisos, en la hora extrema.

Poseído de viva emoción, Tomás comenzó a llorar íntimamente. Fue entonces que creyó escuchar unos pasos delicados y casi imperceptibles. Sin poder explicar de qué se

trataba, juzgó divisar, a su lado, la inolvidable figura del Maestro, que le colocó las manos livianas y amigas sobre la frente atormentada, repitiéndole al corazón las palabras que le había dirigido desde la cruz:

— ¿Ves, Tomás? ¡Cuando todos los hombres de la ley no me comprendieron y los propios discípulos me abandonaron, he que encuentro la confianza leal en el pecho de un ladrón!...

LOS QUINIENTOS DE GALILEA

Después del Calvario, una vez verificadas las primeras manifestaciones de Jesús en el simple cenáculo de Jerusalén, se posesionó de todos los amigos sinceros del Mesías una inmensa nostalgia de su palabra y de su convivencia. La mayoría de ellos se apegaba a los discípulos, como queriendo con ello retener las últimas expresiones de su mensaje cariñoso e inmortal.

El ambiente era un vasto depósito de adorables recuerdos. Los que eran agraciados con las visiones del Maestro se sentían desbordantes de las alegrías más puras. Los compañeros íntimos e inseparables se entretenían en largos comentarios sobre sus reminiscencias imborrables.

Fue cuando Simón Pedro y algunos otros alentaron la necesidad de retornar a Cafarnaúm, para las labores indispensables a la vida. En pocos días, las viejas redes de nuevo se hundían en el Tiberíades, entre los cantos rústicos de los pescadores. Cada ola más ancha y cada detalle del servicio sugerían recuerdos siempre vivos en el tiempo. Las comidas al aire libre recordaban el contentamiento de Jesús al partir el pan; el trabajo, cuando más intenso, como que avivaba su recomendación de buen ánimo; la noche silenciosa reclamaba su bendición amiga.

Embebidos en la poesía de la Naturaleza, los apóstoles organizaban los más elevados proyectos, en relación al futuro del Evangelio. La modesta residencia de Cefas, obedeciendo a las tradiciones de las primitivas enseñanzas, continuaba siendo el parlamento amistoso, donde cada uno exponía sus principios y sus confidencias más escondidas. Pero, al pie del monte donde Cristo se hizo escuchar algunas veces, exaltando las bellezas del Reino de Dios y de su justicia, se reunían invariablemente todos los antiguos seguidores más fieles, que se habían habituado al dulce alimento de su palabra inolvidable. Los discípulos no eran extraños a esos recuerdos cariñosos acompañando, al caer la tarde, a la pequeña corriente popular por la vía de la memoria afectuosa.

Vagamente se decía que el Maestro volvería al monte para despedirse. Algunos de los apóstoles aludían a las visiones en que el Señor prometía hacer su palabra nuevamente oída en uno de los lugares predilectos de sus predicaciones de otros tiempos. En una tarde de azul profundo, la reducida comunidad de amigos del Mesías, al lado de una pequeña multitud, se reunió en oraciones, en el lugar solitario. Juan había comentado las promesas del Evangelio, mientras en la ladera se amontonaba la asamblea de los fieles seguidores del Maestro. Allí se veían algunas centenas de rostros deslumbrados y ansiosos. Eran romanos mezclados con judíos desconocidos, mujeres humildes conduciendo a los hijos pobres y descalzos, ancianos respetables, cuyos cabellos mostraban la nieve de los repetidos inviernos de la vida.

En ese día, como que la antigua atmósfera se sentía más fuertemente. Por instinto, todos tenían la impresión de que el Maestro volvería a enseñar las bienaventuranzas celestiales. Los vientos parecían cargar suave perfume, trayendo las armonías del lago próximo. Desde el cielo muy azul, como en fiesta pare recibir la claridad de las primeras estrellas, parecía bajar una inmensa tranquilidad que envolvía todas las cosas. Fue en

ese instante de inenarrable grandiosidad, que la figura de Cristo se asomó en la cumbre iluminada por los últimos rayos del sol.

Era Él. Su sonrisa aparecía tan tierna como en los gloriosos tiempos de sus primeras prédicas, pero de toda su figura se irradiaba una luz tan intensa que los más fuertes doblaron las rodillas. Algunos lloraban suspirando de júbilo, presos a las emociones más bellas de sus vidas. Las manos del Maestro tomaron la actitud de quien bendecía, mientras un divino silencio parecía penetrar el alma de las cosas. La palabra articulada no tomó parte en aquel banquete de luz inmaterial; sin embargo, todos notaron la amorosa despedida, escuchando, en lo más íntimo del alma, la exhortación magnánima y profunda:

— " ¡Amados — a cada uno se le figuró escuchar en la cámara secreta del corazón —, tomo de nuevo la vida en mi Padre para regresar a la luz de mi Reino!... Envié mis discípulos como ovejas en medio de lobos y os recomiendo que les sigáis los pasos en el accidentado camino. Después de ellos, es a vosotros que confío la sublime tarea de la redención por las verdades del Evangelio. Ellos serán los sembradores, vosotros seréis el fermento divino. Os instituyo como los primeros trabajadores, los herederos iniciales de los bienes divinos. Para que entréis en posesión del tesoro celestial, muchas veces experimentaréis el martirio de la cruz y la hiel de la ingratitud... En conflicto permanente con el mundo, estaréis en la Tierra, fuera de sus leyes implacables y egoístas, hasta que las bases de mi Reino de concordia y justicia se establezcan en el espíritu de las criaturas. Negaos a vosotros mismos, como negué mi propia voluntad en la ejecución de los designios de Dios, y tomad vuestra cruz para seguirme. "Siglos de luchas os esperan en el camino universal. Es necesario inmunizar el corazón contra todos los engaños de la vida transitoria, para la soberana grandeza de la vida inmortal. Vuestras sendas estarán repletas de fantasmas de aniquilamiento y de visiones de muerte. El mundo entero se levantará contra vosotros, en espontánea obediencia a las tenebrosas fuerzas del mal, que aún le dominan las fronteras. Seréis insultados y aparentemente desamparados; el dolor asolará vuestras esperanzas más queridas; andaréis olvidados en la Tierra, en supremo abandono del corazón. No participaréis del venenoso banquete de las posesiones materiales, sufriréis la persecución y el terror, tendréis el corazón cubierto de cicatrices y ultrajes. La llaga es vuestra señal, la corona de espinas vuestro símbolo, la cruz el dichoso recurso de la redención. Vuestra voz será la del desierto, provocando muchas veces, el desprecio y la negación de parte de los que dominan en la carne perecedera. "Pero, en la evolución de las batallas incruentas del corazón, cuando todos los horizontes estén opacados por las sombras de la crueldad, os daré de mi paz, que representa el agua viva. En la existencia o en la muerte del cuerpo, estaréis unidos a mi Reino. ¡El mundo os cubrirá de golpes terribles y destructores pero, de cada una de vuestras heridas, retiraré el trigo luminoso para los graneros infinitos de la gracia, destinados a la sustentación de las más ínfimas criaturas!... Hasta que mi Reino se establezca en la Tierra, no conoceréis el amor en el mundo; yo, no obstante, llenaré vuestra soledad con mi asistencia incesante. Gozaré en vosotros, como gozaréis en mí, el júbilo celeste de la ejecución fiel de los designios de Dios. Cuando caigáis, bajo las arremetidas de los hombres aún pobres e infelices, yo os levantaré en el silencio del camino, con mis manos dedicadas a vuestro bien. ¡Seréis la unión donde exista la separatividad, sacrificio donde haya el falso goce, claridad donde predominen las tinieblas, puerto amigo, edificando en la roca de la fe viva, donde amenacen las sombras de la desorientación! ¡Seréis mi refugio en las más extrañas iglesias de la Tierra, mi esperanza entre las locuras humanas, mi verdad donde se perturbe la incompleta ciencia

del mundo!... "Amados, ved que también os envió como ovejas a caminos oscuros y ásperos. ¡Entretanto, no temáis nada! ¡Sed fieles a mi corazón, como yo os soy fiel, y el buen ánimo representará vuestra estrella! ¡Id al mundo, donde tendremos que vencer al mal! ¡Perfeccionemos nuestra escuela milenaria, para que allí sea interpretada y puesta en práctica la ley de amor de Nuestro Padre, en obediencia feliz a su augusta voluntad!" Sagrada emoción se enseñoreó de las almas en éxtasis de ventura. Fue entonces que observaron al Maestro, rodeado de luz, como elevándose al cielo, en demanda de su gloriosa esfera del Infinito.

Los primeros astros de la noche brillaban en lo alto, como radiantes flores del Paraíso. En el monte galileo, cinco centenas de corazones palpitaban, arrebatados por intraducible júbilo. Viejos temblorosos y arrugados bajaron la pendiente, unidos unos a los otros, como solidarios, para siempre, en el mismo trabajo de grandeza inmortal. Ancianas de pasos vacilantes, coronadas por la nieve de las experiencias de la vida, se abrazaban a hijas y nietas, jóvenes y dichosas, tomadas de indefinible embriaguez del alma. Romanos y judíos, ricos y pobres confraternizaban, contentos, adivinando la necesidad de cooperación en la santa tarea. Los antiguos discípulos, cercando la figura de Simón Pedro, lloraban de felicidad y esperanza.

En aquella noche de imborrables recuerdos, fue confiado a los quinientos de Galilea el glorioso servicio de la evangelización de las colectividades terrestres, bajo la inspiración de Jesucristo. Mal sabían ellos, en su mísera condición humana, que la palabra del Maestro alcanzaría los siglos del porvenir. Y fue así que, representando el fermento renovador del mundo, ellos reencarnaron en todos los tiempos, en los más diversos climas religiosos y políticos del planeta, enseñando la verdad y abriendo nuevos caminos de luz, a través de los eternos bastidores del Tiempo. Fueron ellos los primeros que transmitieron la sagrada vibración del coraje y la confianza a los que cayeron en los campos del martirio, sembrando la fe en el pervertido corazón de las criaturas.

En los circos de la vanidad humana, en las hogueras y en los suplicios, enseñaron la lección de Jesús, con resignado heroísmo. En las artes y en las ciencias, plantaron nuevas concepciones de desprendimiento del mundo y de bellezas del cielo, continuando, en el seno de las más variadas religiones de la Tierra, la revelación de los deseos de Cristo, que son los de unión y amor, fraternidad y concordia. En su condición de discípulos sinceros y bien amados, bajaron a los abismos más tenebrosos, redimiendo el mal con sus sacrificios purificadores, convirtiendo, con las luces del Evangelio, a la cadena de la redención, los espíritus más empedernidos. Abandonados y desprotegidos en la Tierra, pasan en ella, edificando en el silencio las magnificencias del Reino de Dios, en los países de los corazones y, multiplicando las notas de su cántico de gloria entre los que se constituyen instrumento sinceros del bien con Jesucristo, forman la sublime caravana que nunca se disolverá.

MARÍA

Junto a la cruz, el agobiado bulto de María ocasionaba dolorosa e inolvidable impresión. Con el pensamiento ansioso y torturado, ojos fijos en el madero de las perfidias humanas, la ternura materna volvía al pasado en amargos recuerdos. Allí estaba, en su hora extrema, el hijo bien amado.

María se dejaba transportar por la corriente sin fin de los recuerdos. Eran las maravillosas circunstancias en que el nacimiento de Jesús le fue anunciado, la amistad de Isabel, las profecías del viejo Simón, reconociendo que la asistencia de Dios se tornó incontestable en los menores detalles de su vida. En aquel supremo instante, parecía volver a ver el establo en su belleza campestre, sintiendo que la Naturaleza parecía querer dejarle oír nuevamente el cántico de gloria de aquella noche inolvidable. A través del velo espeso de las lágrimas, repasó, una por una, las escenas de la infancia del hijo querido, observando la alarma interior de las más dulces reminiscencias.

En las menores cosas, reconocía la intervención de la Providencia celestial; entretanto, en aquella hora, su pensamiento también vagaba por el vasto mar de las más aflictivas interrogaciones. ¿Qué había hecho Jesús para merecer penas tan amargas? ¿No lo vio crecer de sentimientos inmaculados, bajo el calor de su corazón?

Desde los más tiernos años, cuando lo conducía a la tradicional fuente de Nazaret, observaba el cariño fraterno que dispensaba a todas las criaturas. Frecuentemente, iba a buscarlo en las calles empedradas, donde su palabra cariñosa consolaba a los transeúntes desamparados y tristes. Viajeros miserables venían a su modesta casa a loar su hijito idolatrado, que sabía distribuir las bendiciones del Cielo. ¡Con qué deleite recibía a los huéspedes inesperados que sus minúsculas manos conducían a la carpintería de José!... Recordaba bien que, un día el divino niño guio a la casa a dos malhechores públicamente reconocidos como ladrones del valle de Mizhep. Y era de verse la amorosa solicitud con que su pequeño cuidaba de los desconocidos, como si fuesen sus hermanos. Muchas veces, comentó la excelencia de aquella virtud santificada, recelando por el futuro de su adorable hijito.

Después del agradable ambiente doméstico, era la misión celestial, dilatándose la misma, en cosecha de frutos maravillosos. Eran paralíticos que retomaban los movimientos de la vida, ciegos que se reintegraban en los sagrados dones de la vista, criaturas hambrientas de luz y de amor que se saciaban en su lección de infinita bondad. ¿Qué profundos designios habían llevado a su hijo adorado al suplicio de la cruz? Una voz amiga le hablaba a su espíritu, dialogando sobre las determinaciones impenetrables y justas de Dios, que necesitan ser aceptadas para la redención divina de las criaturas. Su corazón reventaba en tempestades de lágrimas irreprimibles; con todo, en el santuario de la conciencia, repetía su afirmación de sincera humildad:

— " ¡Que se haga en la esclava la voluntad del Señor! "

De alma angustiada, notó que Jesús había llegado al último límite de sus inenarrables padecimientos. Algunos de las gentes más exaltadas multiplicaban los golpes, mientras las lanzas rayaban el aire, en audaces y siniestras amenazas. Mordaces ironías eran

proferidas de repente, dilacerando su alma sensible y afectuosa.

En medio de algunas mujeres piadosas, que la acompañaban en el angustioso trance, María sintió que alguien le posaba levemente las manos sobre los hombros. Se encontró con la figura de Juan que, venciendo la pusilanimidad criminal en que se habían hundido los demás compañeros, le extendía los brazos amorosos y reconocidos. Silenciosamente, el hijo de Zebedeo se abrazó a aquel triturado corazón maternal. María se dejó acoger por el discípulo querido y ambos, al pie del leño, en gesto de súplica, buscaron ansiosamente la luz de aquellos ojos misericordiosos, en el cúmulo de los tormentos. Fue entonces que la frente del divino martirizado se movió lentamente, revelando percibir la ansiedad de aquellas dos almas en extremo desaliento.

— " ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!..." — exclamó la mártir, en aflicción delante de la serenidad de aquella mirada de intraducible melancolía.

El Cristo pareció meditar en el auge de sus dolores, pero, como si quisiera demostrar, en el último instante, la grandeza de su coraje y su perfecta comunión con Dios, replicó con significativo movimiento de los ojos vigilantes:

—" ¡Madre, he ahí tu hijo!..." — Y dirigiéndose, de forma especial, con un leve saludo, al apóstol, dijo: —" ¡Hijo, he ahí a tu madre!"

María se envolvió en el velo de su doloroso llanto, pero el gran evangelista comprendió que el Maestro, en su lección final, enseñaba que el amor universal era el sublime coronamiento de su obra. Entendió que, en el futuro, la claridad del Reino de Dios revelaría a los hombres la necesidad del fin de todo egoísmo y que, en el santuario de cada corazón, debería existir la más abundante cuota de amor, no sólo para el círculo familiar, sino también para todos los necesitados del mundo, y que en el templo de cada habitación permanecería la fraternidad real, para que la asistencia recíproca se practicase en la Tierra, sin ser necesarios los edificios exteriores, consagrados a una solidaridad claudicante. Por mucho tiempo, se conservaron aún allí, en oraciones silenciosas, hasta que el Maestro, exánime, fue arrancado de la cruz, antes que la tempestad hundiese el castigado paisaje de Jerusalén en un diluvio de sombras.

Después de la separación de los discípulos, que se dispersaron por lugares diferentes, para la difusión de la Buena Nueva, María se retiró para Batanea, donde algunos parientes más próximos la esperaban con especial cariño. Los años comenzaron a pasar, silenciosos y tristes, para la angustiada nostalgia de su corazón. Tocada por grandes sinsabores, observó que, en tiempo rápido, los recuerdos del hijo amado se convertían en elementos de ásperas discusiones, entre sus seguidores. En Batanea, se pretendía mantener una cierta aristocracia espiritual, por causa de los lazos de consanguinidad que allí la prendían, en virtud de su unión con José. En Jerusalén, se combatían los cristianos y los judíos, con vehemencia y acidez. En Galilea, los antiguos cenáculos simples y amorosos de la Naturaleza se encontraban tristes y desiertos.

Para aquella madre amorosa, cuya alma digna observaba que el generoso vino de Caná se transformaba en el vinagre del martirio, el tiempo era siempre una nostalgia mayor en el mundo y una esperanza cada vez más elevada en el cielo. Su vida era una devoción incesante al inmenso rosario de la añoranza, de los más queridos recuerdos. Todo lo que el pasado feliz había construido en su mundo interior revivía en la imagen de su

memoria, con minucias solamente conocidas del amor y le alimentaban la savia de la vida. Recordaba a su Jesús pequeñito, como en aquella noche de belleza prodigiosa, en que lo recibió en los brazos maternales, iluminado por el más dulce misterio. Aún se le figuraba escuchar el balido de las ovejas que venían, presurosas, a acercarse a la cuna que se formó de improviso. ¿Y aquél primer beso, hecho de cariño y de luz? Las reminiscencias envolvían la realidad lejana de bellezas singulares para su corazón sensible y generoso. En seguida, era el río de los recuerdos desembocando, sin cesar, en su alma rica de sentimientos y ternura. A su imaginación volvía Nazaret, con sus paisajes de felicidad y de luz. La casa simple, la fuente amiga, la sinceridad de los afectos, el lago majestuoso y, en el medio de todos los detalles, el hijo adorado, trabajando y amando, en la formación de la más elevada concepción de Dios, entre los hombres de la Tierra. De vez en cuando, le parecía verlo en sus sueños repletos de esperanzas; Jesús le prometía el júbilo encantador de su presencia y participaba de la felicidad de sus recuerdos.

En ese tiempo, el hijo de Zebedeo, teniendo en cuenta las observaciones que el Maestro le había hecho desde la cruz, surgió en Batanea, ofreciendo a aquél espíritu nostálgico de madre, el refugio amoroso de su protección. María aceptó el ofrecimiento con inmensa satisfacción. Y Juan le contó su nueva vida. Se había instalado definitivamente en Éfeso, en donde las ideas cristianas ganaban terreno entre almas devotas y sinceras. Nunca había olvidado las recomendaciones del Señor y en lo íntimo, guardaba aquel título filial como una de las más altas expresiones de amor universal para con aquella que recibió al Maestro en los brazos venerables y cariñosos.

María escuchaba sus confidencias, con una mezcla de reconocimiento y ventura. Juan continuaba exponiéndole sus planes más insignificantes. La llevaría consigo; ambos comulgarían en la misma asociación de intereses espirituales. Sería su hijo desvelado, mientras recibiría de su generosa alma la ternura maternal, en los trabajos del Evangelio. El hijo de Zebedeo explicó, que se demoró en venir, porque le faltaba una cabaña, en donde pudiesen abrigarse; entretanto, uno de los miembros de la familia real de Adiabene, convertido al amor de Cristo, le donó una casita pobre, al Sur de Éfeso, distando alrededor de tres leguas de la ciudad. La habitación, simple y pobre estaba en un promontorio, de donde se divisaba el mar. En lo alto de la pequeña colina, lejos de los hombres y en el imponente altar de la Naturaleza, se reunirían ambos para cultivar el recuerdo permanente de Jesús. Establecerían un hospedaje y refugio para los desamparados, enseñarían las verdades del Evangelio a todos los espíritus de buena voluntad y, como madre e hijo, iniciarían una nueva era de amor, en la comunidad universal.

María aceptó alegremente. Dentro de poco tiempo, se instalaron en el seno amigo de la Naturaleza, en frente del océano. Éfeso quedaba poco distante; sin embargo, todas las adyacencias se poblaban de nuevos núcleos de habitaciones alegres y modestas. Al cabo de algunas semanas, la casa de Juan se transformó en un punto de asambleas adorables, en donde los recuerdos del Mesías eran cultivados por espíritus humildes y sinceros. María exteriorizaba sus memorias. Hablaba sobre Él con enternecimiento maternal, mientras, el apóstol comentaba las verdades evangélicas, apreciando las enseñanzas recibidas. Innumerables veces, la reunión sólo terminaba a altas horas de la noche, cuando las estrellas tenían mayor brillo. Y no fue solamente esto. Pasados algunos meses, grandes hileras de necesitados llegaban al lugar simple y generoso. La noticia de que María descansaba, ahora, entre ellos, había expandido una claridad de esperanzas

para todos los sufridores. Al paso que Juan predicaba en la ciudad las verdades de Dios, ella atendía, en el pobre santuario doméstico, a los que la buscaban exhibiéndole sus ulceraciones y necesidades. Su cabaña era, entonces, conocida por el nombre de "Casa de la Santísima".

El hecho tuvo origen en cierta ocasión, cuando un miserable leproso, después de aliviado de sus llagas, le besó las manos, murmurando reconocidamente:

— " ¡Señora, sois la madre de nuestro Maestro y nuestra Madre Santísima!"

La tradición creó raíces en todos los espíritus. ¿Quién no le debía el favor de una palabra maternal en los momentos más duros? Y Juan consolidaba el concepto, acentuando que el mundo le sería eternamente grato, pues había sido por su grandeza espiritual que el Emisario de Dios pudo penetrar la atmósfera oscura y pestilente del mundo para balsamizar los sufrimientos de la criatura. En su sincera humildad, María se esquivaba de los afectuosos homenajes de los discípulos de Jesús, pero aquella confianza filial con que le reclamaban su presencia era para su alma un blando y delicioso tesoro del corazón. El título de maternidad hacía vibrar en su espíritu los más dulces cánticos. Diariamente, llegaban los desamparados, suplicando su asistencia espiritual. Eran viejos enclenques y desengañados del mundo, que venían a oír sus palabras confortadoras y afectuosas, enfermos que invocaban su protección, madres infortunadas que pedían la bendición de su cariño.

— "Madre mía — decía uno de los más afligidos -¿cómo podré vencer mis dificultades? Me siento abandonado en el oscuro camino de la vida..."

María le enviaba la amorosa mirada de su bondad, dejando en ella aparecer toda la tierna dedicación de su espíritu maternal.

— "¡Eso también pasa! — decía ella, cariñosamente - sólo el Reino de Dios es lo bastante fuerte para nunca pasar de nuestras almas, como eterna realización del amor celestial."

Sus palabras ablandaban el dolor de los más desesperados, tranquilizaban el oscuro pensamiento de los más desanimados.

La iglesia de Éfeso exigía de Juan la más alta expresión de sacrificio personal, por lo que, con el pasar del tiempo, casi siempre María estaba sola, cuando la humilde legión de los necesitados bajaba el promontorio desadornado, rumbo a los hogares más confortados y felices. Los días y las semanas, los meses y los años pasaron incesantes, trayéndole los recuerdos más tiernos. Cuando sereno y azulado, el mar hacía que volviese a su memoria el distante Tiberíades. Sorprendía en el aire aquellos vagos perfumes que llenaban el alma de la tarde, cuando su hijo, de quien ni un instante se olvidaba, reuniendo a los discípulos amados, transmitía al corazón del pueblo las lozanías de la Buena Nueva. La edad avanzada no le trajo ni cansancios ni amarguras. La seguridad de la protección divina le proporcionaba consuelo ininterrumpido. Como quien atraviesa el día en labores honestas y provechosas, su corazón experimentaba grato reposo, iluminado por la luz de la esperanza y por las estrellas fulgurantes de la creencia inmortal. Sus meditaciones eran suaves coloquios con las remembranzas del hijo muy amado.

Súbitamente recibió noticias de que un período de dolorosas persecuciones se había abierto para todos los que fuesen fieles a la doctrina de su Jesús divino. Algunos cristianos expulsados de Roma traían a Éfeso las tristes informaciones. En obediencia a los más injustos edictos, se esclavizaban a los seguidores de Cristo, se destruían sus hogares y eran sujetos a hierros en las prisiones. Se hablaba de fiestas públicas, en que sus cuerpos eran ofrecidos como alimento a fieras insaciables, en horrorosos espectáculos. Entonces, en un crepúsculo lleno de estrellas, María se entregó a sus oraciones, como de costumbre, pidiendo a Dios por todos aquellos que se encontrasen en angustias del corazón, por amor a su hijo.

A pesar de la soledad del ambiente, no se sentía sola: una especie de fuerza singular le bañaba toda el alma. Brisas suaves soplaban del océano, extendiendo los aromas de la noche que se poblaba de astros amigos y afectuosos, participando en pocos minutos, igualmente la luna, en ese concierto de armonía y de luz. Concentrada en sus meditaciones, María vio que se aproximaba el bulto de un mendigo.

— Madre mía — exclamó el recién llegado, como tantos otros que recurrían a su cariño —, vengo a hacerte compañía y recibir tu bendición.

Maternalmente, ella lo invitó a entrar, impresionada con aquella voz que le inspiraba profunda simpatía. El peregrino le habló del cielo, confortándola delicadamente. Comentó las bienaventuranzas divinas que aguardan a todos los devotos y sinceros hijos de Dios, dando a entender que comprendía sus más tiernas nostalgias del corazón. María se sintió asaltada por especial sorpresa. ¿Qué mendigo sería aquél que calmaba los dolores secretos de su alma nostálgica, con bálsamos tan dulces? Hasta entonces nadie había surgido en su camino para dar; era siempre para pedir alguna cosa. No obstante, aquel viajero desconocido derramaba en su interior los más santos consuelos. ¿Dónde había ella escuchado en otros tiempos aquella voz delicada y cariñosa? ¿Qué emociones eran aquellas que hacían pulsar su corazón con tanta caricia? Sus ojos se humedecieron de ventura, sin que consiguiese explicar la razón de su tierna emotividad. Fue cuando el huésped anónimo le extendió las manos generosas y le dijo con profundo acento de amor:

— " ¡Madre mía, ven a mis brazos!"

En ese instante, observó las manos nobles que se le ofrecían, en un gesto de la más bella ternura. Tomada de profunda conmoción, vio en ellas dos llagas, como las que su hijo revelaba en la cruz y, por instinto, dirigió la mirada ansiosa para los pies del peregrino amigo, divisando también allí las úlceras causadas por los clavos del suplicio. No pudo más. Comprendiendo la visita amorosa que Dios le enviaba al corazón, exclamó con infinita alegría:

— " ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Las úlceras que te hicieron!..."

Y precipitándose hacia él, como madre cariñosa y desvelada, quiso cerciorarse, tocando la herida que le fue producida por el último lancetazo, cerca del corazón. Sus manos tiernas y solícitas lo abrazaron en la sombra visitada por los rayos de la luna, buscando impacientemente la úlcera que tantas lágrimas provocó a su cariño maternal. La llaga lateral también allá estaba, bajo la caricia de sus manos. No consiguió dominar su

intenso júbilo. En un ímpetu de amor, trató de hacer el movimiento de arrodillarse. Quería abrazarse a los pies de su Jesús y besarlos con ternura. Él, sin embargo, cercado de un halo de luz, la levantó y se arrodilló a sus pies, y besándole las manos, dijo en cariñoso transporte:

— " ¡Sí, madre mía, soy yo!... Vengo a buscarte, pues mi Padre quiere que seas en mi reino la Reina de los Ángeles..."

María osciló, tomada de inexpresable ventura. Quería hablar de su felicidad, manifestar su agradecimiento a Dios; pero el cuerpo como que se le paralizó, mientras a sus oídos llegaban los suaves ecos de los saludos del Ángel, como si se entonasen mil voces cariñosas, entre las armonías del cielo.

Al otro día, dos mensajeros humildes bajaban a Éfeso, de donde regresaron con Juan, para asistir a los últimos instantes de aquella que era para ellos la devota Madre Santísima. María ya no hablaba. En una inolvidable expresión de serenidad, por largas horas aún esperó la ruptura de los últimos lazos que la prendían a la vida material.

La alborada extendía su hermoso abanico de luz cuando aquella alma electa se elevó de la Tierra, en donde tantas veces llegó a llorar de júbilo, de nostalgia y esperanza. No veía más a su hijo bien amado, que con seguridad la esperaba, con las bienvenidas, en su reino de amor; pero, extensas multitudes de seres angelicales la cercaban cantando himnos de glorificación.

Sintiendo la sensación de estarse alejando del mundo, deseó volver a ver Galilea con sus sitios preferidos. Bastó la manifestación de su voluntad para que la llevaran a la región del lago Genesaret, de maravillosa belleza. Volvió a ver todos los cuadros del apostolado de su hijo y, sólo ahora, observando el paisaje desde lo alto, notaba que el Tiberíades, en sus suaves contornos, presentaba la forma casi perfecta de una cítara. Entonces recordó, que en aquél instrumento de la Naturaleza Jesús cantó el más bello poema de vida y amor, en homenaje a Dios y a la humanidad. Aquellas aguas mansas, hijas del Jordán caudaloso y tranquilo, habían sido las cuerdas sonoras del cántico evangélico.

Dulces alegrías invadían su corazón y ya la caravana espiritual se disponía a partir, cuando María recordó a los discípulos perseguidos por la crueldad del mundo y deseó abrazar a los que permanecerían en el valle de las sombras, en espera de las claridades definitivas del Reino de Dios. Emitiendo ese pensamiento, imprimió nuevo impulso a las multitudes espirituales que la seguían de cerca. En pocos instantes, su mirada divisaba una ciudad soberbia y maravillosa, extendida sobre colinas adornadas de carros y monumentos que provocaron su asombro. Los más ricos mármoles resplandecían en las magníficas vías públicas, en donde las literas patricias pasaban sin cesar, exhibiendo joyas y pieles, sustentadas por esclavos miserables. Después de algunos momentos su mirada descubría otra multitud trancada a hierros en oscuros calabozos. Penetró las sombrías cárceles del Esquilino, donde centenares de rostros amargados retrataban atroces padecimientos. Los condenados experimentaron en el corazón un consuelo desconocido.

María se aproximó a uno por uno, participó de sus angustias y oró con sus plegarias, llenas de sufrimiento y confianza. Se sintió madre de aquella asamblea de torturados por

la injusticia del mundo. Extendió la claridad misericordiosa de su espíritu entre aquellas fisonomías, pálidas y tristes. Eran ancianos que confiaban en Cristo, mujeres que por él habían despreciado el bienestar del hogar, jóvenes que depositaban en el Evangelio del Reinó todas sus esperanzas. María les alivió el corazón y, antes de partir, deseó sinceramente dejarles en los espíritus abatidos un recuerdo perenne. ¿Qué poseía para darles? ¿Debería suplicar a Dios para ellos la libertad? ¡Pero, Jesús había enseñado que con él, todo yugo es suave y todo fardo ligero, pareciéndole mejor la esclavitud con Dios que la falsa libertad en los desvaríos del mundo!

Recordó que su hijo dejó la fuerza de la oración como un poder sin contraste entre los discípulos amados. Entonces, rogó al Cielo que le brindase la posibilidad de dejar entre los cristianos oprimidos la fuerza de la alegría. Fue cuando, aproximándose a una joven encarcelada, de rostro descarnado y flaco, le dijo al oído:

— " ¡Canta, hija mía! ¡Tengamos buen ánimo!... ¡Convirtamos nuestros dolores de la Tierra en alegría para el Cielo!..."

La triste prisionera nunca sabría comprender el porqué de la emotividad que le hizo vibrar súbitamente el corazón. De ojos extáticos, contemplando el luminoso firmamento, a través de los fuertes barrotes, ignorando la razón de su alegría, cantó un himno de profundo y tierno amor a Jesús, en que traducía su gratitud por los dolores que le eran enviados, transformando todas sus amarguras en consoladoras rimas de júbilo y esperanza. De allí a instantes, su canto melodioso era acompañado por las centenas de voces de los que lloraban en la cárcel, aguardando el glorioso testimonio.

Luego, la caravana majestuosa condujo al Reino del Maestro la bendita entre las mujeres y, desde ese día, en los más duros tormentos, los discípulos de Jesús han cantado en la Tierra, expresando su buen ánimo y su alegría, guardando la suave herencia de nuestra Madre Santísima.

¡Por esta razón, mis hermanos, cuando escuchéis el cántico en los templos de las diversas familias religiosas del Cristianismo, no os olvidéis de hacer en el corazón un suave silencio, para que la Rosa Mística de Nazaret extienda allí su perfume!